

A close-up portrait of a man with dark, wavy hair and a light beard, looking directly at the camera with a serious expression. He is wearing a dark pinstriped suit jacket over a light-colored, open-collared shirt. The background is a solid, deep red. Overlaid on the lower half of the image is the title 'ENGAÑO Y DESEO' in a large, white, serif font, with 'Y' in a smaller size between the two words.

ENGAÑO
Y
DESEO

Imperio Vitale 2

MEG SHANNON

Engaño y Deseo

Imperio Vitale

Libro 2

Meg Shannon

Copyright 2024 por Meg Shannon

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, escanearse, transmitirse o distribuirse en forma impresa o electrónica, por ningún medio, incluidos fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

Para todos aquellos que han triunfado sobre sus circunstancias.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

Sobre este libro

Él le salvó la vida, pero ¿podrá su amor sobrevivir a los secretos que amenazan con separarlos?

Elena Rossi se recupera del violento ataque que casi le cuesta todo. Refugiada en la mansión Vitale, lidia con la dura realidad del mundo de Marco Vitale: un mundo lleno de peligros, engaños y amenazas constantes. A pesar de sus miedos, su conexión con Marco se hace más profunda y no puede evitar enamorarse del hombre que juró protegerla.

Marco Vitale está decidido a descubrir al traidor dentro de sus filas que los entregó al enemigo. Mientras fortalece sus defensas y construye alianzas, también debe salvaguardar a la mujer que ha capturado su corazón. Pero cuanto más intenta proteger a Elena, más se da cuenta de que no puede protegerla de la oscuridad que lo rodea.

A medida que surgen nuevas amenazas de la familia rival Lombardi, Marco toma medidas drásticas para mantener a Elena a salvo, incluso si eso significa alejarla. Aislada y frustrada, Elena decide contraatacar a su manera, utilizando sus conexiones con el mundo del arte para recopilar información vital. Sus esfuerzos resultan invaluable, pero también la sumergen más profundamente en la peligrosa vida de Marco.

En un mundo donde la lealtad es fugaz y el engaño es la norma, Marco y Elena deben navegar por un campo minado de secretos y mentiras. Su deseo mutuo es innegable, pero ¿podrá su amor resistir los implacables peligros que conlleva el imperio de Marco? Con su futuro en juego, deben enfrentar sus miedos y decidir si su amor vale el máximo sacrificio.

Engaño y Deseo es la emocionante continuación del apasionante viaje de Marco y Elena en la serie The Vitale Empire. Lleno de intenso romance, acción trepidante y giros impactantes, este libro te mantendrá al borde de tu asiento hasta la última página.

Capítulo 1

Marco

Me encontraba junto a la cama de Elena, mis dedos aferrándose a la fría barandilla metálica. El pitido constante del monitor cardíaco puntuaba el silencio. Elena yacía inmóvil, su piel pálida contrastando con las sábanas blancas. Luché contra el impulso de extender la mano y tocar la suya, temiendo perturbar el frágil equilibrio que la mantenía con vida.

Los pasos del Dr. Calderone resonaron en la habitación mientras se acercaba. Su rostro estaba marcado por la preocupación, y mi estómago se tensó. —Marco —dijo, con voz baja—. El estado de Elena es crítico.

Tragué saliva, esforzándome por mantener la voz firme. —¿Cuáles son sus posibilidades?

El Dr. Calderone vaciló. —Es demasiado pronto para decirlo. Estamos haciendo todo lo posible.

Asentí, apretando la mandíbula. El miedo a perder a Elena me desgarraba por dentro, pero no podía demostrarlo. Tenía que ser fuerte, por ella y por mi familia.

La voz de Claire llegó desde la puerta. —He duplicado el equipo de seguridad. Nadie se acerca a ella sin mi aprobación.

Me giré para verla, notando la determinación en sus hombros. —Bien. Mantenlo así.

El Dr. Calderone se aclaró la garganta. —Marco, necesitamos discutir los próximos pasos para la recuperación de Elena.

Aparté la mirada de Elena y me concentré en el doctor. —Continúe.

—Estaremos monitoreando sus signos vitales constantemente. Si despierta, es importante mantenerla tranquila y sin estrés. Cualquier aumento en la presión arterial podría ser peligroso.

Mientras hablaba, mi mente se llenaba de pensamientos sobre los Lombardi. Pagarían por esto. Desmantelaría toda su operación pieza por pieza si fuera necesario.

—Señor, ¿está escuchando? —La voz del Dr. Calderone interrumpió mis pensamientos.

Asentí. —Sí. Mantenerla tranquila si despierta. ¿Qué más?

—Le administraremos medicamentos para el dolor y antibióticos para prevenir infecciones. Es un equilibrio delicado, pero tenemos esperanzas.

El peso de la situación me abrumaba. Tenía que proteger a Elena, encontrar al topo en nuestra organización y ocuparme de los Lombardi. Era casi demasiado, pero no podía permitirme flaquear ahora.

—Gracias, Doctor. Manténgame informado de cualquier cambio, por pequeño que sea.

El Dr. Calderone asintió y salió de la habitación. Me volví hacia Elena, deseando poder despertarla con la pura fuerza de mi determinación.

Claire habló de nuevo desde su puesto. —Los haremos pagar por esto, Jefe. Los Lombardi no sabrán qué los golpeó.

Encontré su mirada, viendo la misma ira y resolución que sentía reflejada en sus ojos. —Sí, lo haremos. Pero primero, tenemos que asegurarnos de que Elena se recupere.

Al caer la noche, la habitación se oscureció, proyectando largas sombras sobre la figura

inmóvil de Elena. Sostenía su mano, mi pulgar trazando círculos en su palma. El pitido constante del monitor cardíaco era el único sonido que rompía el silencio.

—Elena —susurré, inclinándome cerca—. Necesito que luches. Vuelve a mí.

Mi teléfono vibraba incesantemente en mi bolsillo. Lo ignoré. Nada importaba más que Elena en este momento.

Recordé nuestra primera cita real y cómo sus ojos se iluminaban cuando se reía de mis terribles chistes.

—¿Recuerdas esa pequeña villa en la Toscana de la que hablamos? —murmuré—. Iremos allí cuando estés mejor. Solo nosotros dos.

La puerta chirrió al abrirse, y levanté la vista para ver entrar a Luca. Su rostro estaba marcado por la preocupación.

—Marco —dijo suavemente—. No has contestado tu teléfono en horas. ¿Está todo bien? Negué con la cabeza. —Está estable, pero... —No pude terminar la frase.

Luca se acercó, poniendo una mano en mi hombro. —¿Qué necesitas que haga?

—Ocúpate de todo —dije, sin apartar los ojos de Elena—. No puedo dejarla. No ahora.

—Por supuesto —respondió Luca—. Me encargaré de todo. Tú quédate con ella.

Cuando se disponía a salir, lo llamé, —Luca. —Se detuvo en la puerta—. Gracias.

Asintió, pasando entre nosotros un entendimiento mutuo, y luego salió en silencio.

Me volví hacia Elena, llevando su mano a mis labios. —¿Has oído eso, amor? Todo está arreglado. Tú solo concéntrate en mejorar.

La noche se alargó, y mantuve mi vigilia, rezando por una señal de que Elena volvería a mí.

Un ligero movimiento captó mi atención. Los dedos de Elena se crisparon contra mi palma. Mi corazón dio un vuelco.

—¿Elena? —Me incliné más cerca, buscando en su rostro cualquier señal de consciencia—. ¿Puedes oírme?

Sus párpados temblaron, pero no se abrieron. Presioné el botón de llamada para el Dr. Calderone, con el pulso acelerado.

El doctor entró apresuradamente, sus facciones habitualmente compuestas se tensaron al observar la escena. —¿Qué ha pasado?

—Sus dedos se movieron —dije, retrocediendo para darle espacio pero incapaz de apartar la mirada del rostro de Elena.

El Dr. Calderone examinó sus signos vitales, sus manos moviéndose con eficiencia practicada. Después de lo que pareció una eternidad, se volvió hacia mí.

—Hay una ligera mejora en su capacidad de respuesta —dijo, con un tono cauteloso—. Pero aún no está fuera de peligro.

Asentí, procesando sus palabras. —¿Qué puedo hacer?

—Siga hablándole. Las voces familiares a veces pueden ayudar.

Cuando el Dr. Calderone se fue, me hundí de nuevo en la silla junto a la cama de Elena. El peso de la situación me oprimía. Podía enfrentarme a familias rivales, navegar por tratos comerciales traicioneros, pero esto... esta impotencia era aplastante.

Tomé la mano de Elena nuevamente, deseando que sintiera mi presencia. —Estoy aquí, amore mio. No me voy a ninguna parte.

La puerta se abrió de nuevo y Claire se deslizó dentro. Sus ojos recorrieron la habitación, evaluando posibles amenazas incluso aquí.

—Actualización de seguridad —dijo, con voz baja—. Hemos duplicado las patrullas. Nadie se acerca a cien metros de esta habitación sin mi autorización.

—Bien —respondí, notando las ojeras bajo sus ojos—. ¿Cuánto tiempo llevas de servicio?

Claire se encogió de hombros. —No importa. La cocina está trayendo un flujo constante de café. Dormiré cuando ella esté a salvo.

Sentí una oleada de gratitud por su lealtad inquebrantable. —Gracias, Claire. Por todo.

Ella asintió, tomando posición junto a la puerta. —Es mi trabajo. Y... ella es importante para todos nosotros.

Mientras Claire se acomodaba, su postura alerta a pesar de su agotamiento, me volví hacia Elena. Su rostro estaba pálido contra la funda blanca de la almohada, pero incluso ahora, era la mujer más hermosa que jamás había visto.

—¿Oyes eso, amor? —susurré—. Todos te estamos esperando. Tienes que volver con nosotros.

El Dr. Calderone entró unas horas después, su estetoscopio balanceándose mientras se movía hacia la cama de Elena. Escuchó su pecho, con el ceño fruncido en concentración.

—Su respiración es más regular ahora —dijo, con un toque de optimismo en su voz—. Es una buena señal.

Exhalé lentamente, permitiéndome un momento de esperanza cautelosa. —¿Qué significa eso para su recuperación?

—Significa que su cuerpo está luchando —respondió el Dr. Calderone—. Pero aún no está fuera de peligro.

Asentí, acariciando suavemente el cabello de Elena. Sus rizos oscuros se sentían suaves contra mis dedos callosos. —¿Oyes eso, tesoro? Estás luchando. Sigue así. Necesito que vuelvas conmigo.

El Dr. Calderone revisó sus signos vitales una vez más antes de dirigirse a la puerta. —Volveré en una hora. Llámeme si algo cambia.

Cuando la puerta se cerró tras él, me incliné más cerca de Elena. —Te lo prometo, Elena. Estaré aquí. No importa lo que pase, no importa cuánto tiempo tome. No me moveré de tu lado.

La noche se alargó, cada minuto pasando lentamente. Observé el subir y bajar del pecho de Elena, aferrándome a cada respiración como una señal de vida. Mi propio agotamiento amenazaba con vencerme, pero lo combatí. No podía dormir. No ahora. No cuando Elena me necesitaba.

Cuando amaneció, pintando la habitación con una luz suave, noté un cambio. Los dedos de Elena se movieron, sus párpados temblaron. Mi corazón se aceleró.

—¿Elena? —llamé suavemente, apretando su mano—. ¿Puedes oírme?

No hubo respuesta, pero lo vi de nuevo: un ligero movimiento de su cabeza sobre la almohada.

Presioné el botón de llamada y, en cuestión de segundos, el Dr. Calderone entró apresuradamente.

—Se movió —dije, con la voz tensa por la emoción—. Sus dedos, sus párpados. ¿Está despertando?

El Dr. Calderone la examinó rápidamente, sus movimientos eficientes y practicados. —Sus signos vitales están mejorando. Esto es prometedor, Marco. Se está estabilizando.

Mientras hablaba, la puerta se abrió de nuevo. Claire entró, llevando una taza humeante

de café. Me la entregó, su expresión más suave de lo habitual.

—Deberías tomar un descanso —dijo—. Aunque sea solo por unos minutos. Necesitas recargarte.

Tomé el café, el calor se filtraba en mis manos frías. —No puedo dejarla.

—Lo sé —respondió Claire—. Pero no le harás ningún bien si te desplomas. Bebe el café. Yo la vigilaré.

Asentí, tomando un sorbo del fuerte brebaje. Mientras la cafeína llegaba a mi sistema, me di cuenta de lo cerca que había estado de quebrarme. Pero no podía quebrarme. No ahora. Nunca. Elena necesitaba que fuera fuerte.

Me volví hacia Claire, mi mente cambiando de marcha. —Necesitamos discutir la seguridad. Los Lombardi no se detendrán con este ataque.

Claire asintió, enderezando su postura. —He triplicado los guardias e instalado cámaras adicionales. Nadie entra ni sale sin autorización.

—Bien —dije, tomando otro sorbo de café—. Pero también debemos considerar las amenazas internas. El topo aún está ahí fuera.

Los ojos de Claire se estrecharon. —¿Crees que podrían intentar algo aquí?

—No podemos descartarlo —respondí, apretando la mandíbula—. Quiero que vigiles a todos, Claire. No confíes en nuestra propia gente. Cualquiera que actúe de manera extraña, haga llamadas que no debería, cualquier cosa fuera de lo común... quiero saberlo.

Mientras hablábamos, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Lo saqué y vi un mensaje de Antonio.

—Pista sobre el topo. Necesito reunirme cuanto antes. Claustros en Fort Tryon Park.

Mi corazón se aceleró. Esto podría ser el avance que necesitábamos. Rápidamente escribí una respuesta, organizando una reunión.

Al levantar la vista, me encontré con la mirada inquisitiva de Claire. —Antonio tiene información sobre el topo. Necesito reunirme con él.

Claire asintió, comprendiendo la gravedad de la situación. —Ve. Me quedaré con Elena. Estará a salvo, te lo prometo.

Me puse de pie, con las piernas entumecidas por haber estado sentado tanto tiempo. Caminé hasta la cama de Elena y le besé suavemente la frente. La idea de dejarla, aunque fuera por un momento, me desgarraba. Pero tenía que protegerla, protegernos a todos. Y para eso, necesitaba encontrar a este traidor.

—Volveré pronto —le susurré a Elena—. Mantente fuerte por mí.

Salí de la mansión con pasos pesados. El aire fresco de la noche golpeó mi rostro al salir, un fuerte contraste con la atmósfera sofocante de la habitación del hospital. Mi coche esperaba, con el motor en marcha suavemente. Mientras me deslizaba en el asiento del conductor, no podía quitarme de la cabeza la imagen de Elena inmóvil en esa cama.

Las calles estaban casi vacías mientras conducía, mi mente corriendo más rápido que el coche. ¿Quién podría ser el topo? Alguien en quien confiábamos, alguien cercano. La idea me revolvió el estómago.

Llegué al parque. El coche de Antonio ya estaba allí, aparcado discretamente en las sombras. Apagué el motor y salí, escaneando el área en busca de señales de vigilancia o visitantes indeseados.

Dentro, Antonio y Giovanni esperaban, sus rostros sombríos en la tenue luz. Antonio

habló primero, su voz baja y urgente.

—Marco, teníamos que reunirnos aquí. La casa ya no es segura.

Asentí, con la garganta apretada. —¿Qué han encontrado?

Giovanni dio un paso adelante, sosteniendo una carpeta manila. —Evidencia que apunta a alguien de nuestro círculo íntimo. No es bonito, Marco.

Tomé la carpeta, mis manos firmes a pesar del tumulto en mi interior. Mientras hojeaba las páginas, mi mandíbula se tensó involuntariamente. Estados de cuenta bancarios, pero sin nombre de persona adjunto.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, mi voz apenas por encima de un susurro.

Antonio negó con la cabeza. —Meses, al menos. Quizás más.

El aguijón de la traición cortó profundo. Alguien en quien habíamos confiado, alguien a quien habíamos traído a nuestra familia, había estado trabajando en nuestra contra todo este tiempo. Cerré la carpeta, mi mente ya formulando nuestro próximo movimiento.

—Necesitamos ser inteligentes con esto —dije, mirando tanto a Antonio como a Giovanni—. Si mostramos nuestras cartas demasiado pronto, podríamos perderlo todo.

Antonio asintió. —¿Cuál es nuestro plan?

Respiré profundamente, sopesando nuestras opciones. —Reuniremos más evidencia. Los vigilaremos de cerca. Y cuando llegue el momento adecuado, atacaremos. Duro y rápido.

Los ojos de Giovanni se encontraron con los míos, pasando entre nosotros un entendimiento silencioso. Nos habían traicionado, pero no estábamos derrotados. Ni por asomo.

—Por ahora —continué—, mantendremos esto entre nosotros. Cuantas menos personas lo sepan, mayores serán nuestras posibilidades de atrapar a esta serpiente.

La reunión concluyó, y conduje de vuelta a la mansión, mi mente llena de pensamientos de venganza y protección. El peso de la responsabilidad me presionaba, pero lo abracé. Este era mi papel, mi deber con la familia.

Caminé por los pasillos de la mansión, mis pasos resonando en el silencio. Mientras me acercaba a la habitación de Elena, me preparé para lo que pudiera encontrar.

El Dr. Calderone levantó la vista cuando entré. Su rostro era una máscara de calma profesional, pero capté un destello de esperanza en sus ojos.

—Marco —dijo, con voz baja—. Hay pequeñas señales de mejoría. Su respiración es más estable y se está moviendo más.

Me acerqué a la cama de Elena, observando su rostro pálido y el constante subir y bajar de su pecho. Seguía inconsciente, pero viva. Luchando.

—¿Cuál es su pronóstico? —pregunté, tomando su mano entre las mías.

El Dr. Calderone ajustó sus gafas. —Aún es incierto, pero estas mejorías son alentadoras.

Asentí, con un nudo en la garganta. —Gracias, Doctor. Por todo.

Cuando salió de la habitación, me senté junto a Elena, sosteniendo su mano. Su piel estaba fría al tacto, pero podía sentir la vida en ella. La fuerza.

—Estoy aquí, Elena —susurré, mi pulgar trazando círculos en su palma—. No me voy a ninguna parte.

En el silencio de la habitación, rodeado por el suave pitido de los monitores, me permití un momento de vulnerabilidad. El miedo que había estado conteniendo me golpeó en oleadas.

Pero con ese miedo vino la determinación. La protegería. Desmantelaría a los Lombardi pieza por pieza. Y desarraigaría al traidor en nuestro medio.

Un suave golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Claire entró, su postura alerta a pesar del agotamiento evidente en sus ojos.

—Señor —dijo, con voz baja pero firme—. He terminado de implementar las nuevas medidas de seguridad para Elena.

Me enderecé en la silla, manteniendo mi agarre en la mano de Elena. —Explícamelo todo.

Claire asintió, acercándose más. —Hemos duplicado la rotación de guardias, con dos hombres apostados fuera de esta habitación en todo momento. El perímetro de la mansión ha sido reforzado, y yo misma he investigado a cada persona con acceso a este piso.

—¿Y la vigilancia? —pregunté, escrutando el rostro de Elena en busca de cualquier señal de incomodidad.

—Cámaras de última generación cubriendo cada ángulo, monitoreadas las 24 horas —respondió Claire—. También he instalado inhibidores de señal para evitar cualquier comunicación no autorizada en un radio de 100 metros.

Sentí que un peso se levantaba de mis hombros. —Buen trabajo, Claire. Sabía que podía contar contigo.

Ella vaciló, luego añadió: —Hay una cosa más. He arreglado que una enfermera de confianza esté aquí las 24 horas. Trabaja directamente con el Dr. Calderone.

Consideré esto, sopesando los riesgos contra los beneficios. —¿Confías en ella?

—Con mi vida —afirmó Claire—. Y lo que es más importante, con la de Elena. El doctor no está durmiendo más que tú, y eso es peligroso.

Asentí, sintiendo una oleada de gratitud por la minuciosidad de Claire. —Gracias.

—También hice una revisión preliminar de sus empleados. Hasta ahora todos parecen estar limpios, pero una vez que ella esté menos vulnerable, haré una verificación completa de cada uno de ellos. Lo siento, jefe, debería haberlo hecho antes.

Probablemente debería haberlo hecho. Y yo definitivamente debería haberle dicho que lo hiciera. Otro lugar donde la culpa era mía. —No te culpes. No es tu culpa que ella decidiera recibir una bala por sus clientes.

—No te defraudaré —prometió, con la mano en el pomo de la puerta—. Ni a Elena.

Con eso, se fue, dejándome a solas con Elena y el ritmo constante del monitor cardíaco. Me incliné cerca, mis labios cerca de su oído.

—¿Has oído eso, amore? —susurré—. Estás a salvo. Ahora es tu turno de luchar. Vuelve a mí.

La puerta chirrió al abrirse, y me giré para ver a mi madre entrando con una bandeja de comida. Sus ojos, agudos y conocedores, se fijaron en mi aspecto desaliñado.

—Marco —dijo, su voz una mezcla de calidez y preocupación—. Necesitas comer.

Negué con la cabeza. —No tengo hambre, Mama.

Ella dejó la bandeja en la mesita de noche, el aroma de pasta casera llenando la habitación. —No has comido en horas. Tu cuerpo necesita fuerza.

Miré a Elena, su rostro pálido contra las almohadas blancas. —No puedo dejarla.

La mano de Maria se posó en mi hombro. —No la estarás dejando por cuidarte. Elena querría que comieras.

Sabía que tenía razón, pero la idea de hacer cualquier cosa que no fuera vigilar a Elena se sentía como una traición. —Comeré más tarde —prometí, sin intención de cumplirlo.

Los ojos de Maria se entrecerraron. —Marco Diego Vitale, vas a comer ahora. Y luego

vas a dormir.

No pude evitar sonreír ante su tono. Incluso ahora, con todo mi poder e influencia, mi madre aún podía hacerme sentir como un niño reprendido. —Mama...

—Sin discusiones —interrumpió—. No le serás de ninguna utilidad a Elena cuando despierte si estás exhausto. Come. Descansa. Yo la cuidaré.

Miré a Elena de nuevo, dividido entre mi necesidad de protegerla y la lógica de las palabras de mi madre. —¿Y si despierta y no estoy aquí?

La voz de Maria se suavizó. —Entonces me verá a mí y sabrá que estás cerca. No estará sola.

A regañadientes, asentí. —De acuerdo, Mama. Comeré. Pero dormiré aquí.

Comí mecánicamente, mis ojos nunca dejando el rostro de Elena. Mientras el sol comenzaba a ponerse, proyectando largas sombras a través de la habitación, el agotamiento finalmente me venció. Bajé mi cabeza al borde de la cama de Elena, su mano aferrada en la mía.

—Estoy aquí, amore —susurré—. No voy a ir a ninguna parte.

Mientras el sueño me reclamaba, mi mente divagó hacia un futuro donde Elena y yo caminábamos bajo el sol siciliano

sin amenazas cerniéndose sobre nosotros. El pitido constante del monitor cardíaco se desvaneció en el fondo, un recordatorio constante de que Elena aún estaba luchando, aún conmigo.

En mis sueños, estábamos a salvo. Estábamos juntos. Y nada podía tocarnos.

Capítulo 2

Elena

Un dolor persistente en mi costado me sacó de las profundidades de la inconsciencia. Parpadeé, tratando de enfocar en la habitación tenuemente iluminada. El pitido rítmico de un monitor cardíaco llenaba mis oídos, y el olor estéril a desinfectante asaltaba mis fosas nasales. Hospital. Estaba en un hospital.

Marco. ¿Dónde estaba Marco?

Me esforcé por girar la cabeza, buscándolo. Mis ojos se posaron en una silueta familiar, sus anchos hombros encorvados sobre el costado de mi cama. El alivio me inundó.

La cabeza de Marco se levantó de golpe, sus ojos verdes fijándose en los míos. La preocupación grabada en su rostro me hizo encoger el corazón. Quería extender la mano, suavizar las líneas de tensión, pero mi cuerpo se sentía imposiblemente pesado.

—Marco —intenté decir, pero mi garganta estaba demasiado seca. La palabra salió como un susurro ronco.

Él se inclinó más cerca, su cálida mano envolviendo la mía. —Hola, dormilona —dijo suavemente. Su voz tembló, traicionando las emociones que intentaba ocultar—. Vas a estar bien, Elena. Estás a salvo ahora.

A salvo. La palabra resonó en mi mente, trayendo consigo destellos de memoria. La galería. Una pistola. Dolor.

Apreté la mano de Marco débilmente, aferrándome a su toque como un ancla. —¿Qué pasó? —logré decir con voz ronca.

La mandíbula de Marco se tensó, y vi un destello de algo oscuro pasar por sus ojos antes de que lo enmascarara. —No te preocupes por eso ahora —dijo, su pulgar trazando círculos reconfortantes en el dorso de mi mano—. Lo único que importa es que estás bien.

Quería presionarlo para obtener más información, pero el agotamiento ya me estaba arrastrando de vuelta. Mientras mis párpados se volvían pesados, escuché a Marco susurrar: —Descansa, amore. Estaré aquí mismo cuando despiertes.

Flotaba entre la consciencia y la inconsciencia, el pitido constante de las máquinas era mi compañero constante. Cuando finalmente logré abrir los ojos de nuevo, Marco seguía allí, su presencia inquebrantable.

—Marco —susurré, mi voz ligeramente más fuerte esta vez—. ¿Qué pasó?

Él suspiró, pasándose una mano por el cabello oscuro. —Te dispararon, Elena —dijo, con la voz tensa—. En la galería. Te interpusiste frente a una bala para proteger a tus clientes.

El recuerdo me golpeó como un puñetazo en el estómago. El hombre enmascarado, los rostros aterrorizados de mis clientes, el dolor ardiente en mi costado. Tragué saliva con dificultad.

—¿Están bien? —pregunté.

Los labios de Marco se curvaron en una triste sonrisa. —Mi novia loca que se lanza frente a las balas —dijo, sacudiendo la cabeza—. Eres tú la que está en una cama de hospital, y

estás preocupada por todos los demás.

Intenté reír, pero el dolor atravesó mi costado. Hice una mueca, conteniendo la respiración.

El rostro de Marco se llenó inmediatamente de preocupación. Se inclinó hacia adelante, acariciando suavemente mi cabello. —Lo siento —murmuró—. No debería haberte hecho reír. Solo descansa, ¿de acuerdo? Estaré aquí mismo.

Quería decirle que estaba bien, que no necesitaba preocuparse. Pero al mirar en sus ojos, vi el miedo y el agotamiento que trataba tan duramente de ocultar. Así que en lugar de eso, cerré los ojos y me dejé llevar, reconfortada por la sensación de su mano en la mía.

Un suave golpe en la puerta me sacó de mi ligero sueño. Abrí los ojos para ver a un hombre con bata blanca, llevando un estetoscopio alrededor del cuello, entrar en la habitación, su cabello entrecano pulcramente peinado hacia atrás. Sus ojos azules me recorrieron, evaluando mi condición con una mirada experimentada.

—Ah, Elena, estás despierta —dijo, su voz llevando un toque de música clásica. Se acercó a mi cama, revisando los monitores y mi goteo intravenoso—. Soy el Dr. Calderone. He estado cuidando de ti. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubieran disparado —respondí, intentando una débil sonrisa.

El Dr. Calderone rió suavemente mientras revisaba mis signos vitales. —Bueno, tu sentido del humor está intacto. Esa es una buena señal. —Anotó algo en su tablilla antes de mirarme con una sonrisa tranquilizadora—. Vas a estar bien, Elena. Ya has hecho un progreso notable.

Una ola de alivio me invadió ante sus palabras. Me volví hacia Marco, viendo que la tensión en su rostro se aliviaba ligeramente. El agotamiento en sus ojos era palpable, y me di cuenta de que debía haber estado a mi lado todo el tiempo.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí? —pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro.

Marco apretó suavemente mi mano. —Dos días —respondió, su voz ronca por la fatiga—. Nos diste un buen susto.

Le devolví un débil apretón, abrumada por su presencia inquebrantable. —Deberías ir a casa, descansar un poco —murmuré, aunque una parte de mí temía la idea de que se fuera.

Marco negó firmemente con la cabeza. —No voy a ir a ninguna parte, Elena.

El Dr. Calderone se aclaró la garganta. —Aunque admiro su dedicación, Sr. Vitale, debo insistir en que también se cuide. La Srta. Rossi lo necesita en su mejor estado.

Vi cómo la mandíbula de Marco se tensaba, un destello de su habitual autoridad pasando por su rostro. Pero luego asintió, sus hombros hundiéndose ligeramente. —Tiene razón, Doctor. Tomaré un breve descanso más tarde.

Cuando el Dr. Calderone se fue, Claire entró. Su expresión habitualmente estoica se desmoronó al acercarse a mi cama, sus ojos brillando con lágrimas contenidas.

—Nos diste a todos un susto —dijo, con la voz cargada de emoción. Se secó una lágrima que se le había escapado—. Pero eres fuerte. Sabíamos que lo superarías.

Me sorprendió la muestra de vulnerabilidad de Claire. Su duro exterior siempre había parecido impenetrable. —Lo siento —susurré, sin saber qué más decir.

Claire sacudió la cabeza, recomponiéndose. —No te disculpes. Hiciste lo que tenías que hacer. Pero quizás la próxima vez, deja que alguien más reciba el golpe.

Marco se inclinó hacia ella, su voz seria. —Elena, he cerrado la galería por ahora. Estoy pagando los salarios de tu personal hasta que estés lo suficientemente bien para regresar.

Mis ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. —¿Qué? No, Marco, eso es demasiado. No puedes...

Él me interrumpió con suavidad pero con firmeza. —Puedo hacerlo, y ya lo he hecho. No tienes que preocuparte por nada. Solo concéntrate en mejorar.

Quería discutir, insistir en que podía manejar mis propios asuntos, pero el agotamiento ya estaba volviendo a apoderarse de mí. La generosidad de Marco me abrumaba, y me encontré dividida entre la gratitud y una incómoda sensación de dependencia.

—Gracias —logré decir finalmente, con la voz apenas audible—. No sé cómo pagarte.

Los ojos verdes de Marco se suavizaron al mirarme. —No hay nada que pagar. Esto es lo que hace la familia.

Sus palabras me impactaron profundamente. Familia. Hacía tanto tiempo que no me sentía parte de una. Mientras volvía a quedarme dormida, me aferré a esa sensación, esperando que no fuera solo la medicación para el dolor haciéndome imaginar cosas.

Desperté más tarde, sin estar segura de cuánto tiempo había pasado. El dolor sordo en mi costado me recordó dónde estaba y por qué. Marco estaba sentado a mi lado, con los ojos fijos en una tableta que tenía en las manos. Levantó la vista cuando me moví.

—Las entregas —croé, con la garganta seca—. Para la galería. Están programadas para la próxima semana.

Marco dejó la tableta y alcanzó un vaso de agua. Lo acercó a mis labios, permitiéndome tomar pequeños sorbos. —No te preocupes por eso —dijo, con voz tranquila y reconfortante—. Me he encargado de todo.

Fruncí el ceño. —¿De todo?

Asintió, con una pequeña sonrisa en los labios. —Las entregas han sido reprogramadas. He informado a tus clientes sobre el retraso. Incluso hice que regaran las plantas en tu apartamento.

El peso de sus palabras me golpeó. Había pensado en cosas que ni siquiera yo había considerado. Las lágrimas se acumularon en mis ojos, y parpadeé rápidamente, tratando de contenerlas.

—No tenías que hacer todo eso —susurré, abrumada por su minuciosidad y cuidado.

La mano de Marco encontró la mía, sus dedos entrelazándose con los míos. —Quería hacerlo —dijo simplemente.

Miré fijamente nuestras manos unidas, con un nudo formándose en mi garganta. Una parte de mí quería apartarse, afirmar mi independencia. Pero una parte más grande anhelaba esta conexión, este apoyo del que había carecido durante tanto tiempo.

La otra mano de Marco se movió para acariciar suavemente mi cabello. —Todo lo que necesitas hacer es descansar y recuperarte —me aseguró, con voz baja y tranquilizadora—. Todo lo demás está bajo control. Yo me encargo de todo.

Cerré los ojos, dejando que sus palabras me envolvieran. La idea de renunciar al control era aterradora, pero también extrañamente liberadora. Por una vez, no tenía que ser fuerte. No tenía que manejar todo sola.

—Gracias —murmuré, apretando débilmente su mano.

Mientras volvía a quedarme dormida, me pregunté cómo podría alguna vez devolverle esta amabilidad. Y más importante aún, qué me costaría al final.

El suave clic de la puerta al abrirse me sacó de mi ligero sueño. Parpadeé, mis ojos ajustándose para ver a Maria entrando en la habitación. Su rostro se iluminó con una cálida sonrisa mientras se acercaba a mi cama.

Maria se inclinó, su ligero perfume reconfortante mientras besaba mi mejilla. Sus ojos, cuando se apartó, estaban llenos de una emoción que no pude descifrar del todo. ¿Orgullo? ¿Alivio? ¿Ambos?

—Fuiste muy valiente —dijo Maria suavemente, su mano descansando gentilmente sobre mi brazo—. Probablemente salvaste la vida de alguien con tus acciones.

Tragué con dificultad, desprevenida ante la oleada de emociones que sus palabras desencadenaron. La bondad en los ojos de Maria, el orgullo en su voz, era abrumador. Había pasado tanto tiempo tratando de probarme a mí misma, de ser digna de respeto en este mundo. Y ahora, aquí estaba esta mujer que admiraba, mirándome como si hubiera hecho algo extraordinario.

Abrí la boca para responder, pero las palabras se atascaron en mi garganta. ¿Qué podía decir? ¿Que no era valiente, que estaba aterrorizada? ¿Que había actuado por instinto, no por heroísmo?

—Gracias —finalmente logré susurrar, con la voz ahogada por la emoción que no podía expresar completamente.

La mano de Maria apretó suavemente mi brazo, sus ojos nunca dejando los míos. En ese momento, me sentí vista de una manera que no había experimentado en años. No como Elena la dueña de la galería, o Elena la extraña tratando de encajar. Solo... Elena.

La realización me golpeó con fuerza. Había arriesgado mi vida, sí. Pero de alguna manera, al hacerlo, había encontrado algo que ni siquiera sabía que me faltaba.

Los ojos de Maria se suavizaron, y se inclinó más cerca. —Todos estamos muy orgullosos de ti, Elena. Ahora eres parte de esta familia, y cuidamos de los nuestros.

Sus palabras hacían eco a las de Marco de antes. Familia. El concepto era casi extraño para mí después de años de independencia. Parpadeé rápidamente, sintiendo que las lágrimas se acumulaban a pesar de mis mejores esfuerzos por contenerlas. Un profundo dolor floreció en mi pecho, no por la herida de bala, sino por un anhelo que había enterrado tan profundamente que había olvidado que existía.

Quería responder, agradecerle, pero mi garganta se cerró. Todo lo que pude hacer fue asentir, esperando que ella entendiera cuánto significaban sus palabras para mí.

El Dr. Calderone se aclaró la garganta suavemente, recordándome su presencia. —Elena, creo que es mejor que descanses un poco más. Tu cuerpo ha pasado por un trauma significativo.

El agotamiento me invadió con sus palabras, como si mi cuerpo hubiera estado esperando permiso para ceder. Asentí de nuevo, sintiendo que mis párpados se volvían pesados.

Marco se inclinó, sus labios rozando mi frente. —Duerme, cara mia —susurró, su aliento cálido contra mi piel—. Estaré aquí cuando despiertes.

Mientras me sumergía en el sueño, me aferré a su promesa, al calor de pertenencia que las palabras de Maria habían encendido. Por primera vez en años, no estaba sola. Tenía una familia, aunque viniera con complicaciones que no podía ni empezar a comprender.

A medida que avanzaba el día, entraba y salía del sueño. Cada vez que abría los ojos, Marco estaba allí, su presencia un ancla constante en la bruma del dolor y la medicación.

—Deberías ir a casa, descansar un poco —murmuré durante un momento de lucidez.

Marco negó con la cabeza, su mandíbula firme. —No voy a dejarte. Además, tengo una habitación aquí.

Estudié su rostro, notando las oscuras ojeras bajo sus ojos y la barba incipiente en su mentón. A pesar de su agotamiento, irradiaba un aura de fuerza y determinación.

—Cuéntame algo —dije, tratando de distraernos a ambos del pitido de los monitores y el olor estéril de la habitación del hospital.

Marco arqueó una ceja. —¿Qué te gustaría saber?

Dudé, luego pregunté: —¿Quién te enseñó a jugar al ajedrez?

Un atisbo de sonrisa cruzó su rostro. —Mi nonno —dijo, su voz teñida de afecto—. Solía decir que la vida era como un juego de ajedrez. Tienes que planear tus movimientos cuidadosamente, anticipar cada jugada de tu oponente.

—¿Era el tipo de abuelo que te dejaba ganar, o tenías que ganártelo? —pregunté.

Las mejillas de Marco se oscurecieron ligeramente. —Puede que haya hecho trampa una o dos veces cuando jugábamos —admitió.

La risa burbujeó, pero fue interrumpida por una punzada de dolor en mi costado. La mano de Marco encontró la mía nuevamente, apretándola en señal de apoyo.

—Lo siento —dijo, arrepentido—. No quería hacerte reír.

La intensidad de su mirada me cortó la respiración. Aparté la vista, abrumada por las emociones que se arremolinaban dentro de mí.

Cuando cayó la noche, el teléfono de Marco vibró. Lo miró, su expresión endureciéndose por un momento antes de volver a mí.

—¿Todo bien? —pregunté.

Asintió, sus facciones suavizándose. —Nada de qué preocuparse. Lo tengo bajo control.

Le creí, y esa realización me reconfortó y aterró a la vez. ¿Qué significaba que confiara tan completamente en este hombre, a pesar de conocer la oscuridad que lo rodeaba?

Capítulo 3

Marco

Me erguí a la cabecera de la mesa de conferencias, mi mirada recorriendo los rostros de mis hermanos y aliados más confiables. La sala bien iluminada se sentía opresiva, el peso de nuestra situación recayendo sobre todos nosotros. Mi padre, Enzo, estaba sentado a mi derecha, su expresión severa un reflejo de la mía. No estaba seguro si él sabía lo que estaba pasando hoy. Luca, siempre vigilante, se apoyaba contra la pared cerca de la puerta, sus ojos escaneando constantemente a los ocupantes de la sala. Al limitar esta reunión a mis hombres más confiables, esperaba librarlos de la sospecha de ser el topo.

—Caballeros —comencé, mi voz cortando el tenso silencio—. Los Lombardi han atacado el corazón de nuestra familia, y ahora sabemos que hay un traidor entre nosotros. —Una ola de inquietud recorrió la sala. Observé sus reacciones cuidadosamente, buscando cualquier señal de culpa o engaño—. Nuestra respuesta debe ser rápida y decisiva —continué—. No podemos permitirnos mostrar debilidad, no ahora.

—Nuestra primera prioridad —dije, inclinándome hacia adelante—, es contraatacar. Luego identificamos al topo. Hasta que lo hagamos, no podemos confiar en nadie fuera de esta habitación. ¿Entendido? —Un coro de asentimientos sombríos acompañó mis palabras. Podía ver el peso de la sospecha asentándose sobre sus hombros, pero era necesario.

Me volví hacia la pantalla plana en la pared, señalando el mapa detallado que se mostraba allí. Puntos rojos marcaban las operaciones clave de los Lombardi en toda la ciudad. —Aquí —dije, apuntando a un grupo de puntos en el distrito industrial—, está su principal centro de distribución de drogas. Y aquí —mi dedo se movió hacia el distrito financiero—, tenemos su principal centro de lavado de dinero. Estas casas de seguridad —indiqué varias ubicaciones dispersas—, son donde probablemente estén almacenando armas y alojando personal clave.

La sala quedó en silencio mientras mis hermanos y aliados se inclinaban, escrutando el mapa. Podía ver las ruedas girando en sus mentes, evaluando las implicaciones de cada objetivo. —No pensé que supiéramos sobre estas casas de seguridad —dijo Luca, entrecerrando sus ojos oscuros. —Tengo mis fuentes —respondí, sin querer revelar demasiado—. Lo que importa es su precisión. Si atacamos estos lugares, paralizamos sus operaciones.

Luca se adelantó, su imponente figura proyectando una sombra sobre la mesa. —He estado vigilando algunos de estos lugares —dijo, con voz baja e intensa—. El centro de distribución está fuertemente custodiado, al menos diez hombres en rotación. Pero hay un punto ciego en el lado este. —Asentí, impresionado por su minuciosidad—. ¿Qué hay del frente de lavado de dinero? —Seguridad más estricta, pero menos personal —continuó Luca—. Confían más en la tecnología: cámaras, alarmas. Nada que no podamos manejar.

Mientras Luca detallaba las medidas de seguridad y las posibles vulnerabilidades de cada ubicación, escuché atentamente, mi mente ya formulando estrategias. Interrumpí ocasionalmente con preguntas puntuales, buscando llenar cualquier vacío en nuestra comprensión. —¿Y las casas de seguridad? —pregunté. La expresión de Luca se oscureció—. Complicadas. Rotan con

frecuencia. Necesitaríamos atacarlas todas simultáneamente para asegurarnos de no perder nuestros objetivos.

Absorbí esta información, sopesando nuestras opciones. La complejidad de la operación era desalentadora, pero me negué a dejar que la duda se infiltrara. Teníamos que tener éxito. —Necesitaremos coordinar nuestros ataques perfectamente —dije, mi voz firme a pesar de la gravedad de lo que estaba proponiendo—. Un paso en falso, y toda la operación se desmorona.

Me volví hacia Tony, que estaba de pie en silencio a mi derecha, sus dedos tamborileando rítmicamente sobre la mesa. —Tony, quiero que te encargues del centro de distribución. Lleva a seis de tus mejores hombres. Golpéalos duro y rápido. —Tony asintió, sus ojos agudos con concentración—. Neutralizaremos a los guardias y aseguraremos el producto. ¿Qué hay de la eliminación? —Quémalo —dije con firmeza—. Todo. No quiero que quede nada para que los Lombardi lo recuperen.

Me enfrenté al resto de la sala, asignando objetivos a cada uno de mis aliados de confianza. —Carlo, te encargarás del frente de lavado de dinero. Deshabilita sus sistemas y extrae todos los registros financieros que puedas encontrar. Luca, quiero que coordines las redadas de las casas de seguridad. Las atacamos todas a la vez, sin excepciones. —Mientras delineaba el plan, pude sentir cómo cambiaba la energía en la sala. La tensión inicial dio paso a una determinación enfocada. Estos hombres eran asesinos, todos y cada uno de ellos, pero también eran profesionales. Entendían la gravedad de lo que estábamos a punto de emprender.

—Nos movemos esta noche —declaré, mi voz cortando el murmullo de la conversación—. Esta es nuestra oportunidad de paralizar a los Lombardi antes de que puedan reagruparse. El tiempo lo es todo. Atacamos a medianoche, ni un minuto antes ni después. —Tony habló, su tono medido—. ¿Qué hay de las comunicaciones? Necesitaremos mantenernos en contacto sin arriesgarnos a la interceptación. —Asentí, apreciando su previsión—. Usaremos teléfonos desechables, preprogramados con canales seguros. Desháganse de ellos inmediatamente después de la operación. Y tengan canales de respaldo listos en caso de interferencia.

Mientras la sala zumbaba de actividad, sentí una tensión familiar en mi pecho. El peso del liderazgo me presionaba, pero lo abracé. Esto era para lo que había nacido, para lo que había sido entrenado desde la infancia. No fallaría. —Recuerden —dije, mi voz cortando el bullicio—, la sincronización es clave. Si un equipo falla, todos fallamos. Manténganse alertas, concentrados, y si algo sale mal, adapten. Somos Vitale. Esto es lo que hacemos.

Escaneé los rostros de mis aliados de confianza, buscando cualquier indicio de engaño. El peso de la sospecha pendía pesadamente en el aire, un recordatorio silencioso del traidor entre nosotros. Cada hombre sostuvo mi mirada, sus expresiones una mezcla de determinación e inquietud. Mi mente corría, analizando cada interacción, cada gesto sutil.

—Una última cosa —dije, mi voz baja y medida—. Esta operación es estrictamente confidencial. No hay discusiones fuera de esta sala, ni comunicaciones innecesarias. No podemos arriesgarnos a ninguna filtración. —Los hombres asintieron, comprendiendo la gravedad de la situación. Continué—: Si alguien nota algo sospechoso, repórtelo directamente a mí. Sin excepciones.

Mientras profundizábamos en los detalles finales de nuestro plan, mantuve una aguda conciencia de cada reacción, cada comentario. La atmósfera estaba tensa pero concentrada, cada miembro del equipo agudamente consciente de su papel en los eventos de la noche. —Marco —intervino mi padre—, ¿qué hay de las contingencias si encontramos resistencia inesperada en los muelles? Consideré por un momento antes de responder, agradecido de que su pregunta tuviera sentido. —Tendremos un equipo de respaldo en espera. Si encuentran una fuerte oposición, que

se retiren y reagrupen. Es mejor abortar que arriesgarse a pérdidas innecesarias.

Cuando nos acercábamos al final, me puse de pie, captando su atención una última vez. —Esta noche, asestamos un golpe decisivo contra los Lombardi. Recuerden su entrenamiento, confíen en sus instintos y cuídense las espaldas. No podemos permitirnos errores. Los miembros de la familia y los aliados salieron de la sala de conferencias, sus rostros marcados por la determinación. Me quedé atrás, a solas con mis pensamientos. El peso del liderazgo se asentó pesadamente sobre mis hombros mientras miraba el mapa en la pantalla, cada punto rojo representando un potencial campo de batalla.

Respiré hondo, calmándome. La noche que se avecinaba nos pondría a prueba a todos, nos empujaría hasta nuestros límites. Pero me había preparado para esto, me había entrenado. Mi resolución de proteger a mi familia, de salvaguardar nuestros intereses, ardía ferozmente dentro de mí. Cuando salí de la sala de conferencias, un movimiento captó mi atención. Elena caminaba lentamente por el pasillo, apoyada por Claire a un lado y una enfermera —Estelle, recordé— al otro. Sus pasos eran cautelosos, deliberados, pero había determinación en su postura.

Mi corazón se hinchó con una mezcla de emociones. Orgullo por su fuerza, preocupación por su bienestar y un deseo abrumador de protegerla de cualquier daño. Caminé hacia ellas, una suave sonrisa formándose en mis labios a pesar de la gravedad de la noche que se avecinaba. —Elena —la llamé suavemente mientras me acercaba—. ¿Cómo te sientes? Ella levantó la mirada, sus ojos azules encontrándose con los míos. —Marco —respiró, su voz cálida a pesar de la tensión evidente en sus facciones—. Me siento mejor. El médico insistió en estos paseos.

Asentí, estudiando su rostro. —Es bueno verte levantada. Estás progresando. Claire intervino: —Se ha estado esforzando, jefe. Determinada a recuperar sus fuerzas. —Eso no me sorprende —respondí, sin apartar mis ojos de Elena—. Siempre has sido una luchadora. Los labios de Elena se curvaron en una pequeña sonrisa. —Aprendí del mejor —dijo suavemente.

Extendí la mano, tomando suavemente la suya. —Trabajaré hasta tarde esta noche —dije—. Intentaré no despertarte cuando vaya a la cama. Elena asintió, sus ojos reflejando una mezcla de preocupación y comprensión. —No te preocupes por mí —dijo—. Solo... vuelve a salvo. Me incliné, presionando un suave beso en su frente. —Lo haré —murmuré contra su piel, inhalando su aroma familiar. Por un momento, me permití permanecer allí, extrayendo fuerza de su presencia.

Mientras me alejaba, Elena extendió la mano y apretó la mía una vez más. El gesto hablaba por sí solo: su apoyo silencioso, su confianza en mí. Observé cómo continuaba su lento y cuidadoso paseo con Claire y Estelle, mi corazón pesado por el peso de lo que nos esperaba. Me di la vuelta, mi mente ya cambiando de nuevo a la tarea en cuestión. Las próximas horas serían cruciales, y no podía permitirme distracciones. Me dirigí con determinación de vuelta a mi oficina, donde Luca y Antonio me esperaban.

El viaje al centro de distribución de los Lombardi fue tenso y silencioso. Agarré el volante de mi Mercedes, mi mente repasando cada detalle de nuestro plan. El peso de mi pistola contra mi costado era un frío consuelo.

Mientras nos acercábamos a nuestro objetivo, le di un brusco asentimiento a Antonio. Él tocó su auricular, señalando al resto de nuestro equipo. Detuve el coche en un callejón sombrío, apagando el motor.

—Recuerden —dije—, nos movemos rápido, nos movemos en silencio. Sin riesgos innecesarios.

Salimos del vehículo, moviéndonos rápidamente hacia el almacén. El aire nocturno era fresco, llevando el tenue aroma de los muelles cercanos. Al acercarnos al perímetro, levanté la

mano, señalando al equipo que se detuviera.

Escaneé el área, notando las posiciones de los guardias Lombardi. Dos en la entrada principal, uno patrullando el lado este. Exactamente como nuestra inteligencia había indicado.

—Ahora —susurré en mi comunicador.

En un instante, nuestros francotiradores eliminaron a los guardias exteriores. Nos apresuramos, traspasando el perímetro antes de que los cuerpos tocaran el suelo. Al entrar en el almacén, la calma de la noche estalló en caos.

Gritos de alarma resonaron por el cavernoso espacio. El chasquido de los disparos llenó el aire mientras los soldados Lombardi se apresuraban a defender su territorio. Pero estábamos preparados.

Me moví con eficiencia practicada, mi arma una extensión de mi brazo. Dos hombres Lombardi cayeron antes de que pudieran siquiera levantar sus armas. A mi izquierda, escuché a Antonio enzarzado en combate cuerpo a cuerpo.

—Luca, desactiva sus sistemas de seguridad —ordené, mi voz firme a pesar de la adrenalina que corría por mis venas.

Mientras coordinaba nuestros movimientos, una parte de mi mente permanecía distante, analizando cada desarrollo. Estábamos ganando terreno, pero la lucha estaba lejos de terminar. Y con cada segundo que pasaba, el riesgo de que llegaran refuerzos crecía.

No podía permitir que eso sucediera. Había demasiado en juego. El rostro de Elena destelló en mi mente, alimentando mi resolución. Llevaría esto hasta el final, sin importar el costo.

El tiroteo se intensificó mientras nos adentrábamos más en el almacén. Me agaché detrás de una pila de cajas, las balas astillando la madera a centímetros de mi cabeza.

—Jefe, hemos asegurado el ala este —la voz de Luca crepitó en mi auricular.

—Bien. Muévete a la oficina y recupera cualquier documento que encuentres —instruí, mis ojos escaneando en busca de mi próximo objetivo.

Un soldado Lombardi emergió de detrás de una carretilla elevadora. Disparé dos veces, al centro de masa. Se desplomó en el suelo.

El acre olor a pólvora inundó mis fosas nasales mientras avanzaba. Mi equipo se movía como una máquina bien engrasada, cada hombre cubriendo a los demás mientras limpiábamos sistemáticamente el edificio.

—Jefe, hemos encontrado sus libros de contabilidad —informó Antonio.

Me permití un breve momento de satisfacción. Esos libros paralizarían las operaciones de los Lombardi durante meses.

—Coged los ordenadores, destruid todo lo demás —ordené—. No dejéis ningún rastro de su negocio intacto.

Mientras los sonidos del combate comenzaban a apagarse, observé la carnicería a nuestro alrededor. Los cuerpos yacían esparcidos por el suelo, la mayoría vistiendo los colores de los Lombardi. Mis propios hombres estaban magullados y ensangrentados, pero aún en pie.

Sentí una tensión familiar en la mandíbula. Habíamos ganado esta batalla, pero la guerra estaba lejos de terminar. Y en algún lugar ahí fuera, un traidor aún acechaba entre nosotros.

Horas más tarde, me senté a la cabecera de la mesa de conferencias, con mi equipo reunido a mi alrededor. Sus rostros mostraban agotamiento, pero también orgullo por un trabajo bien hecho.

—La operación fue un éxito —comencé, con voz firme—. Hemos asestado un golpe significativo a los Lombardi. Pero no podemos permitirnos ser complacientes.

Luca asintió, sus ojos agudos a pesar de la hora tardía. —Su red de distribución está hecha pedazos. Les llevará semanas, tal vez meses, recuperarse.

—Bien —dije—. Pero necesitamos presionar nuestra ventaja. Antonio, ¿qué encontraste en esos libros de contabilidad?

Antonio se inclinó hacia adelante, extendiendo varios papeles. —Nombres, fechas, cantidades. Es una mina de oro, jefe. Tenemos toda su estructura financiera expuesta aquí.

Estudí los documentos, mi mente ya corriendo con posibilidades. —Esto nos da nuestros próximos objetivos. Atacaremos sus operaciones de lavado de dinero a continuación. Cortaremos su flujo de efectivo y los asfixiaremos.

—Dom, ¿cuánto tiempo hasta que podamos entrar en esos ordenadores?

Dom levantó la vista del portátil sobre la mesa. —Estoy trabajando en ello ahora, jefe. No más de un día.

—Hay algo más —interrumpió Luca—. Encontramos comunicaciones que sugieren que están planeando expandirse a un nuevo territorio. Específicamente, nuestros muelles.

Fruncí el ceño. Los muelles eran nuestros, un acuerdo tácito entre familias. Si los Lombardi estaban haciendo un movimiento por ellos, podría alterar el delicado equilibrio que habíamos mantenido durante años.

—Tendremos que movernos rápidamente —dije—. Recoged más información. Quiero saberlo todo sobre sus planes antes de hacer nuestro próximo movimiento.

La reunión se prolongó otra hora mientras repasábamos detalles y contingencias. Cuando terminamos, el agotamiento pesaba sobre mí como una carga física. Me dirigí arriba, mi mente aún dando vueltas con estrategias y posibles escollos.

Al entrar en nuestro dormitorio, todos los pensamientos sobre las operaciones de la noche se evaporaron. Elena yacía en nuestra cama, su pecho subiendo y bajando con respiraciones lentas y constantes. Su cabello castaño rojizo se extendía sobre la almohada, enmarcando su rostro en el suave resplandor de la lámpara de noche.

Me quedé allí un momento, absorbiendo la visión de ella. La tensión en mi pecho se aflojó, reemplazada por un calor que se extendió por todo mi cuerpo. ¿Cómo podía una sola persona tener tal efecto en mí?

Con cuidado de no molestarla, me quité el traje y me deslicé en la cama junto a ella. Elena se movió, sus ojos abriéndose brevemente.

—¿Marco? —murmuró, su voz espesa por el sueño.

—Estoy aquí —susurré, rodeándola con un brazo—. Vuelve a dormir.

Se acurrucó más cerca, su cabeza encontrando su lugar en mi pecho. —¿Todo bien?

Dudé, no queriendo cargarla con los eventos de la noche. —Está bien. Hemos avanzado.

La mano de Elena encontró la mía, sus dedos entrelazándose con los míos. —¿Me lo contarás mañana?

—Por supuesto —dije, presionando un beso en su frente—. Descansa ahora.

Mientras su respiración se volvía a estabilizar, me quedé allí, maravillándome de la mujer en mis brazos. Con Elena, no tenía que ser el líder despiadado, el estratega magistral. Aquí, en la tranquilidad de nuestra habitación, podía simplemente ser Marco.

Capítulo 4

Elena

Desperté con una sensación de determinación, mi cuerpo hormigueando de anticipación. El sol se filtraba a través de las cortinas, proyectando un cálido resplandor en la habitación. El lado de la cama de Marco estaba vacío, las sábanas frías al tacto. Me incorporé, haciendo una mueca por el persistente dolor en mi costado.

Mientras me vestía, me detuve a observar mi reflejo en el espejo. La mujer que me devolvía la mirada parecía decidida, sus ojos azules ardiendo con resolución. Me alisé el cabello y me ajusté la blusa, lista para enfrentar cualquier desafío que me esperara.

Claire y Estelle me esperaban en el pasillo. Los ojos de Claire escaneaban nuestro entorno, siempre alerta, mientras Estelle me ofrecía una sonrisa amable.

—Buenos días, Elena —dijo Estelle—. ¿Cómo se encuentra?

—Fuerte —respondí con voz firme—. Estoy lista para volver al trabajo.

Mientras bajábamos las escaleras, pude oler los ricos aromas de café y tocino que provenían de la cocina. Mi estómago rugió, recordándome que no había comido desde la noche anterior. Empujé la puerta de la cocina, mis ojos posándose de inmediato en Marco.

Levantó la vista de su café, con preocupación grabada en sus facciones. —Elena —dijo, dejando su taza—. ¿Estás segura de esto?

Me acerqué a él, poniendo mi mano en su brazo. —Estoy segura, Marco. No puedo quedarme encerrada aquí para siempre. La galería me necesita.

La mandíbula de Marco se tensó, pero asintió. —Entiendo. Pero Claire y Estelle irán contigo. Sin discusiones.

—De acuerdo —dije, ofreciéndole una pequeña sonrisa—. Tendré cuidado, lo prometo.

Me atrajo hacia sí, presionando un beso en mi frente. —Es todo lo que pido —murmuró contra mi piel.

Al apartarme, vi el conflicto en sus ojos: el deseo de protegerme luchando contra su respeto por mi independencia. Era un equilibrio delicado, uno que aún estábamos aprendiendo a manejar.

—Debería irme —dije suavemente—. Te llamaré cuando llegue allí.

Marco asintió, su mano demorándose en la mía por un momento antes de soltarla. Mientras Claire, Estelle y yo nos dirigíamos a la puerta, miré hacia atrás una última vez. Marco estaba allí de pie, su café olvidado, observándonos partir con una mirada preocupada.

Respiré profundamente al salir, el fresco aire de la mañana revigorándome. A pesar de los peligros que acechaban en las sombras, me sentía lista para enfrentarlos de frente.

La grava crujió bajo nuestros pies mientras nos acercábamos al coche. Los ojos de Claire se movían rápidamente, escaneando nuestro entorno con eficiencia practicada.

—Es agradable salir de la mansión por un cambio —comentó Claire, con voz baja.

Asentí, saboreando el breve momento de normalidad. —Sí, lo es. He extrañado esto.

Mientras nos acomodábamos en el coche, capté un vistazo de la expresión preocupada de

Estelle en el espejo retrovisor. La enfermera había sido una presencia constante durante mi recuperación, pero esta era la primera vez que se aventuraba fuera con nosotras. Le ofrecí una sonrisa tranquilizadora. —Claire es la mejor guardaespaldas que he tenido. Estamos completamente seguras en sus manos.

Claire arrancó el motor, su postura cambiando mientras nos alejábamos de la mansión. Sus ojos se movían constantemente entre la carretera y los espejos, sus manos aferrando el volante con fuerza.

El tenso silencio en el coche era palpable. Me encontré pensando en la galería, preguntándome qué desafíos me esperaban allí. ¿Habría afectado mi ausencia a nuestras próximas exposiciones? ¿Cómo reaccionaría mi personal ante las medidas de seguridad aumentadas?

Mientras navegábamos por las calles de la ciudad, noté que Claire tomaba una ruta tortuosa, dando vueltas ocasionalmente y haciendo giros inesperados. Su vigilancia era un claro recordatorio de las amenazas que enfrentábamos.

—¿Todo bien, Claire? —pregunté, rompiendo el silencio.

—Todo despejado hasta ahora —respondió sin quitar los ojos de la carretera—. Precauciones estándar.

Asentí, tratando de ignorar el nudo de ansiedad que se formaba en mi estómago. Esta era mi nueva realidad, me recordé a mí misma. Pero me negaba a dejar que el miedo dictara mi vida.

Cuando llegamos a la galería, respiré profundamente, preparándome para lo que me esperaba. La fachada familiar del edificio me trajo una sensación de confort, a pesar de todo.

—¿Lista? —preguntó Claire, con la mano en la manija de la puerta.

—Tanto como puedo estarlo —respondí, forzando una sonrisa.

Salimos del coche, los ojos de Claire escaneando la calle antes de asentir a Estelle y a mí. Mientras nos acercábamos a la entrada, vi a Sarah, mi asistente, asomándose por las puertas de cristal. Su rostro se iluminó cuando me vio.

—¡Elena! —exclamó mientras entrábamos, apresurándose a abrazarme—. ¡Te hemos echado mucho de menos!

Le devolví el abrazo, sintiendo una ola de emoción invadirme. —Yo también os he echado de menos a todos —dije, con la voz entrecortada.

Mientras me movía por la galería, mi personal se reunió alrededor, ofreciendo cálidos saludos y preguntas preocupadas sobre mi salud. Su genuina preocupación me conmovió profundamente.

—Estoy bien, de verdad —les aseguré, sonriendo—. Es bueno estar de vuelta.

No pude evitar notar sus miradas nerviosas hacia Claire y Estelle, que estaban a unos pasos detrás de mí, su presencia un recordatorio silencioso de los peligros que enfrentábamos.

—Todos conocéis a Claire. Estará con nosotros en el futuro previsible, y esta es Estelle. Es mi enfermera, pero una vez que demuestre que no me voy a desmayar sentada en mi escritorio, probablemente se irá con pacientes que realmente la necesiten. Volvamos al trabajo, ¿de acuerdo? —dije, tratando de disipar la tensión—. Tenemos mucho que ponernos al día.

Mientras mi personal se dispersaba, comencé mi ronda por la galería, revisando las exhibiciones y tomando notas mentales de cualquier cambio necesario. La rutina familiar me trajo una sensación de normalidad que había estado anhelando.

Una vez terminada mi ronda, me acomodé en la silla de mi oficina, exhalando lentamente mientras contemplaba la montaña de papeleo frente a mí. Dos semanas de ausencia habían dejado bastante trabajo acumulado. Comencé a revisar la pila, clasificando facturas,

correspondencia y horarios.

Mi mano se detuvo en un membrete familiar. El logo de ArtScope me miraba, recordándome la próxima entrevista que habíamos programado hace semanas. Casi lo había olvidado.

—Esto podría ser un problema —murmuré para mí misma, examinando los detalles.

La entrevista estaba programada para hoy, en menos de una hora. Mi estómago se contrajo. No estaba preparada, y el momento no podía ser peor. Pero cancelar levantaría sospechas y potencialmente dañaría nuestra reputación.

Tomé mi teléfono y marqué el número de Claire.

—Claire, ¿puedes venir aquí? —pregunté cuando contestó.

Apareció momentos después, sus ojos perspicaces examinando la habitación antes de posarse en mí.

—¿Qué sucede? —preguntó, con tensión evidente en su postura.

—Tenemos una entrevista programada con Vivian Hartley de ArtScope en aproximadamente una hora —expliqué—. Lo olvidé por completo con todo lo que ha pasado.

La mandíbula de Claire se tensó. —Eso no es ideal. Deberíamos posponerla.

Negué con la cabeza. —No podemos. Parecería sospechoso, especialmente después de... los eventos recientes.

—Elena, no es seguro. No he tenido tiempo de investigar a la entrevistadora —argumentó Claire, con voz baja y urgente.

—Conozco los riesgos —repliqué, sosteniendo su mirada—. Pero esta entrevista es crucial para la reputación de la galería. Necesitamos mantener una sensación de normalidad.

Claire no parecía convencida, pero asintió con renuencia. —Haré una verificación rápida de seguridad antes de que llegue. Y estaré justo afuera de tu puerta todo el tiempo.

Mientras ella salía para prepararse, me volví hacia mi escritorio, con el corazón acelerado. Esta entrevista sería una prueba: de mi determinación, mi capacidad para mantener la compostura bajo presión y mi habilidad para proteger los intereses de la galería.

Respiré profundamente, calmándome. Podía hacer esto. Tenía que hacerlo.

La puerta se abrió y una mujer entró a zancadas, su traje impecable y su maquillaje perfecto exudaban profesionalismo. Su sonrisa era educada pero no llegaba a sus ojos, que tenían una intensidad aguda e inquisitiva.

—Señora Rossi, qué gusto verla de nuevo —dijo, extendiendo su mano.

Me puse de pie, estrechándola firmemente. —Bienvenida, señora Hartley. Por favor, tome asiento.

Mientras nos acomodábamos en nuestras sillas, sentí la tensión en el aire, densa y palpable. Vivian no perdió tiempo en charlas triviales.

—Vayamos al grano, ¿le parece? No le importa si grabo, ¿verdad? —preguntó mientras encendía su grabadora digital—. Han estado circulando algunos... rumores interesantes sobre su galería últimamente.

Mantuve mi rostro neutral. —¿Oh? ¿Qué tipo de rumores?

Sus ojos se entrecerraron ligeramente. —Se habla de conexiones con ciertos elementos del bajo mundo. Algunos incluso sugieren que su galería podría estar involucrada en lavado de dinero.

Mi corazón se aceleró, pero mantuve la compostura. —Esas son acusaciones graves, señora Hartley. Puedo asegurarle que son completamente infundadas.

—¿Lo son? —insistió—. Su reciente... incidente no inspira precisamente confianza en la

legitimidad de su galería.

Sentí una oleada de ira, pero la reprimí. —El desafortunado evento al que se refiere fue un acto de violencia aleatorio. No tiene nada que ver con nuestras prácticas comerciales, que son completamente transparentes.

Vivian se inclinó hacia adelante, su mirada implacable. —Las fuentes dicen lo contrario, señora Rossi. ¿Quiere comentar sobre su relación con Marco Vitale?

Mi mente corría. ¿Cuánto sabía ella? ¿Cómo podía proteger a Marco, a la galería y a mí misma?

—El señor Vitale es un cliente valioso y un apoyo para las artes. He tomado café con él algunas veces, e incluso una o dos cenas. Nada que no haría con cualquier otro cliente —dije cuidadosamente—. Cualquier implicación más allá de eso es pura especulación.

La sonrisa de Vivian se volvió depredadora. —¿Es así?

Entonces tal vez pueda explicar las frecuentes visitas de conocidos asociados de la familia Vitale a su galería.

Tomé un respiro medido, con las manos fuertemente entrelazadas en mi regazo. —Señora Hartley, no monitoreamos las vidas personales ni las asociaciones de nuestros clientes. Eso sería muy inapropiado.

Cuando ella abrió la boca para otra pregunta, la interrumpí, con voz firme. —Lo que puedo decirle es que esta galería opera con la máxima integridad. Solo tratamos con piezas de arte legítimas y obtenidas éticamente. Cualquier sugerencia en contrario no solo es falsa, sino potencialmente difamatoria.

Los ojos de Vivian brillaron, pero sostuve su mirada, negándome a ceder. La entrevista se había convertido en una batalla de voluntades, y no podía permitirme perder.

Mientras me preparaba para la siguiente arremetida de Vivian, la puerta de la oficina se abrió de golpe. Claire entró a zancadas, su presencia eléctrica. Se movió con determinación, cruzando la habitación en tres pasos rápidos.

—Esta entrevista ha terminado —declaró Claire, su voz afilada como una cuchilla. Colocó una mano firme sobre el hombro de Vivian, clavando los dedos.

Vivian se retorció en su asiento, con indignación brillando en su rostro. —Espere un momento...

El agarre de Claire se apretó, y se inclinó cerca del oído de Vivian. No pude escuchar lo que dijo, pero vi cómo el rostro de Vivian perdía el color.

Mi corazón latía con fuerza. Estaba agradecida por la intervención de Claire, pero el cambio abrupto me dejó inquieta. ¿Qué le había dicho para que Vivian se viera tan asustada?

—Señora Hartley —dije, tratando de suavizar la tensión—, creo que es mejor que concluyamos aquí.

Vivian se puso de pie, sus movimientos entrecortados mientras recogía sus pertenencias. Su confianza anterior se había evaporado, reemplazada por una energía nerviosa que la hacía tropezar con su grabadora.

—Recuerde lo que le dije —advirtió Claire, con voz baja y amenazante—. Ni una palabra de estas mentiras se publicará. O si no...

Observé a Vivian apresurarse a salir, con una mezcla de alivio y aprensión revolviéndose en mi estómago. Cuando la puerta se cerró tras ella, me volví hacia Claire.

—¿Era necesario eso? —pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro.

Los ojos de Claire, fríos e inflexibles, se encontraron con los míos. —Absolutamente. Gente como ella necesita entender que hay consecuencias.

Asentí, sin confiar en mí misma para hablar. El encuentro me había dejado conmocionada, obligándome a enfrentar la realidad del mundo en el que ahora habitaba. Un mundo donde las amenazas y la intimidación eran herramientas tan comunes como el pincel de un pintor.

Mientras Claire se movía para hacer guardia junto a la puerta, me hundí de nuevo en mi silla, tratando de procesar lo que acababa de suceder. Estaba a salvo, por ahora. Pero ¿a qué precio?

Los ojos de Claire recorrieron la habitación, su postura tensa. —Aumentaremos la vigilancia sobre cualquiera que husmee en sus asuntos —dijo, con voz baja—. Me encargaré de cualquier consecuencia de esta entrevista.

Respiré profundamente, intentando calmar mis nervios. El peso del peligro constante me oprimía, una carga que aún estaba aprendiendo a sobrellevar.

—Gracias, Claire —logré decir, con la voz más firme de lo que me sentía—. ¿Cuál es nuestro próximo movimiento?

La mirada de Claire se suavizó ligeramente. —Usted concéntrese en dirigir su galería. Deje el resto en manos mías y del señor Vitale.

Mientras me giraba hacia mi computadora, Claire se posicionó cerca de la puerta, como un centinela silencioso. Abrí mi correo electrónico, obligándome a concentrarme en las tareas mundanas que me esperaban.

Un suave golpe interrumpió mi concentración. Sophia, una de mis asistentes, asomó la cabeza. —Elena, ¿está todo bien? Oímos voces elevadas.

Logré esbozar una pequeña sonrisa. —Todo está bien, Sophia. Solo fue una entrevista desafiante.

Los ojos de Sophia se desviaron hacia Claire antes de volver a mí. —Estamos aquí si necesitas algo —dijo, su voz cálida con apoyo.

Cuando se fue, sentí una oleada de gratitud. La lealtad de mi personal era un consuelo que no había esperado en este nuevo y peligroso mundo.

Me sumergí en el trabajo, revisando próximas exposiciones y finalizando planes para nuevas instalaciones. El ritmo familiar de mi rutina diaria lentamente alivió la tensión de mi cuerpo. Me perdí en los detalles de una nueva serie de esculturas contemporáneas que estábamos programados para mostrar el próximo mes.

—¿Qué opinas de colocar la pieza de Hernández en la galería principal? —le pregunté a Claire, olvidando momentáneamente que su papel principal no era la curaduría de arte.

Ella arqueó una ceja pero siguió el juego. —La iluminación allí complementaría bien sus líneas.

Asentí, tomando notas. —Tendremos que ajustar la disposición, pero creo que podría funcionar maravillosamente.

Pasaron horas mientras examinaba contratos, respondía correos electrónicos y bosquejaba posibles disposiciones de la galería. El mundo del arte que amaba proporcionaba un respiro muy necesario de las peligrosas corrientes subterráneas de mi nueva vida.

Al acercarse la noche, recogí mis cosas, el cansancio asentándose en mis huesos. Claire se puso de pie, alerta como siempre. —El señor Vitale viene en camino para escoltarla a casa —me informó.

Sentí una mezcla de alivio y frustración por necesitar una escolta, pero aparté ese sentimiento. —Gracias, Claire. Por todo lo de hoy.

Ella asintió, su expresión suavizándose ligeramente. —Es mi trabajo, señora. Pero de

nada.

Nos dirigimos a la entrada de la galería. Al salir, vi el auto de Marco llegar. Él emergió, su alta figura recortándose imponente en la luz menguante.

—Elena —dijo, examinándose en busca de signos de angustia—. ¿Cómo estuvo tu día?

Respiré profundamente, el aire fresco de la noche resultaba reconfortante después de un largo día en el interior. —Fue desafiante, pero productivo —respondí, entrando en el abrazo de Marco. Sus brazos a mi alrededor se sentían como un escudo, bloqueando momentáneamente los peligros del mundo.

Mientras conducíamos de vuelta a la mansión, las luces de la calle comenzaban a encenderse, proyectando largas sombras a través de la carretera. Miré por la ventana, mi mente repasando los eventos del día.

—Me mantuve firme con esa entrevistadora —dije, rompiendo el cómodo silencio—. Intentó insinuar que la galería estaba involucrada en actividades ilegales, pero no vacilé.

Las manos de Marco se tensaron sobre el volante. —¿Ah, sí? Tendremos que estar preparados para más escrutinio en el futuro.

Asentí, con determinación creciendo dentro de mí. —No dejaré que nadie manche la reputación de la galería. Es demasiado importante. ¿Puedes creer que casi me acusó de lavado de dinero? Como si yo siquiera supiera cómo hacer eso.

De vuelta en la mansión, nos acomodamos en el comedor para una cena tranquila. El cálido resplandor de las velas y el aroma de la comida recién preparada ayudaron a aliviar la tensión del día de mis hombros.

Mientras comíamos, Marco se inclinó hacia adelante, su expresión seria. —Necesitamos discutir medidas de seguridad adicionales para la galería y para ti, Elena.

Dejé mi tenedor, prestándole toda mi atención. —¿Qué tenías en mente?

—Quiero instalar un nuevo sistema de alarma, más discreto que el actual. Y me gustaría agregar algo de personal de seguridad encubierto para que se mezcle con tu personal y los clientes.

Consideré sus palabras cuidadosamente. —No quiero que la galería se sienta como una fortaleza, Marco. Necesita seguir siendo acogedora y abierta.

Él asintió, con comprensión en sus ojos. —Encontraremos un equilibrio. Tu seguridad es primordial, pero no comprometeremos la atmósfera de la galería.

A medida que continuábamos discutiendo planes y estrategias, sentía que crecía una sensación de compañerismo con Marco. A pesar de los peligros que enfrentábamos, estábamos juntos en esto, nuestro vínculo fortaleciéndose con cada desafío superado.

Cuando terminamos nuestra comida, la mirada de Marco se suavizó. Extendió su mano sobre la mesa, tomando la mía. —Lo hiciste muy bien hoy, Elena. Manejar un día completo de trabajo en tu primer día de regreso... Estoy impresionado.

Sus palabras me reconfortaron y no pude evitar sonreír. —Gracias. Me siento mucho mejor ahora, y el dolor ha desaparecido.

Los ojos de Marco se llenaron de una mezcla de admiración y amor que hizo que mi corazón se saltara un latido. Nos quedamos en un silencio cómodo por un momento, saboreando la conexión entre nosotros.

Más tarde, al caer la noche, el agotamiento se apoderó de mí. Los eventos del día habían pasado factura, pero también sentía una sensación de determinación. Me retiré al dormitorio, con Marco siguiéndome de cerca.

Mientras me deslizaba bajo las sábanas, Marco se unió a mí, rodeándome con sus fuertes

brazos de manera protectora. El calor de su cuerpo contra el mío encendió una necesidad desesperada dentro de mí. Me giré para mirarlo, mis labios encontrando los suyos en un beso apasionado.

Atrapada en el momento, me subí encima de él, mi cuerpo anhelando su tacto. Pero Marco me detuvo suavemente, con sus manos en mi cintura.

—Elena —dijo, con voz ronca por el deseo pero teñida de preocupación—. No quiero hacerte daño.

Apoyé mi frente contra la suya. —Prometo que pararé si me duele —susurré, mi aliento cálido contra su piel.

—Tengo una mejor idea. Acuéstate en la cama.

Hice lo que me dijo, abriendo mis piernas para él. Me lamí los labios, anticipando la sensación de su polla dentro de mí, pero en su lugar comenzó a besarme bajando por mi torso.

—Joder, estás tan mojada para mí —dijo cuando llegó a mis bragas de encaje.

Deslizó sus dedos bajo el encaje y acarició mi clítoris, enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo. Levanté mis caderas, desesperada por más, pero me sujetó con su mano libre.

—Tranquila, cariño. Tenemos toda la noche.

Los labios de Marco bajaron aún más, y presionó un beso en mi muslo interno. Podía sentir el calor de su aliento contra mi coño, y me provocó escalofríos por la espalda. Enganchó sus dedos en mis bragas y las bajó lentamente, saboreando cada centímetro de piel expuesta.

Cuando finalmente llegó a mi coño, inhaló profundamente, absorbiendo mi aroma. Gimió, su voz llena de anhelo.

—Hueles tan jodidamente bien —dijo, con voz apenas audible.

Lamió un camino lento y deliberado a lo largo de mi hendidura, y dejé escapar un gemido gutural. Se rió de mi reacción, complacido consigo mismo.

—¿Te gusta eso, eh? —dijo, su voz rebosante de arrogancia—. ¿Quieres más?

Asentí ansiosamente, mi voz apenas un susurro.

—Dilo —ordenó—. Dime lo que quieres.

—Quiero tu lengua en mi coño —dije, mi voz llena de lujuria.

Marco obedeció, lamiendo y chupando con abandono. Podía sentir cómo me acercaba cada vez más al límite, mi cuerpo temblando de placer.

—Joder, Marco, se siente tan bien —gemí.

Respondió aumentando el ritmo, su lengua golpeando mi clítoris con precisión experta. Podía sentir mi orgasmo construyéndose, y sabía que iba a ser intenso.

Enredé mis dedos en su cabello y gemí de placer mientras me llevaba al límite.

Marco continuó lamiendo y chupando hasta que quedé exhausta, mi cuerpo lánguido y agotado. Subió por mi cuerpo y me besó profundamente, su lengua explorando mi boca.

—Sabes tan jodidamente bien —dijo, su voz llena de asombro.

Miré hacia abajo a su polla, hinchada y lista para mí. —No puedes irte a dormir así —dije.

—Puedo ocuparme de mí mismo. Recuerda, no vamos a hacerte daño.

Extendí la mano, mis dedos envolviéndose alrededor de su polla dura como una roca, y comencé a acariciarlo con un agarre firme. Sus caderas se sacudieron salvajemente, un gruñido bajo escapando de sus labios mientras empezaba a jadear. —Oh, joder, Elena. Sí, justo así.

Podía sentir el calor irradiando de su cuerpo, sus músculos tensándose mientras lo trabajaba. Su polla pulsaba en mi mano, gruesa y dura, y no pude resistir inclinarme para pasar mi lengua a lo largo de ella. Dejó escapar un gemido gutural, sus caderas sacudiéndose de nuevo

mientras agarraba mi cabello con sus puños.

—¿Te gusta eso, cariño? —susurré, mirándolo con una sonrisa diabólica—. ¿Quieres que siga?

Gimió en respuesta, sus ojos poniéndose en blanco mientras lo tomaba completamente en mi boca. Podía sentir su polla golpeando el fondo de mi garganta, y me deleitaba con la sensación de verlo perder el control. Mi propia excitación estaba aumentando de nuevo, mi coño doliendo por él.

Deslicé mi mano hasta mi clítoris, rodeándolo con mis dedos mientras continuaba chupándolo. Gemí alrededor de su polla, las vibraciones llevándolo al límite. Dejó escapar un rugido primario, todo su cuerpo tensándose mientras se corría con fuerza.

Tragué cada gota, lamiéndome los labios mientras me alejaba. Me miró con una sonrisa satisfecha, su pecho agitándose mientras recuperaba el aliento.

—Buena chica —dijo, con voz baja y ronca—. Ahora es tu turno.

Me acostó suavemente de espaldas y me miró. —Tan jodidamente hermosa —dijo mientras colocaba una rodilla entre mis piernas.

Rodeó mi pezón con su lengua. —No te vas a mover, y no te vas a hacer daño, ¿está claro?

Asentí mientras arqueaba mi espalda, deseando que tomara mi pezón en su boca.

—Eso es moverte —dijo—. Veo que tendré que asegurarme de que no te muevas.

Se tumbó encima de mí, su pecho manteniendo mis caderas abajo. —Veamos qué podemos hacer cuando te quedas quieta.

Con un movimiento rápido, estaba encima de mí, su pecho musculoso presionándose contra el colchón, inmovilizándome. Su peso se sentía deliciosamente pesado, y me retorcí debajo de él, tratando de mover mis caderas.

—Ah, ah —dijo él, con voz baja y peligrosa—. Te quedarás quieta, ¿verdad, niña buena?

Bajó la cabeza hacia mis pechos, tomando un pezón en su boca y succionando con fuerza. Jadeé, mi cuerpo arqueándose fuera de la cama mientras el placer me recorría. Provocó y atormentó mis pezones, alternando entre ellos hasta que me retorció y gemía debajo de él.

Luego, descendió por mi cuerpo, su lengua trazando un camino a lo largo de mi estómago hasta llegar a mi coño húmedo e hinchado. Rodeó mi clítoris con la punta de su lengua, provocándome con caricias lentas y deliberadas. Gemí, mis caderas sacudiéndose mientras intentaba restregarme contra su rostro.

—Quédate quieta —ordenó, con voz baja y severa.

Obedecí, mi cuerpo temblando de anticipación mientras continuaba trabajándome con su boca. Deslizó un dedo dentro de mí, luego otro, sus movimientos lentos y deliberados. Gemí, mis músculos apretándose a su alrededor mientras comenzaba a bombear sus dedos dentro y fuera de mí.

—Eso es, nena —murmuró, su voz espesa de lujuria—. Estás tan apretada, tan mojada. No puedo esperar para follarte.

Continuó trabajándome con sus dedos y boca, llevándome cada vez más alto hasta que estuve al borde del orgasmo. Y entonces, justo cuando estaba a punto de correrme, se retiró, dejándome jadeante y temblorosa.

—Por favor —supliqué, mi voz ronca de necesidad.

Sonrió, una sonrisa malvada y lujuriosa. —Aún no —dijo, su voz baja y posesiva—. Quiero ver cuánto tiempo puedo hacerte esperar.

Se deslizó sobre mi cuerpo, su polla dura y palpitante contra mi muslo. Gemí, mis

caderas sacudiéndose mientras intentaba restregarme contra él.

Él se rio, un sonido bajo y peligroso. —Estás ansiosa —dijo, su voz llena de aprobación—. Pero tendrás que esperar un poco más.

—No puedo. Por favor, Marco —supliqué.

Rozó ligeramente uno de mis pezones con su lengua y eso fue todo lo que necesité para estallar. Agarré su cabeza, forzando mi pecho en su boca mientras restregaba mis caderas contra él, temblando de placer.

Cuando terminé, vi que me sonreía. —Eso tiene que ser lo más caliente que he visto jamás.

Me sonrojé. —¿En serio? Porque, sabes, aún no estoy cansada.

Se rio, una carcajada grande y feliz mientras me atraía hacia él. —Estoy seguro de que no, pero no quiero tener que explicarle al Dr. C cómo se te abrieron los puntos. ¿Tú sí?

—No. Quizás tengas razón. Pero mañana por la noche... —dejé la frase en el aire.

—Mañana por la noche tampoco te haremos daño. Pero te prometo que encontraré algo interesante que hacer.

Capítulo 5

Elena

Me desperté antes que Marco, con la luz de la mañana apenas filtrándose a través de las cortinas. Mi cuerpo vibraba de deseo, un impulso primario que no podía ignorar. Sin pensarlo, me senté a horcajadas sobre él, mi centro anhelando su contacto.

Marco se removió debajo de mí, su pecho cincelado subiendo y bajando con cada respiración. Mi núcleo se contrajo en anticipación mientras me bajaba sobre él, su grueso miembro llenándome por completo. Jadeé, saboreando la sensación de tenerlo dentro.

—¿Elena? —la voz de Marco era áspera por el sueño y la confusión, pero pude escuchar el tono subyacente de lujuria que nunca parecía desaparecer cuando estaba cerca.

Mecí mis caderas, estableciendo un ritmo lento y tentador. Mis paredes internas se apretaron a su alrededor, deleitándose con cada centímetro de su rígida longitud. —Shh —susurré ardorosamente contra su oído, mi aliento haciéndole cosquillas en la barba incipiente de su mandíbula—. Déjame tomar el control.

Sus manos encontraron mi cintura, agarrándome con fuerza mientras despertaba completamente a la realidad de mi cuerpo frotándose contra el suyo. —Joder, Elena —gimió, sus dedos clavándose en mi carne—. No deberíamos... tu lesión...

Lo silencié con un beso feroz, mis dientes mordisqueando su labio inferior antes de calmarlo con mi lengua. —Estoy bien —respiré contra su boca, mi voz chorreando deseo crudo—. Necesito esto. Te necesito a ti.

La resolución de Marco se desmoronó bajo mi toque, sus caderas empujando hacia arriba para encontrarse con las mías.

Mi clítoris palpitaba al ritmo de nuestro frenético vaivén, cada embestida de su miembro enviando descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Podía sentir la familiar tensión acumulándose dentro de mí, mis movimientos volviéndose más erráticos mientras perseguía mi liberación.

Marco sintió mi urgencia, sus dedos encontrando mi hinchado clítoris con precisión infalible. Frotó pequeños círculos alrededor del sensible botón de nervios, enviándome en espiral cada vez más cerca del borde. —Eso es —gruñó—, córrete para mí, Elena.

Con un grito, me deshice, mi cuerpo convulsionando a su alrededor mientras ola tras ola de placer me invadía. Marco me siguió momentos después, su propio clímax desencadenando otra oleada de éxtasis que me dejó sin aliento y temblando.

Jadeando, me desplomé sobre su pecho, mi corazón latiendo al unísono con el suyo. Los brazos de Marco me rodearon, manteniéndome cerca mientras ambos cabalgábamos las réplicas de nuestra pasión.

—¿Estás bien? —preguntó Marco, con preocupación evidente en su voz.

Asentí contra su piel. —Estoy más que bien. ¿Y tú?

Él se rió entre dientes. —Definitivamente más que bien.

Nos quedamos allí un rato, disfrutando de la sensación posterior. Finalmente, Marco se movió debajo de mí. —Deberíamos empezar nuestro día —dijo—. Sesión de entrenamiento en el

gimnasio, ¿recuerdas?

Gemí juguetonamente. —¿Después de ese entrenamiento, aún quieres entrenar?

Él se rio, el sonido retumbando en su pecho. —Recuperar tu fuerza es crucial, Elena.

A regañadientes, me aparté de él y me vestí. Mientras nos dirigíamos al gimnasio de la mansión, no pude evitar sentir una mezcla de determinación y aprensión. Mi cuerpo aún se estaba recuperando, y sabía que el entrenamiento sería desafiante.

Marco me guió a través de una serie de ejercicios, cada uno diseñado para ayudarme a recuperar mi fuerza sin forzar mi lesión. Mientras luchaba con una serie de flexiones modificadas, él se arrodilló a mi lado.

—Lo estás haciendo genial —me animó—. Solo unas pocas más.

Apreté los dientes, soportando el ardor en mis brazos. —Fácil para ti decirlo —jadeé—. No eres tú el que tiene los brazos como gelatina.

Sonrió con suficiencia. —No, pero estaré justo ahí contigo en la próxima serie.

Fiel a su palabra, Marco se tumbó a mi lado, igualándome repetición por repetición. Nuestra naturaleza competitiva se encendió, y me encontré esforzándome más, decidida a mantenerme a su ritmo.

Después de nuestro entrenamiento, Marco me guió por los laberínticos pasillos de la mansión. —Quiero mostrarte nuestro sistema de seguridad —dijo, con un tono serio—. Es crucial que entiendas cómo funciona.

Entramos en una habitación llena de monitores y paneles de control. La tecnología era intimidante, pero estaba decidida a aprender.

—Este es el corazón de nuestra defensa —explicó Marco, señalando la consola central—. Desde aquí podemos monitorear cada centímetro de la propiedad.

Mientras me guiaba a través de las diversas características, noté un punto ciego cerca del ala este. —¿Qué hay de esa área? —pregunté, señalando la pantalla.

Marco frunció el ceño. —Buena observación. Parece que una cámara se apagó durante la noche.

Estudí el diseño, formándose una idea. —¿Y si reposicionaras la cámara en la esquina sur? Cubriría ambas áreas sin comprometer el resto del perímetro.

Los ojos de Marco se abrieron ligeramente. —Eso es... en realidad una solución brillante. Simple, pero efectiva.

Sentí una oleada de orgullo ante su aprobación. —Puede que no sepa mucho sobre tu mundo, Marco, pero sé cómo analizar espacios.

Mientras continuábamos el recorrido, me encontré más involucrada, ofreciendo sugerencias y haciendo preguntas. Se sentía bien contribuir, ser más que una simple espectadora en este peligroso mundo en el que había entrado.

Dos horas después, entré en la galería, inhalando el familiar aroma de pintura y madera pulida. Claire me seguía de cerca, sus ojos escaneando la habitación en busca de posibles amenazas. El personal me saludó cálidamente, sus sonrisas teñidas de preocupación.

—Buenos días, Elena —dijo mi asistente Sarah.

Sonreí, apartando el persistente dolor en mi costado. —Buenos días. ¿Cómo van los preparativos para la exposición de Moretti?

Mientras Sarah me informaba, me moví por la galería, revisando cada pieza. La rutina era reconfortante, una porción de normalidad en mi ahora caótica vida.

—La iluminación necesita ajustes —observé—. Y deberíamos reorganizar las esculturas para un mejor flujo.

Mi personal se puso en acción, su eficiencia un testimonio de nuestra bien engrasada máquina.

A media mañana, sonó la campanilla de la puerta principal de la galería. Un hombre de rostro serio con un traje discreto entró, mostrando una placa.

—Inspector de la ciudad —anunció—. Estoy aquí para dar seguimiento a algunos... informes preocupantes sobre este establecimiento.

Mi corazón se aceleró, pero mantuve mi expresión neutral. —Por supuesto —dije con suavidad—. Soy Elena Rossi, propietaria de la galería. Estaré encantada de ayudarlo. ¿Cuál parece ser el problema?

Los ojos del inspector se estrecharon. —Hemos recibido denuncias anónimas sobre posibles actividades ilegales ocurriendo en estas instalaciones.

Luché contra el impulso de mirar a Claire, cuya postura se había endurecido. En su lugar, mantuve el contacto visual con el inspector. —Le aseguro, señor, que aquí dirigimos un negocio completamente legítimo. Estaré encantada de mostrarle nuestros permisos y registros financieros.

Mientras lo conducía a mi oficina, vi a Marco observando desde el otro lado de la calle, su rostro impassible. Enderecé los hombros. Podía manejar esto.

Pasé la siguiente hora guiando al inspector a través de nuestros registros, respondiendo a sus preguntas con calma precisión. Mis años dirigiendo la galería no habían sido en vano; conocía cada detalle de nuestras operaciones.

—Como puede ver, todas nuestras transacciones son transparentes —expliqué, señalando el libro contable—. Nos enorgullecemos mucho de nuestra reputación.

El ceño del inspector se profundizó mientras examinaba los documentos. —Estos parecen estar en orden, pero...

—¿Hay algo específico que esté buscando? —interrumpí, mi tono educado pero firme—. No tenemos nada que ocultar aquí.

Él levantó la mirada, estudiando mi rostro. Le sostuve la mirada sin parpadear.

—No —dijo finalmente—. Todo parece estar en cumplimiento.

Mientras lo acompañaba a la salida, capté el gesto de aprobación de Marco desde el otro lado de la calle. Mis hombros se relajaron ligeramente. Crisis evitada.

El resto del día pasó en un borrón de reuniones y preparativos para nuestra próxima exposición. Para cuando Claire y yo regresamos a la mansión Vitale, el agotamiento se había apoderado de mí.

Encontré a Marco en su estudio, inclinado sobre una pila de papeles. Levantó la mirada cuando entré, sus ojos verdes suavizándose.

—¿Cómo fue con el inspector de la ciudad? —preguntó.

Me dejé caer en una silla frente a él. —Nada que no pudiera manejar. Pero fue... tenso.

La mandíbula de Marco se tensó. —¿Alguna vez te habían auditado así antes?

No lo habían hecho, y se lo dije.

—Nuestros enemigos se están volviendo más audaces. Necesitamos estar preparados.

Asentí, sintiendo el peso de sus palabras. La cena familiar estaba a punto de comenzar, y sabía que era más que una simple comida: era una prueba. No había comido con toda la familia y estarían observándome, tratando de ver si era lo suficientemente buena para Marco.

Al entrar en el comedor, la tensión era palpable. Enzo se sentó a la cabecera de la mesa, su imponente figura exigiendo atención. Maria tomó su lugar al pie de la mesa, su cálida sonrisa en marcado contraste con la expresión severa de su marido. Los tres hermanos de Marco — Antonio, Luca y Giovanni— ya estaban sentados, sus ojos siguiéndonos mientras tomábamos

nuestros asientos.

—Elena —dijo Enzo, con voz áspera—. Confío en que tu día en la galería haya sido productivo.

Enderecé la espalda, sosteniendo su mirada. —Lo fue, gracias. Estamos preparando una nueva exposición que creo será bastante exitosa.

Antonio se inclinó hacia adelante, su interés despertado. —¿Qué tipo de exposición?

Mientras me lanzaba a explicar la próxima muestra, sentí la mano de Marco apretando mi rodilla bajo la mesa. Me relajé ligeramente, encontrando mi ritmo mientras hablaba sobre los artistas y sus obras.

Luca intervino con preguntas sobre los aspectos financieros, y respondí con confianza, basándome en mis años de experiencia. Giovanni, el más joven, escuchaba atentamente, sus ojos moviéndose entre mis hermanos y yo.

Mientras la conversación fluía, noté que el ceño de Enzo se fruncía, sus ojos perdiendo el foco. Miró alrededor de la mesa, la confusión nublando sus rasgos.

—¿Dónde está Francesca? —exigió de repente, su voz cortante.

La habitación quedó en silencio. Maria extendió la mano hacia él, pero él la apartó.

—Papá —dijo Marco suavemente—, Francesca no está aquí. ¿Recuerdas? Ella...

Enzo golpeó la mesa con el puño, haciendo que los cubiertos repiquetearan. —¡No me mientas, muchacho! ¿Dónde está mi hija?

Vi el dolor cruzar el rostro de Marco y, sin pensarlo, intervine. —Me encantaría escuchar sobre Francesca. ¿Cómo era cuando era joven?

Los ojos del anciano se fijaron en mí, la confusión dando paso a una chispa de reconocimiento. —¿Francesca? Ella era... era un petardo. Siempre metiéndose en líos.

Mientras Enzo comenzaba a contar historias del pasado, escuché atentamente, haciendo preguntas que lo mantuvieron involucrado. La tensión en la habitación se disipó lentamente, reemplazada por una nostalgia agriada mientras servían nuestra comida.

Capté la sonrisa agradecida de Maria y la mirada de admiración de Marco. Sus hermanos intercambiaron miradas, asintiendo ligeramente en mi dirección.

Mientras las historias de Enzo llegaban a su fin, sentí un calor extendiéndose por mi pecho. Había navegado por este campo minado de dinámicas familiares y, por primera vez, realmente sentí que pertenecía.

—Sabes, Enzo —dije, formándose una idea—, me encantaría ver algunas fotos de Francesca y la familia. ¿Tienes algunos álbumes que podríamos ver?

Los ojos de Enzo se iluminaron. —¡Por supuesto! Maria, ¿dónde está ese grande encuadrado en cuero?

Maria se levantó, regresando momentos después con un grueso álbum desgastado. Me moví para sentarme junto a Enzo mientras lo abría, revelando páginas de fotografías descoloridas.

—Mira aquí —dijo Enzo, señalando una instantánea de una niña joven con rizos salvajes—. Esa es Francesca en su primer día de escuela. Insistió en usar la corbata de su padre.

Me reí suavemente, imaginando la escena. —Parece que tenía toda una personalidad.

Mientras pasábamos las páginas, la agitación de Enzo se derritió. Compartió historias de vacaciones familiares, cumpleaños y momentos cotidianos congelados en el tiempo. Hice preguntas, sacando más detalles, genuinamente fascinada por la historia que se desplegaba ante mí.

Por el rabillo del ojo

, vi a Marco y Maria observándonos. Los ojos de Maria brillaban con lágrimas contenidas, mientras que la expresión de Marco era una mezcla de gratitud y algo más profundo que no podía nombrar del todo.

Después de una hora de reminiscencias, Enzo bostezó, sus párpados volviéndose pesados. —Creo que es hora de irse a la cama —murmuró.

Mientras Marco ayudaba a su padre a levantarse, sentí una mano en mi hombro. Era Luca, el segundo hermano mayor Vitale. —Gracias —dijo en voz baja—. No lo habíamos visto tan tranquilo en meses.

Uno por uno, los hermanos de Marco se me acercaron. Giovanni apretó mi mano, mientras que Antonio me sorprendió con un rápido abrazo. Luego, en un gesto que pareció casi ceremonial, cada hermano me besó en la mejilla antes de subir las escaleras.

Marco regresó, sus ojos brillando de emoción. —Elena —dijo, con la voz ronca—, no puedo agradecerte lo suficiente por cómo manejaste a mi padre esta noche.

Negué con la cabeza. —No hay necesidad de agradecerme. Tu familia es importante para mí, Marco. Todos ellos.

Tomó mi mano, guiándome hacia las escaleras. —Te has ganado su respeto, su confianza. Las bendiciones de mis hermanos no se dan a la ligera.

Mientras subíamos las escaleras, procesé el peso de sus palabras. Había cruzado un umbral esta noche, había sido aceptada en un mundo que una vez temí. La realización me emocionó y aterrizó a la vez.

Entramos en la habitación de Marco, el aire cargado de anticipación. Sus manos encontraron mi cintura, atrayéndome hacia él. Levanté la cabeza, encontrándome con su intensa mirada. Nuestros labios se unieron en un beso apasionado, y sentí cómo las tensiones del día se desvanecían.

Los dedos de Marco recorrieron mi espalda, dejando un rastro de piel de gallina. —Elena —suspiró contra mi cuello—, eres increíble.

Tiré de su camisa, ansiosa por sentir su piel contra la mía. —Demuéstramelo —susurré.

Tropezamos hacia la cama, despojándonos de la ropa en el camino. El cuerpo musculoso de Marco me presionó contra el colchón, sus manos explorando cada centímetro de mí. Me arqueé ante su tacto, anhelando más.

Justo cuando los dedos de Marco se deslizaban entre mis muslos, un agudo timbre perforó el aire. Su teléfono móvil.

—Ignóralo —supliqué, mi cuerpo ansiando su contacto.

Marco dudó, luego negó con la cabeza. —No puedo. Es el tono de Nico.

Alcanzó el teléfono, su expresión cambiando mientras escuchaba. —Entendido. Voy para allá.

Mi corazón se hundió cuando Marco terminó la llamada. —¿Qué pasa? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Una nueva amenaza —dijo, con la voz tensa—. Tengo que irme.

—Déjame ocuparme de ti primero —gruñó, con voz baja y ronca. Hábilmente deslizó mis bragas a un lado, sus dedos encontrando mi humedad. Dejé escapar un gemido cuando comenzó a trabajar hábilmente mi clítoris, sus movimientos rápidos y deliberados.

—Estás tan jodidamente mojada —dijo Marco, su voz llena de lujuria. Deslizó dos dedos dentro de mí, bombeando con abandono desenfrenado. Mi cuerpo temblaba de placer mientras curvaba sus dedos, golpeando mi punto G con cada embestida.

—Sí, joder, sí —grité, mi voz sonando irreconocible incluso para mí misma. Los dedos

de Marco eran implacables, llevándome cada vez más cerca del borde. Se inclinó, sus labios rozando mi oreja. —Eres una chica tan buena, tomando mis dedos tan bien —susurró.

Me sentí tambaleándome al borde del orgasmo, mi cuerpo suplicando por la liberación. Marco debió sentirlo también, porque aumentó el ritmo, sus dedos trabajándome más fuerte y rápido. Dejé escapar un jadeo cuando me corrí, mi cuerpo estremeciéndose de placer.

Marco sacó sus dedos de mí, su mano aún resbaladiza con mi humedad. Llevó sus dedos a sus labios, lamiéndolos con una sonrisa satisfecha. —Lo siento, nena —dijo, inclinándose para besarme—. Volveré tan pronto como pueda.

Mientras salía por la puerta, no pude evitar sentir una punzada de deseo. Sabía que me quedaría con ganas, mi cuerpo aún anhelando el tacto de Marco. Pero el recuerdo de sus dedos dentro de mí, sus palabras obscenas en mi oído, era suficiente para mantenerme satisfecha hasta que regresara.

La puerta se cerró tras él, dejándome sola con mis pensamientos. Miré fijamente al techo, mi mente dando vueltas. Esta era la realidad de amar a Marco Vitale: momentos de dicha interrumpidos por el peligro y el deber.

Repasé los eventos del día en mi mente: la calidez de la cena familiar, las historias de Enzo, la aceptación de los hermanos. Luego el contraste de esta abrupta partida, la amenaza siempre presente acechando en las sombras.

¿Era esta la vida que quería? ¿Podría realmente ser parte de este mundo?

Mientras el sueño comenzaba a apoderarse de mí, me di cuenta de que a pesar de los riesgos, a pesar de las interrupciones, no podía imaginarme en ningún otro lugar. Para bien o para mal, mi destino estaba ahora entrelazado con el de los Vitale.

Capítulo 6

Elena

A la mañana siguiente, bajé las escaleras y encontré a Marco ya sentado a la mesa del desayuno, con el ceño fruncido mientras estudiaba unos papeles. Levantó la vista y me sonrió cuando entré.

—Buenos días —dije, tomando asiento a su lado—. Tenemos que hablar.

Marco dejó los papeles, prestándome toda su atención.

—¿Qué te preocupa?

Respiré hondo.

—Quiero ayudar con la situación de los Lombardi. Tengo contactos en el mundo del arte que podrían tener información útil.

La mandíbula de Marco se tensó.

—Elena, es demasiado peligroso. No puedo permitir que te involucres.

—Ya estoy involucrada —repliqué—. Y puedo ser discreta. Mis contactos confían en mí. No sospecharán nada si les pregunto casualmente sobre eventos recientes o actividades inusuales.

Marco se reclinó, considerando mis palabras.

—Agradezco tu oferta, pero...

—Marco —lo interrumpí, inclinándome hacia adelante—. No estoy pidiendo permiso. Te estoy diciendo lo que pienso hacer. Quiero tu apoyo, pero lo haré con o sin él.

Me estudió por un largo momento antes de suspirar.

—Eres tan terca como mi madre. Está bien, pero lo haremos a mi manera. La seguridad primero, siempre.

Asentí, sintiendo una oleada de alivio.

—Por supuesto. Tendré cuidado, lo prometo.

Claire entró en la habitación, sus ojos agudos evaluando la escena.

—¿Jefe?

Marco la puso al tanto de mi plan. La expresión de Claire se mantuvo neutral, pero pude ver la preocupación en sus ojos.

—Si vamos a hacer esto —dijo Claire—, necesitamos establecer algunas reglas básicas. Nada de preguntas directas sobre los Lombardi. Mantén las conversaciones casuales e indirectas. Si alguien sospecha, abortas inmediatamente. ¿Entendido?

Asentí solemnemente.

—Entendido.

Mientras continuábamos discutiendo la estrategia durante el desayuno, sentí una mezcla de emoción y aprensión. Esta era mi oportunidad de demostrar mi valía, de ser algo más que la novia de Marco o la mujer que él salvó. Estaba adentrándome en un mundo peligroso, pero estaba lista para enfrentar lo que viniera por estas personas que me habían aceptado en su familia.

~*~

La galería estaba tranquila cuando me instalé detrás de mi escritorio, la luz de la mañana se filtraba por las ventanas. Tomé mi teléfono, con el corazón acelerado mientras marcaba el primer número de mi lista.

—¿Stephanie? Soy Elena Rossi. ¿Cómo estás? —Mantuve mi voz ligera y casual mientras hablaba con mi vieja amiga de la escuela de arte.

Charlamos sobre exposiciones recientes y próximos eventos. Cuidadosamente dirigí la conversación hacia los chismes locales, con los oídos atentos a cualquier mención de actividades inusuales.

—Oh, ¿te enteraste de esa nueva colección privada? —preguntó Stephanie—. Aparentemente, está causando bastante revuelo.

Me incliné hacia adelante, intrigada.

—¿De verdad? No había oído nada. ¿Qué tiene de especial?

Mientras compartía los detalles, tomé notas mentales, buscando cualquier conexión con los Lombardi. La conversación terminó sin pistas concretas, pero no me desanimé.

Hice varias llamadas más, cada vez sondeando suavemente en busca de información. La ansiedad en mi estómago crecía con cada tono de marcado, pero también mi determinación.

Después de la quinta llamada, me recliné, exhalando lentamente. Mi próximo movimiento estaba claro. Tomé el teléfono una vez más.

—¿Héctor? Soy Elena. Me preguntaba si te gustaría reunirse para almorzar hoy. Hay una nueva exposición de la que me encantaría hablar contigo.

Héctor Zavala, un galerista bien conectado, aceptó de inmediato. Cuando colgué, capté la mirada vigilante de Claire desde el otro lado de la habitación. Asintió ligeramente, y supe que estaría cerca durante el almuerzo.

Pasé la siguiente hora preparándome para la reunión, ensayando preguntas casuales en mi cabeza. El riesgo era alto, pero estaba lista. Esta era mi oportunidad de marcar una verdadera diferencia, de ayudar a Marco de una manera que solo yo podía.

Mientras recogía mis cosas para ir a almorzar, hice una pausa, respirando profundamente. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Por Marco, por mí misma y por el futuro por el que estábamos luchando.

La mansión Vitale se alzaba ante mí cuando salí del coche, con el corazón acelerado por la anticipación. Claire estaba un paso detrás de mí y, de no ser por el peligro potencial, podría acostumbrarme a tener un chófer.

Marco me recibió en el estudio, sus ojos verdes agudos y enfocados.

—Elena, ¿cómo fue?

Respiré hondo.

—Tengo algo, Marco. Héctor Zavala mencionó un lugar de reunión secreto que usan los Lombardi.

Las cejas de Marco se alzaron ligeramente.

—Cuéntamelo todo.

Relaté la conversación, cuidando de no omitir ningún detalle.

—Es un edificio abandonado en las afueras de la ciudad. Giovanni dijo que había escuchado a algunos de sus clientes menos respetables hablar de ello.

Marco escuchó atentamente, con los dedos entrelazados bajo la barbilla. Cuando terminé, se levantó y recorrió la habitación.

—Haré que los hombres de Luca lo investiguen. Necesitaremos verificarlo, por supuesto,

pero es una pista sólida.

—¿Cuál es el siguiente paso? —pregunté, sintiendo una oleada de orgullo ante su aprobación.

—Si se confirma, podemos planear nuestro movimiento. —Hizo una pausa, encontrando mi mirada—. Lo has hecho bien, Elena. Esta contribución podría marcar una verdadera diferencia.

A la mañana siguiente, me senté en mi escritorio en la oficina de la galería, con los dedos suspendidos sobre el teléfono. Respiré hondo, calmando mis nervios antes de marcar el número.

—¿Ciao, Vittorio? Soy Elena Rossi. —Mantuve un tono ligero, casual—. Esperaba que pudiéramos reunirnos para tomar un café. Hay una nueva exposición sobre la que me encantaría conocer tu opinión.

Vittorio aceptó de inmediato, y acordamos una hora para esa misma tarde. Mientras colgaba, sentí que una mezcla de anticipación y temor se asentaba en mi estómago. Vittorio estaba bien conectado en el mundo del arte, con vínculos con algunos de los elementos menos honorables. Si alguien tenía información sobre los Lombardi, sería él.

Pasé las siguientes horas planeando meticulosamente mi enfoque, ensayando preguntas en mi cabeza. Cuando llegó el momento, me dirigí al pequeño café en el que habíamos quedado, con el corazón acelerado.

Vittorio ya estaba allí, su cabello plateado brillando bajo el sol de la tarde. Se levantó para saludarme, besándome en ambas mejillas.

—Elena, bellissima! Ha pasado mucho tiempo —dijo, indicándome que me sentara.

Sonreí, forzándome a relajarme. —Así es. ¿Cómo has estado, Vittorio?

Mientras intercambiábamos cortesías, cuidadosamente dirigí la conversación hacia los eventos recientes en el mundo del arte. A Vittorio le encantaba el chisme, y esperaba que se le escapara algo.

—¿Sabes? —dije casualmente, revolviendo mi espresso—. Escuché que hubo algo de emoción en el Palazzo Vecchio la semana pasada. ¿Algo sobre un evento privado?

Los ojos de Vittorio se iluminaron. —Ah, ¿te refieres a la reunión de los Lombardi? Sí, todo un acontecimiento por lo que he oído.

Mi pulso se aceleró, pero mantuve mi rostro neutral. —¿Oh? No sabía que fueran entusiastas del arte.

Vittorio se inclinó, bajando la voz. —Digamos que sus intereses son... diversos. Se dice que están planeando otra reunión pronto. Muy confidencial.

Incliné la cabeza, fingiendo curiosidad. —¿En serio? ¿Dónde?

—En una antigua villa a las afueras de la ciudad —dijo Vittorio, claramente disfrutando su papel de informante—. El próximo viernes, creo.

Aventuré una suposición sobre qué villa podría ser. —¿No será la finca Wycoff? Siempre he querido verla.

—No, es la que está en Greenburgh, pero no lo has oído de mí.

Al terminar nuestra reunión, agradecí calurosamente a Vittorio, asegurándome de que nos despidiéramos en buenos términos. Caminando de vuelta a la galería, sentí una oleada de orgullo mezclada con miedo. Tenía la información que Marco necesitaba, pero ¿a qué precio?

Me apresuré a través de las ornamentadas puertas de la mansión Vitale, con el corazón latiendo por una mezcla de emoción y temor. Marco estaba en el vestíbulo, sus ojos verdes fijos en los míos mientras me acercaba.

—Tengo noticias —dije, con voz baja y urgente.

Marco asintió, guiándome a su despacho. Tan pronto como la puerta se cerró tras nosotros, le conté todo lo que Vittorio me había dicho sobre la reunión de los Lombardi.

—Una antigua villa en Greenburgh, el próximo viernes —concluí, observando atentamente el rostro de Marco.

Se apoyó en su escritorio, procesando la información. —Ahora tenemos dos opciones para atacarlos. Excelente.

Sonreí. —Voy a llamar a algunas personas más mañana y ver qué más puedo averiguar.

Su mirada se volvió severa. —No lo hagas. Tenemos suficiente para trabajar y cuanto más hagas, más arriesgamos alertar a los Lombardi.

No había considerado eso. Me abracé a mí misma, sintiendo de repente el peso de lo que había hecho. —Marco, yo... no estoy segura de estar hecha para esto. El peligro, el secreto... todo está tan lejos de la vida que conocía.

Él cruzó la habitación hacia mí, sus manos sujetando suavemente mis hombros. —Elena, entiendo tus miedos. Nunca tendrás que hacer algo así de nuevo. Por eso tengo toda una organización para hacer este trabajo.

Lo miré, escrutando su rostro. —¿Y si quiero salir? ¿Si se vuelve demasiado?

El rostro de Marco se volvió inexpresivo y supe que me estaba ocultando sus verdaderas emociones. —Entonces haré todo lo que esté en mi poder para protegerte y asegurarme de que puedas volver a tu antigua vida con seguridad. Pero debes saber esto: estoy comprometido a mantenerte a salvo, sin importar el camino que elijas.

Fui a nuestra habitación y me cambié para la cena. Disfruté la cena con la familia y Enzo siempre me contaba una o dos anécdotas divertidas de su pasado. Las cenas se habían vuelto mucho menos estresantes ahora que yo estaba allí para distraerlo con mi interés en el pasado.

—¿Todo bien, señorita Rossi? —la voz de Claire vino desde detrás de mí, sobresaltándome de mi ensoñación.

Me giré desde el armario con un vestido en la mano, ofreciéndole una pequeña sonrisa. —Sí, solo estaba pensando en Enzo. Él cree que soy la esposa de Marco y no tengo el corazón para corregirlo.

—Espero no estar fuera de lugar, pero podría serlo si eso es lo que usted quisiera. He trabajado para el señor Vitale durante años y nunca ha traído a una mujer para que conozca a sus padres en el tiempo que lo conozco. De hecho, se ha tomado muchas molestias para asegurarse de que sepan que no está interesado en ningún tipo de relación con ellas.

Esto no sonaba en absoluto como mi Marco.

—Él es diferente con usted, señora.

Miró hacia el pasillo y luego se enderezó. —Buenas noches, señor Vitale.

Marco entró a grandes zancadas en la habitación. —Espero no estar interrumpiendo nada. Me reí. —No, solo charla de chicas.

Él sonrió y miró a Claire. —¿Claire? ¿Charla de chicas? Todo lo que puedo conseguir que hable es sobre el último número de Guns and Ammo.

Besé su mejilla. —Tal vez tú no tienes el toque.

Claire se sonrojó. —Los dejaré solos por esta noche. Nos vemos por la mañana. Que tengan buena noche, señora, y no olvide lo que hablamos.

Los dedos de Marco trazaron la cremallera de mi vestido lavanda, su toque enviando escalofríos por mi columna. Me giré para mirarlo, apreciando su traje gris carbón y su cabello

peinado hacia atrás. Sus ojos verdes brillaban con picardía.

—Te ves deslumbrante —dijo, atrayéndome hacia él.

Pasé mis manos por sus solapas. —Tú tampoco te ves nada mal.

Nuestros labios se encontraron en un beso apasionado. Las manos de Marco recorrieron mi espalda, y sentí un calor familiar creciendo. Me separé, respirando pesadamente.

—No podemos —dije—. Llegaremos tarde a la cena.

Marco gimió. —Me estás matando, Elena.

Me reí y le enderecé la corbata. —La paciencia es una virtud.

Bajamos al comedor formal. La larga mesa de caoba brillaba bajo la araña de cristal. Enzo se sentó a la cabecera, con Maria en el extremo opuesto. Giovanni y Luca ya estaban sentados.

Marco retiró mi silla, y yo alisé mi vestido al sentarme. El aroma de ajo y hierbas flotaba desde la cocina. Mi estómago gruñó suavemente.

Mientras servían el primer plato, eché un vistazo alrededor de la mesa.

—¿Dónde está Antonio? —pregunté.

Giovanni se aclaró la garganta.

—Ha tenido que ir a Italia. Surgieron algunos problemas de distribución que requerían su atención personal.

Asentí, pero algo en el tono de Giovanni me inquietó. ¿Qué tipo de "problemas de distribución" requerían un viaje de último minuto al extranjero? Aparté ese pensamiento, no queriendo detenerme en los aspectos más oscuros del negocio familiar.

—Espero que no sea nada demasiado serio —dije con cuidado.

Enzo hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Antonio lo manejará. Ahora, disfrutemos de esta excelente comida que Maria ha preparado para nosotros.

Mientras comíamos, observé a la familia a mi alrededor. Enzo dominaba la conversación, con Maria ocasionalmente suavizando sus declaraciones más duras. Estaba en plena forma esta noche, casi como el hombre que imaginaba que era antes de que la demencia comenzara a manifestarse. Luca y Giovanni hablaban principalmente cuando se les dirigía directamente. Marco permanecía atento pero callado a mi lado.

Mientras Marco rellenaba mi copa de vino, Maria me dirigió una sonrisa maternal. Se la devolví, agradecida por su presencia acogedora. Cualesquiera que fueran los desafíos que me esperaban en mi relación con Marco y su familia, sabía que tenía una aliada en Maria.

Marco se aclaró la garganta, atrayendo la atención de todos.

—Padre, recientemente he adquirido algo que creo que apreciarás —dijo, su voz llevaba un toque de emoción que raramente escuchaba de él—. Un juego de ajedrez antiguo de finales del siglo XVIII. Una artesanía exquisita.

Los ojos de Enzo se estrecharon con interés.

—¿Italiano?

—Veneciano —confirmó Marco—. Las piezas están talladas a mano en marfil y ébano. El tablero está incrustado con nácar.

Observé cómo la expresión severa de Enzo se suavizaba ligeramente.

—Impresionante. Siempre has tenido buen ojo para la calidad, hijo mío.

Marco se inclinó hacia adelante, sus ojos verdes brillando.

—Pensé que quizás podríamos jugar una partida después de la cena. Ha pasado mucho

tiempo desde la última vez que jugamos.

El rostro de Enzo se iluminó, transformando sus rasgos habitualmente estoicos.

—Sí —dijo, con una sonrisa poco común jugando en las comisuras de su boca—. Me gustaría mucho.

Miré entre padre e hijo, fascinada por este vistazo a su relación. A pesar de sus diferencias externas, compartían este terreno común: un amor por la estrategia, por el desafío intelectual. Me pregunté cuántas de sus conversaciones a lo largo de los años habrían tenido lugar sobre un tablero de ajedrez en lugar de con palabras.

—Tendrás que mostrarme ese juego alguna vez, Marco —dije, apretando su mano bajo la mesa. Él me dio un pequeño asentimiento, pero su atención permaneció en su padre.

Cuando la conversación durante la cena disminuyó, Maria se volvió hacia mí con una cálida sonrisa.

—Elena, querida, estaba pensando. ¿Te gustaría acompañarme de compras mañana? No trabajas los sábados, ¿verdad?

Asentí, devolviéndole la sonrisa.

—Me encantaría, Maria. Suena maravilloso.

Mientras pronunciaba las palabras, mi mente iba a toda velocidad. ¿Era solo una salida casual, o Maria tenía algo más en mente? La familia Vitale era nada si no estratégica. No podía evitar preguntarme si había cosas que quería discutir lejos de los ojos vigilantes y los oídos atentos de la casa familiar.

—Excelente —dijo Maria—. Haremos un día de ello.

Di un sorbo de vino, ganando tiempo para componer mis pensamientos.

—¿Hay algún lugar en particular al que te gustaría ir? —pregunté, tratando de evaluar sus intenciones.

Los ojos de Maria brillaron.

—Oh, tengo algunos lugares en mente. Veremos adónde nos lleva el día.

El comedor se vació, Marco y Enzo se trasladaron a la mesa de ajedrez en el salón. Maria me hizo señas para que me uniera a ella en el lujoso sofá al otro lado de la habitación. Me hundí en los cojines, relajándome.

Maria se inclinó hacia mí, su perfume una mezcla de rosas y algo más oscuro.

—Sabes, Elena —dijo, su voz suave pero con un toque de acero—, ver la forma en que Marco te venera me recuerda a mi día de boda. Enzo se veía tan apuesto, tan poderoso. Sabía que me estaba casando con algo... extraordinario.

Asentí, sin estar segura de adónde iba esto. Los ojos de Maria se empañaron con nostalgia.

—La familia que he criado —continuó, con orgullo evidente en su tono—, es mi mayor logro. Cada uno de ellos, fuerte a su manera. Y ahora, ver a Marco contigo... me calienta el corazón.

Mi estómago se contrajo. ¿Estaba insinuando lo que yo creía?

Maria palmeó mi mano, su agarre sorprendentemente firme.

—Espero que seas tan feliz con Marco como yo lo he sido con Enzo. Eres buena para él, para todos nosotros.

Me quedé helada, mi mente acelerada. Marco no me había propuesto matrimonio. Ni siquiera habíamos hablado de casarnos. ¿Era esto algún tipo de prueba? ¿O peor, una conclusión

inevitable de la que no estaba al tanto?

—Maria —dije, cuidando de mantener mi voz firme—, creo que podrías estar adelantándote un poco. Marco y yo... no hemos hablado de matrimonio.

La sonrisa de Maria no vaciló, pero sus ojos se agudizaron.

—¿No lo han hecho? —preguntó, su tono ligero pero indagador—. A veces, querida, estas cosas se entienden sin palabras. Especialmente en familias como la nuestra.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. ¿Qué quería decir exactamente con "familias como la nuestra"? ¿Y por qué sentía que me estaban llevando a un rincón que no podía ver?

Cuando Marco y yo entramos en nuestra habitación, cerré la puerta tras nosotros, mi mente aún dando vueltas por la conversación con Maria. Marco se aflojó la corbata y se desabrochó la camisa, sus movimientos precisos y controlados.

—Tu madre me dijo algo extraño —dije, sentándome en el borde de la cama.

Marco arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

Relaté la conversación, observando su rostro en busca de alguna reacción. —Habló sobre su boda, sobre lo feliz que es con Enzo. Luego dijo que espera que yo sea igual de feliz contigo.

La expresión de Marco permaneció neutral mientras colgaba su chaqueta. —¿Y?

—¿Y? —repetí, incrédula—. Marco, nunca hemos hablado de matrimonio. Le dije que pensaba que se estaba adelantando.

Él se rio, sentándose a mi lado en la cama. —Mi madre está ansiosa por tener nietos. No te preocupes por eso.

Fruncí el ceño. —¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Marco tomó mi rostro entre sus manos, sus ojos verdes intensos. —Elena, las esperanzas de mi madre no dictan nuestro futuro. Avanzaremos a nuestro propio ritmo.

Sus labios se encontraron con los míos, y sentí que me derretía en su abrazo. Mientras la ropa caía y la piel se encontraba con la piel, me recostó en la cama y comenzó a masajear mis pies.

—No tienes cosquillas, ¿verdad? —preguntó suavemente.

Suspiré mientras los músculos de mis pies se relajaban. —No.

—Bien. Solo recuéstate y déjame cuidarte.

Cerré los ojos mientras continuaba masajeándome. Subió por mis piernas pero, frustrantemente, ignoró los lugares que más quería que tocara. Me dio la vuelta y respondí como un fideo flácido.

—Tienes los hombros muy tensos, cara mia. Relájate y déjame cuidarte.

Mis músculos se derritieron bajo su toque y cuando terminó, sentí como si estuviera flotando en una nube. —Eso fue increíble —le dije.

Sonrió, pasando sus dedos por mi cabello. —Podría hacer esto toda la noche —susurró antes de bajar sus labios a mi hombro. Su toque era eléctrico, enviando escalofríos por mi columna.

—No puedo tener suficiente de ti —murmuró contra mi cuello mientras dejaba suaves besos por mi espalda.

De repente, alguien llamó a la puerta.

—¿Marco? —Era la voz de su padre del otro lado—. ¿Vienes a la mesa de ajedrez?

Nos quedamos inmóviles por un momento, compartiendo una mirada que contenía tanto frustración como deseo insatisfecho. Con un suspiro, Marco se levantó de la cama y se puso unos

pantalones mientras yo me ponía una bata. Abrió la puerta para ver a su padre, con confusión en el rostro del hombre mayor.

—Papá, jugamos más temprano esta noche —dijo suavemente.

Mirando más allá de Marco, pude ver que Enzo estaba frustrado. —Adelante, Marco. Estaré bien aquí.

—Dame un minuto para ponerme una camisa y me uniré a ti —le dijo Marco a su padre. Cuando cerró la puerta, su rostro se desmoronó.

—Estaba haciéndolo tan bien durante la cena.

Alcancé su mano. —Lo estaba. Y fue hilarante la forma en que te provocó cuando ganó la partida. Creo que debemos aferrarnos a los buenos recuerdos el mayor tiempo posible. Ve a jugar otra partida con él, crea más buenos recuerdos.

Capítulo 7

Marco

La sala de guerra zumbaba a la mañana siguiente con tensión mientras me inclinaba sobre la mesa, mis ojos escaneando los mapas e informes de inteligencia desplegados ante nosotros. Mis hermanos, Luca y Antonio, me flanqueaban a ambos lados, sus rostros grabados con determinación.

—Así es como interceptaremos la reunión de los Lombardi —dije, trazando una línea a través del mapa—. Luca, tú liderarás el equipo de asalto. Antonio, te encargarás del control del perímetro. Yo coordinaré desde aquí y manejaré cualquier complicación inesperada.

Luca asintió, sus ojos oscuros brillando con anticipación. —Entendido. ¿Qué hay de nuestro... invitado?

Sabía que se refería a Matteo. —¿Cómo está?

—Un poco magullado, pero sobrevivirá —respondió Luca, su tono indiferente—. Le hemos sacado toda la información que pudimos. ¿Qué sigue?

Consideré nuestras opciones. Matteo era ahora una responsabilidad, pero matarlo solo escalaría aún más las tensiones. —Llévalo a alguna esquina aleatoria y déjalo ir.

Luca alzó una ceja pero no cuestionó mi decisión. —Considéralo hecho.

Me volví hacia Antonio, que acababa de regresar de Italia. —¿Qué averiguaste?

Antonio se alisó el traje de diseñador, un hábito que había adquirido en sus viajes. —Los Lombardi están en apuros. Su red de distribución en Nápoles está en ruinas después de nuestro último movimiento. Son vulnerables, y esta reunión es su intento de reagruparse.

—Perfecto —dije, sintiendo una oleada de satisfacción—. ¿Algún punto débil que podamos explotar?

Antonio sonrió. —Su seguridad está al límite. Están dependiendo en gran medida de algunos jugadores clave para mantener todo unido. Si los eliminamos...

Asentí, entendiendo las implicaciones. —Toda la operación se desmorona.

Intercambiamos miradas, cada uno de nosotros consciente de la gravedad de lo que estábamos a punto de hacer. Esto no era solo otra escaramuza; era un golpe decisivo que podría inclinar la balanza del poder a nuestro favor.

—Háganlo —dije, con voz firme.

Me volví hacia Luca. —¿Cuál es la situación en el lugar de la reunión?

Luca sacó un mapa detallado, sus dedos trazando los puntos marcados. —Nuestra vigilancia confirma la presencia de líderes clave de los Lombardi. Se están reuniendo en un viejo almacén en las afueras de la ciudad. Dos puntos principales de entrada aquí y aquí. —Golpeó el mapa.

Estudié el diseño, mi mente recorriendo escenarios. —¿Qué hay de la seguridad?

—Mínima —respondió Luca—. Están tratando de mantener un perfil bajo. Nuestra inteligencia sugiere no más de diez guardias.

Asentí, formulando nuestra estrategia. —Necesitaremos movernos rápido y golpear duro. Antonio, tú liderarás el equipo que cubre la ruta de escape trasera. Luca, tú estás conmigo en el asalto principal.

Mientras discutíamos las contingencias, sentí la tensión familiar acumulándose en mi pecho. Cada operación conllevaba riesgos, y esta no era la excepción.

Las luces de la ciudad se difuminaban mientras dirigía nuestro convoy de vehículos por las calles oscuras. Mis ojos escaneaban constantemente, alerta ante cualquier señal de problemas o vigilancia. El silencio en el auto era pesado, cada hombre perdido en sus propios pensamientos mientras nos acercábamos a nuestro objetivo.

Agarré el volante con fuerza, mi mente repasando cada detalle de nuestro plan. La información sobre la reunión de los Lombardi era sólida, pero en nuestro línea de trabajo, las sorpresas siempre eran una posibilidad. No podía sacudirme el recuerdo del rostro preocupado de Elena cuando me fui antes. Aparté el pensamiento, concentrándome en la tarea en cuestión.

—Dos minutos para llegar —anuncié en voz baja, rompiendo el silencio.

La voz de Tony vino desde el asiento trasero, tensa y enfocada. —El equipo trasero está en posición. No hay movimiento en el perímetro.

Asentí, sintiendo una oleada de adrenalina mientras nos acercábamos a nuestro destino. El edificio abandonado se alzaba frente a nosotros, una silueta oscura contra el cielo nocturno. Detuve el auto en un lugar predesignado, oculto de la vista directa del edificio.

—Es aquí —dije, volviéndome hacia mis hermanos—. Conocen sus roles. Luca, pon a tu equipo en posición. Nos movemos a mi señal.

Cuando salimos de los vehículos, la tensión era palpable. Podía sentirla en el aire, verla en la postura de los hombros de Luca mientras se movía para supervisar la seguridad del perímetro. Mi propio equipo de asalto se reunió a mi alrededor, sus rostros sombríos y determinados.

Los conduje hacia el edificio, nuestros movimientos silenciosos y coordinados. Años de trabajar juntos nos habían convertido en una máquina bien engrasada. Cuando nos acercamos, levanté un puño, señalando que nos detuviéramos.

Mis ojos escanearon el área una última vez. Todo estaba tranquilo. Demasiado tranquilo. Un destello de inquietud me recorrió, pero lo aparté. Estábamos comprometidos ahora.

Di la señal, y nos movimos rápidamente hacia la entrada. El primer guardia nunca nos vio venir. Lo eliminé con un disparo silenciado a la cabeza, su cuerpo desplomándose antes de que pudiera dar la alarma. Mi equipo se encargó del segundo guardia con igual eficiencia.

Irrumpimos en el edificio, la oscuridad interior envolviéndonos. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, pero mis manos permanecían firmes en mi arma. Todos mis sentidos estaban en alerta máxima mientras nos adentrábamos en el edificio.

El aire viciado y el crujir de los tablones del suelo me ponían los nervios de punta. Agucé el oído, escuchando cualquier señal de nuestros objetivos. Entonces lo oí: voces amortiguadas provenientes del pasillo.

—Segundo piso, ala este —susurré a mi equipo. Nos movimos silenciosamente por las escaleras, nuestros pasos cuidadosos y medidos.

Al acercarnos a la habitación, pude distinguir fragmentos de conversación. Los líderes de los Lombardi estaban aquí, tal como nuestra inteligencia había sugerido. Posicioné a mi equipo a ambos lados de la puerta, luego miré a los ojos a cada uno de ellos. Asintieron, listos.

Respiré hondo, preparándome para lo que vendría. En mi mente, vi el rostro de Elena, recordándome todo por lo que estaba luchando para proteger. Con grim determinación, derribé la puerta de una patada.

—¡Vitale! —gritó alguien mientras irrumpíamos en la habitación con las armas en alto.

La habitación estalló en caos. Resonaron disparos, los destellos de los cañones iluminando los rostros sorprendidos de los líderes de los Lombardi. Me moví con precisión practicada, mi arma una extensión de mi brazo. Dos hombres cayeron antes de que pudieran siquiera alcanzar sus pistolas.

—¡Cubrid las salidas! —ladré, lanzándome detrás de una mesa volcada mientras las balas astillaban la madera a mi alrededor.

Luca flanqueó por la izquierda, su imponente figura un borrón de movimiento mientras derribaba a otro oponente. El acre olor a pólvora llenaba el aire, mezclándose con el sabor metálico de la sangre.

En cuestión de momentos, todo había terminado. El último Lombardi soltó su arma, alzando las manos en señal de rendición.

Me puse de pie, examinando la escena. Cinco cuerpos yacían inmóviles en el suelo. Quedaban tres supervivientes, sus rostros una mezcla de miedo y desafío.

—Aseguradlos —ordené, con voz fría y distante.

Mientras mis hombres ataban las manos de los cautivos y les vendaban los ojos, intercambié asentimientos sombríos con mis hermanos. La parte fácil estaba hecha. Ahora venía el verdadero trabajo.

—El transporte está esperando —dijo Luca, con tono profesional—. La casa de seguridad está preparada.

Asentí, mi mente ya anticipándose al interrogatorio. Estos hombres tenían información valiosa, y tenía la intención de extraer hasta el último detalle.

En la casa de seguridad, condujimos a los prisioneros con los ojos vendados a habitaciones separadas. Observé mientras Luca entraba en la primera sala de interrogatorios, su rostro una máscara de calma determinación.

—Recuerda —dije en voz baja—, los necesitamos lo suficientemente lúcidos como para hablar.

El labio de Luca se curvó ligeramente. —No te preocupes, hermano. Sé cómo hacer cantar a los hombres sin romperlos por completo.

Me quedé de pie detrás del espejo de doble cara, observando cómo Luca comenzaba su interrogatorio. Su voz era controlada, casi casual, pero podía sentir el acero subyacente en sus palabras.

El cautivo, un teniente de nivel medio de los Lombardi, inicialmente mantuvo su bravuconería. Pero a medida que Luca metódicamente erosionaba su resolución, vi aparecer las primeras grietas.

«Es bueno», pensé, viendo trabajar a Luca. Cada reacción, cada microexpresión del cautivo era una pieza del rompecabezas. Mi mente corría, conectando puntos, formando teorías.

La tensión en la habitación era palpable. Casi podía saborear el miedo del cautivo mientras las preguntas de Luca se volvían más punzantes, más específicas. Lenta pero seguramente, la información comenzó a gotear.

La puerta se abrió detrás de mí, y Antonio entró a zancadas, sus ojos brillando con una

luz depredadora.

—¿Cómo va? —preguntó, su voz baja y controlada.

Asentí hacia la sala de interrogatorios. —Luca está progresando, pero es lento. Necesitamos aumentar la presión.

Los labios de Antonio se curvaron en una sonrisa fría. —Por eso estoy aquí, hermano.

Entró en la habitación, su presencia llenando inmediatamente el espacio. Los ojos del cautivo se agrandaron, reconociendo la amenaza que Antonio representaba.

—Dejémonos de tonterías —dijo Antonio, su tono engañosamente amistoso—. Sabes quiénes somos. Sabes de lo que somos capaces. Así que, ¿por qué no te lo pones más fácil?

Observé atentamente, notando cada cambio en el lenguaje corporal del cautivo. El enfoque de Antonio era diferente al de Luca: menos sutil, más abiertamente amenazante. Estaba funcionando. La resolución del cautivo se estaba desmoronando.

—Están planeando algo grande —soltó finalmente el hombre, con voz temblorosa—. Un ataque a uno de vuestros bastiones.

Mis ojos se estrecharon mientras procesaba esta información. Las implicaciones eran enormes. Si los Lombardi eran lo suficientemente audaces como para atacarnos directamente, significaba que estaban desesperados o que tenían una ventaja significativa de la que no éramos conscientes.

—¿Qué bastión? —exigió Antonio, inclinándose cerca.

El cautivo dudó, y vi la mano de Antonio moverse hacia su bolsillo. La amenaza era clara.

—No lo sé exactamente —tartamudeó el hombre—. Pero es una de vuestras operaciones principales. Lo han estado planeando durante semanas.

Mi mente corría, analizando nuestras vulnerabilidades, considerando posibles objetivos. Necesitábamos más detalles, y los necesitábamos rápido.

Golpeé el cristal, indicando a Antonio que presionara más fuerte. Mientras intensificaba su interrogatorio, comencé a formular contraestrategias, determinado a mantenerme un paso por delante de nuestros enemigos.

Mi teléfono vibró. Era un número desconocido.

—Habla —ordené, con voz tensa.

—Marco, Matteo ha vuelto con los Lombardi —informó la voz al otro lado—. Se están movilizando, preparándose para una guerra total. Está sucediendo rápido.

Apreté la mandíbula mientras procesaba esta información. Las piezas estaban encajando, y la imagen que formaban era sombría.

—Entendido —respondí, finalizando la llamada.

Me quedé allí por un momento, con la mente acelerada. El alijo de suministros de los Lombardi, el ataque planeado a nuestro bastión, el regreso de Matteo y ahora esta escalada: todo estaba conectado. Estábamos al borde de una guerra a gran escala, y necesitaba actuar rápidamente para proteger a mi familia y nuestros intereses.

Volví a entrar en la habitación a grandes zancadas, con mi decisión tomada. Los cautivos me miraron, sus ojos llenos de una mezcla de miedo y desafío. Los ignoré, dirigiéndome a mis hermanos en su lugar.

—Hemos terminado aquí —anuncié, mi voz transmitiendo la firmeza de mi decisión—. Luca, Antonio, asegúradlos. Nos movemos en diez.

Mientras mis hermanos cumplían mis órdenes, saqué mi teléfono y envié una serie de mensajes rápidos a nuestros principales lugartenientes. Necesitábamos movilizarnos rápidamente, y cada segundo contaba.

Una vez que los cautivos estuvieron asegurados, reuní a mis hermanos a mi alrededor. La tensión en el aire era palpable, pero mantuve mi voz firme y controlada.

—Escuchad con atención —comencé, mis ojos verdes escaneando sus rostros—. Los Lombardi están planeando una ofensiva importante. Tenemos información sobre su alijo de suministros y un posible ataque a uno de nuestros bastiones. Necesitamos atacar primero y con fuerza.

Expuse nuestros siguientes pasos, asignando roles y enfatizando la importancia de la precisión y el tiempo. Mientras hablaba, podía ver la determinación endureciéndose en los ojos de mis hermanos. Comprendían la gravedad de la situación.

—Antonio, necesito que verifiques la ubicación de ese alijo de suministros. Si se confirma, lo atacamos esta noche. Luca, duplica nuestra seguridad en todas nuestras propiedades principales, especialmente en la mencionada en la información. Yo coordinaré con nuestros capitanes callejeros para reforzar nuestras defensas.

Mis hermanos asintieron, sus rostros sombríos pero resueltos.

—Esto es todo —continué, con voz baja e intensa—. Los Lombardi quieren una guerra, y vamos a darles una que nunca olvidarán.

La violencia estaba escalando, precipitándose hacia una confrontación que remodelaría el submundo de nuestra ciudad. Sabía que el camino por delante sería traicionero, lleno de decisiones difíciles y pérdidas inevitables. Pero mientras revisaba mi arma y me preparaba para salir, mi determinación se endureció.

Capítulo 8

Elena

Abrí la puerta de la galería con llave, y el familiar aroma de pintura y madera pulida me envolvió. Mi momento de paz se esfumó al ver la pila de periódicos sobre mi escritorio. Cada titular gritaba la misma acusación: «Dueña de galería vinculada a actividades mafiosas».

Mi corazón se hundió. Cogí el periódico de arriba con manos temblorosas. Las palabras se volvieron borrosas mientras ojeaba el artículo, y frases como «supuestas conexiones» y «bajo investigación» saltaban a la vista. Cerré los ojos y respiré hondo para calmarme.

La campanilla sobre la puerta tintineó. Sarah entró, su habitual expresión alegre reemplazada por preocupación. Me entregó un café, mientras sus ojos escudriñaban mi rostro.

—Elena, ¿has visto las noticias? —preguntó con suavidad.

Asentí, forzando una sonrisa que más bien pareció una mueca. —Sí, las he visto. Tenemos que abordar esto de frente. —Cuadré los hombros, reprimiendo el pánico que amenazaba con surgir—. Reúne a todos en la sala de reuniones. Debemos elaborar una estrategia para contrarrestar estas acusaciones.

Sarah vaciló. —¿Estás segura de que estás bien? Esto debe ser abrumador.

—Tengo que estarlo —respondí, con una voz más firme de lo que me sentía—. La reputación de la galería está en juego. No podemos permitir que estas acusaciones infundadas destruyan todo lo que hemos construido.

Mientras Sarah salía para reunir al personal, permanecí clavada en el sitio, mirando fijamente los titulares condenatorios. ¿Cómo había sucedido esto? ¿Era una consecuencia del tiroteo? ¿O acaso se había descubierto mi conexión con Marco?

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. Ya habría tiempo para desentrañar ese misterio más tarde. Ahora necesitaba concentrarme en controlar los daños. La galería —el legado de mi familia— dependía de ello.

Entré a zancadas en la sala de reuniones, el eco de mis tacones resonando en el suelo de madera. Todo el personal estaba reunido, sus rostros una mezcla de preocupación y expectación. Tomé mi lugar en la cabecera de la mesa, escrutando sus caras.

—Sé que las últimas semanas han sido difíciles —comencé, con voz firme a pesar de mi corazón acelerado—. Y la reciente cobertura mediática no ha ayudado. Pero creo en esta galería y en todos ustedes. Debemos mantenernos unidos y mostrarle al mundo la verdad.

Karen, una de mis empleadas a tiempo parcial, levantó tímidamente la mano. —Pero, Elena, ¿no es cierto lo que dicen los periódicos? Has tenido a Marco Vitale —Marco Vitale— aquí muchas veces. Lo he visto besarte. Sí tienes una conexión con la mafia.

De repente, nadie en la sala me miraba a los ojos. —¿Acaso yo juzgo con quién sales tú? —pregunté fríamente.

—No, no lo haces —dijo Sarah, acudiendo en mi rescate—. Porque nuestras vidas personales no tienen nada que ver con nuestro trabajo aquí.

Murmullos de acuerdo llenaron la sala. Sarah, siempre atenta, ya estaba tomando notas, con el ceño fruncido en concentración.

—Empezaremos con un comunicado de prensa —continué—, destacando nuestro compromiso con las artes y nuestra integridad. Sarah, ¿puedes redactarlo?

Sarah levantó la mirada, sus ojos azules brillando con determinación. —Por supuesto, Elena. Tendré un borrador para ti en una hora.

—Bien. Necesitamos ser proactivos, no reactivos —dije, mi mente repasando rápidamente posibles estrategias—. Quiero que todos elaboren una lista de nuestros contactos más respetables: artistas, patrocinadores, críticos. Necesitaremos que muestren su apoyo.

Cuando terminamos, me retiré a mi oficina, preparándome para la avalancha que se avecinaba. El teléfono empezó a sonar casi de inmediato.

La mañana se convirtió en una serie de tensas llamadas telefónicas y reuniones organizadas apresuradamente. Hablé con periodista tras periodista, midiendo cuidadosamente mis palabras mientras defendía la reputación de la galería.

—Nuestro compromiso con las prácticas éticas nunca ha flaqueado —le dije a un reportero particularmente agresivo—. Estas acusaciones son infundadas y perjudiciales no solo para nosotros, sino también para los artistas que representamos.

Al mediodía, el agotamiento amenazaba con vencerme. Me desplomé en mi silla, frotándome las sienes.

Un suave golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Claire entró, su postura alerta a pesar de la larga mañana. Cruzó la habitación y me entregó una botella de agua.

—Lo estás manejando bien —dijo, con tono sincero. Sus ojos color avellana escudriñaron mi rostro, evaluándome—. Pero recuerda cuidarte también.

Destapé la botella, agradecida por el líquido fresco. —No sé qué haría sin ti, Claire. Gracias por estar aquí.

Asintió, un atisbo de suavidad rompiendo su comportamiento profesional. —Es mi trabajo, Elena. Pero más que eso, este tipo de cacerías de brujas realmente me enfurecen.

Cuando Claire se fue, mi teléfono volvió a sonar. Me armé de valor, esperando otra andanada de acusaciones. En su lugar, escuché la cálida voz de William Rousseau, un antiguo patrocinador de la galería.

—Elena, querida, acabo de ver las noticias. ¡Es absurdo! Tienes todo mi apoyo.

Sus palabras me animaron. A medida que avanzaba la tarde, fueron llegando más llamadas de aliento. Artistas a los que había apoyado, coleccionistas a los que había asesorado, todos ofreciendo su respaldo.

Luego llegó la llamada que cambió el rumbo. Gregory Winters, un crítico de arte notoriamente severo, estaba al teléfono.

—Señora Vitale —dijo, su tono cortante suavizándose ligeramente—. Me gustaría programar una entrevista. Para... aclarar las cosas, por así decirlo.

Apreté el teléfono con más fuerza, apenas atreviéndome a creerlo. —Estaré encantada de hablar con usted, señor Winters. ¿Cuándo le gustaría reunirse?

Al colgar, una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios. No era una victoria completa, pero era un comienzo. Teníamos la oportunidad de aclarar las cosas, y tenía la intención de aprovecharla al máximo.

Me recliné en mi silla, exhalando lentamente. La pila de papeles frente a mí se volvió

borrosa mientras mis ojos perdían el enfoque. Un escalofrío me recorrió cuando los recuerdos del tiroteo resurgieron sin ser invitados. El estallido de los disparos. El dolor abrasador. La impotencia mientras yacía en el frío suelo de la galería.

Cerré los ojos, tratando de alejar las imágenes, pero se aferraban a mí, viscerales y crudas. Mi respiración se aceleró, mis manos agarrando los brazos de la silla.

—¿Señorita Rossi? —La voz de Claire cortó la niebla de mis recuerdos.

Parpadeé, dándome cuenta de que se había acercado a mi escritorio. —Estoy bien —dije automáticamente, pero mi voz tembló.

Los ojos perspicaces de Claire se suavizaron. Puso una mano en mi hombro, su tacto anclándome. —Está bien sentirse así. Lo que pasó fue traumático y es natural que el estrés desencadene ansiedad.

Se me formó un nudo en la garganta. Tragué con dificultad, asintiendo mientras parpadeaba para contener las lágrimas. —Lo sé, Claire. Gracias.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó, su tono habitualmente brusco se había suavizado.

Vacilé. —Pensé que ya había superado esto. Que podría concentrarme en seguir adelante, en salvar la reputación de la galería. Pero a veces todo vuelve de golpe.

Claire acercó una silla, su presencia firme. —El trauma no tiene un calendario. Tienes permitido tener momentos como este. No te hace débil.

Tomé una respiración temblorosa. —No dejo de pensar en lo cerca que estuve de perderlo todo. La galería, mi vida. Y ahora, con estas acusaciones, siento que estoy bajo ataque otra vez.

—Pero sobreviviste —me recordó Claire con firmeza—. Sigues aquí, sigues luchando. Eso cuenta para algo.

Sus palabras calaron hondo, y sentí que mis hombros se relajaban ligeramente. —Tienes razón. Hemos llegado hasta aquí. Superaremos esto también.

Mientras las sombras del atardecer se alargaban por el suelo de la galería, recogí mis cosas, mi mente dando vueltas con los eventos del día. El peso de las acusaciones aún me presionaba, pero las palabras de Claire habían reavivado una chispa de determinación.

Hice una pausa, con la mano en el pomo de la puerta, mientras una idea cristalizaba. Volviéndome hacia Claire, que estaba haciendo su ronda final de seguridad, dije: —¿Y si organizáramos un evento de arte de alto perfil? Algo que atraiga la atención por las razones correctas.

Las cejas de Claire se alzaron, su expresión habitual estoica dando paso al interés. —Continúa —me animó.

—Necesitamos hacer más que solo controlar los daños —expliqué, la emoción creciendo en mi voz—. Necesitamos recordarle a la gente por qué amaban esta galería en primer lugar. Demostrarles que no nos estamos echando atrás.

Los ojos de Claire se iluminaron con aprobación. —Es una idea brillante —dijo, una sonrisa poco común cruzando su rostro—. Demostraría a la comunidad artística y al público que nos mantenemos fieles a nuestros principios y nuestra pasión por el arte. ¿Qué tienes en mente?

Me apoyé en el marco de la puerta, mi mente ya girando con posibilidades. —Algo grandioso, algo que celebre tanto a artistas establecidos como emergentes. Incluso podríamos incorporar un elemento benéfico.

—Es arriesgado —advirtió Claire, su mentalidad de seguridad entrando en acción—. Un evento de alto perfil podría convertirnos en un objetivo.

Asentí, reconociendo su preocupación. —Es cierto, pero es un riesgo calculado. Si logramos esto, nadie se atrevería a venir contra mí de nuevo.

La expresión de Claire se volvió pensativa. —Necesitaríamos planificar cuidadosamente. Medidas de seguridad reforzadas serían esenciales.

—Por supuesto —estuve de acuerdo—. No soñaría con hacer esto sin tu experiencia. ¿Qué dices? ¿Estás dentro?

Durante los días siguientes, me sumergí en la planificación del evento con un fervor que me sorprendió incluso a mí misma. Mi teléfono apenas dejaba mi mano mientras contactaba a artistas, patrocinadores y contactos de medios, presentando la idea con un entusiasmo desenfrenado.

—Elena Rossi —una voz familiar respondió una de mis llamadas. Era Gabriella Moretti, una respetada crítica de arte que conocía desde hacía años.

—Gabriella, tengo una propuesta emocionante para ti —dije, yendo directo al grano—. Estamos planeando una importante exposición y subasta benéfica. Me encantaría que te involucraras.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. —Elena, querida, sabes que te adoro, pero con toda esta prensa negativa...

Sentí que se me apretaba el estómago, pero insistí. —Esa es exactamente la razón por la que necesitamos hacer esto. Para mostrarles a todos de qué se trata realmente. Arte, comunidad, educación. ¿Al menos me escucharás?

Mientras explicaba el concepto, pude escuchar el cambio en el tono de Gabriella. Al final de la llamada, estaba completamente a bordo, incluso ofreciéndose a escribir un artículo destacado sobre el evento.

Este patrón se repitió a lo largo del día. La duda inicial dio paso a la emoción cuando compartía mi visión. Para mi inmenso alivio, la respuesta fue abrumadoramente positiva. Muchos lo vieron como una oportunidad para solidarizarse con la galería y apoyar una buena causa.

Mientras colgaba después de otra llamada exitosa, no pude evitar sonreír. Por primera vez en semanas, sentí un destello de esperanza. No solo nos estábamos defendiendo; estábamos contraatacando con arte y compasión. Se sentía correcto, como si finalmente estuviéramos recuperando el control de nuestra narrativa.

Pero incluso mientras me deleitaba con esta pequeña victoria, una voz insistente en el fondo de mi mente me recordaba los riesgos. ¿Y si esto salía mal? ¿Y si atraía atención no deseada de las personas equivocadas? Aparté esos pensamientos, concentrándome en la tarea en cuestión. Teníamos que arriesgarnos. Era nuestra mejor oportunidad de redención.

El sol se había puesto hacía mucho tiempo cuando Claire y yo nos encontramos inclinadas sobre mi escritorio, examinando minuciosamente la lista de invitados para el próximo evento. El suave resplandor de la lámpara de escritorio proyectaba sombras sobre los papeles esparcidos frente a nosotras, cada nombre un potencial aliado o amenaza en nuestro intento de restaurar la reputación de la galería.

Claire frunció el ceño mientras escrutaba un nombre en particular. —¿Estás segura de invitar a Carlos Mendoza? Sus conexiones son cuestionables.

Golpeé el bolígrafo contra el escritorio, considerando sus palabras. —Necesitamos su

influencia, Claire. Pero entiendo tu preocupación. ¿Podemos organizar medidas de seguridad adicionales para él?

Claire asintió, haciendo una anotación en su tableta. —Me encargaré personalmente.

Mientras continuábamos trabajando, no pude evitar maravillarme ante la dedicación de Claire. Había estado a mi lado en cada paso de este proceso, su experiencia en seguridad resultando invaluable mientras navegábamos por la compleja logística del evento.

—Sabes, Claire —dije, reclinándome en mi silla—, creo que no te he agradecido adecuadamente por todo lo que has hecho.

Ella levantó la mirada, la sorpresa cruzando su rostro. —Es mi trabajo.

Negué con la cabeza. —No, es más que eso. Has ido más allá del deber. Tu apoyo me ha ayudado a superar muchos días. Y a estas alturas, creo que debo insistir en que me llames Elena.

La expresión de Claire se suavizó y dejó su bolígrafo. —No estoy segura de que al jefe le guste eso. Tendrás que consultarlo con él. Pero tú has hecho todo el trabajo. La forma en que has dado vuelta esta situación es inspiradora. Todo lo que yo hago es traerte comida de vez en cuando, llevarte en coche y quedarme de pie fuera de tu puerta.

Sus palabras me tomaron por sorpresa, sintiendo una calidez que florecía en mi pecho. Sonreí, sintiendo una oleada de gratitud y afecto. —No podría haberlo hecho sin ti, Claire. Este evento... no se trata solo de la galería. Se trata de todos nosotros, unidos.

Capítulo 9

Elena

Me encontraba frente al espejo, alisando mi vestido de cóctel negro. Mis dedos temblaban ligeramente mientras me abrochaba el collar de perlas de mi madre. El peso de la noche me oprimía, pero respiré hondo, armándome de valor. —Tú puedes hacerlo, Elena —susurré a mi reflejo.

Un suave golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos. —Elena, los primeros invitados están llegando —anunció Sarah. Cuadré los hombros y salí a zancadas, mis tacones resonando contra el suelo pulido. La galería se había transformado, con una iluminación suave que proyectaba un cálido resplandor sobre las piezas cuidadosamente seleccionadas. El aire vibraba de anticipación.

Claire apareció a mi lado, con el auricular en su lugar. —El perímetro está asegurado. Tenemos ojos en cada entrada.

Asentí, agradecida por su presencia tranquilizadora. —Gracias, Claire. Esperemos que no lo necesitemos.

Mientras me dirigía a la entrada, divisé rostros familiares entre el personal. Su energía nerviosa reflejaba la mía, pero había determinación en sus ojos. Estábamos juntos en esto. Los primeros invitados cruzaron las puertas, y yo esboqué mi sonrisa más acogedora. —¡Buenas noches! Bienvenidos a la Galería Rossi.

Mientras saludaba a los invitados y los guiaba por la galería, mantuve mis sentidos alerta ante cualquier señal de problemas. El ambiente se mantuvo ligero, con murmullos de apreciación flotando en el aire mientras los asistentes admiraban las obras de arte. Un destello de rojo vibrante llamó mi atención, y me giré para ver a Gabriella Moretti deslizándose hacia mí. La presencia de la renombrada crítica de arte me provocó una oleada de anticipación.

—¡Elena, querida! —Gabriella me besó en el aire ambas mejillas—. Qué maravillosa concurrencia. Te has superado a ti misma.

Sentí una oleada de calidez ante su elogio. —Gabriella, me alegro tanto de que hayas podido venir.

Ella entrelazó su brazo con el mío, guiándome hacia una impactante pieza abstracta. —Ahora, cuéntame sobre esta. Es cautivadora.

Mientras discutíamos sobre la obra de arte, me encontré relajándome en el ritmo familiar del análisis artístico. Los ojos de Gabriella brillaban con genuino interés.

—¿Sabes? —dijo, bajando la voz en tono confidencial—. Estoy trabajando en un artículo sobre la resiliencia en el mundo del arte. Las recientes tribulaciones y triunfos de tu galería serían un fascinante caso de estudio.

Mi corazón dio un salto. Una crítica favorable de Gabriella podría cambiar las reglas del juego. —Me sentiría honrada de contribuir —dije, tratando de mantener mi voz firme—. Tal vez podríamos concertar una entrevista.

Gabriella sonrió. —Me encantaría. Tu pasión por esta galería es evidente, Elena. Merece ser celebrada.

Mientras se alejaba para mezclarse con otros invitados, me permití un momento de esperanza.

Recorrí la sala con la mirada, absorbiendo el bullicioso ambiente. La galería zumbaba con conversaciones y risas, el suave tintineo de las copas de champán hacía de contrapunto al murmullo de las voces. Mi colección cuidadosamente seleccionada atraía miradas de admiración y animadas discusiones.

—Elena, esto es magnífico —dijo una voz detrás de mí. Me giré para ver a Marcus Blackwood, un prominente coleccionista—. Has logrado crear un diálogo entre los maestros establecidos y estos talentos emergentes. Es refrescante.

Sonreí, sintiendo una calidez que florecía en mi pecho. —Esa era exactamente mi intención, Marcus. Me encanta que lo hayas notado.

Mientras charlábamos, sentí una sensación de orgullo. La galería estaba viva, vibrante. Mi visión cobraba vida ante mis ojos.

De repente, un cambio en la energía de la sala llamó mi atención. Las cabezas se giraron, las conversaciones se detuvieron. Seguí las miradas para ver a Marco entrando, flanqueado por sus hermanos Luca y Antonio.

Se me cortó la respiración. Marco presentaba una figura imponente en su traje a medida, su presencia inmediatamente captó la atención. Pero fueron las reacciones mixtas de los invitados las que me pusieron en alerta.

Me disculpé con Marcus y me dirigí hacia Marco. Al acercarme, escuché fragmentos de conversaciones susurradas.

—¿No es ese Marco Vitale?

—¿Qué hacen ellos aquí?

—He oído rumores...

Los ojos de Marco encontraron los míos, y sonrió, pero vi la tensión en su mandíbula. Lo alcancé, poniendo una mano en su brazo. —Me alegro de que hayas podido venir —dije, lo suficientemente alto para que los que estaban cerca lo oyeran.

Marco se inclinó, sus labios rozando mi oreja. —No me lo perdería por nada del mundo. Has hecho un trabajo increíble, Elena.

Luché por mantener una expresión neutral, aunque su cercanía me provocó un escalofrío por la espalda. —Gracias. Déjame presentarte a algunos de nuestros invitados.

Mientras nos movíamos entre la multitud, sentí el peso de las miradas curiosas. Marco encantaba sin esfuerzo, pero no pude sacudirme la corriente subyacente de tensión que se había instalado en la sala. ¿Qué he hecho?, pensé. ¿Acaso la presencia de Marco echará por tierra todo mi arduo trabajo?

Observé con consternación cómo Gabriella Moretti, la influyente crítica de arte que había sido tan solidaria antes, se dirigía hacia la salida. Captó mi mirada y me ofreció una débil sonrisa. —Elena, querida —dijo, con voz tensa—. Lo siento muchísimo, pero acabo de recordar un compromiso urgente. Un evento encantador, de verdad.

Asentí, con el estómago encogido. —Por supuesto, Gabriella. Gracias por venir.

Mientras ella se marchaba, noté que otros la seguían. Gregory Winters, el crítico que esperaba conquistar, ya se había ido. Un grupo de potenciales donantes se apiñaba cerca de la

puerta, susurrando y lanzando miradas furtivas en nuestra dirección.

Esbocé una sonrisa, intentando desesperadamente salvar la situación. —Señor Proctor, ¿cómo está disfrutando la nueva pieza inspirada en Caravaggio?

Pero fue inútil. El éxodo continuó, cada partida mermando mi compostura. Sentía los ojos de Marco sobre mí desde el otro lado de la sala. Cuando encontré su mirada, vi que la comprensión se dibujaba en su rostro. Se acercó a mí, abriéndose paso entre la menguante multitud.

—Elena, ¿qué sucede?

Lo agarré del brazo, llevándolo a un rincón apartado. —¿Que qué sucede? Marco, mira alrededor. ¡Todos se están marchando!

Mi voz se quebró, la frustración y la decepción saliendo a la superficie. —Todos estaban aquí, apoyando la galería. Ahora no pueden irse lo suficientemente rápido. Es por ti, por la reputación de tu familia.

La expresión de Marco era una mezcla de culpa y determinación. —Elena, lo siento. No quise causar problemas.

—Sé que no fue tu intención —dije, pasándome una mano por el pelo—. Pero las intenciones no importan ahora. Este evento debía salvar la reputación de la galería, no destruirla por completo.

Marco escuchó atentamente, sus ojos verdes sin apartarse de los míos. —Dime qué necesitas que haga.

Negué con la cabeza, sintiendo que las lágrimas me picaban los ojos. —No lo sé. No sé cómo arreglar esto.

La araña de cristal proyectaba un suave resplandor sobre la galería, iluminando a la elegante multitud que se mezclaba entre las obras de arte. Vi a Antonio y Luca acercarse a un hombre que no reconocí: alto, con las sienes canosas y un traje caro. Lo saludaron calurosamente, estrechándole la mano y riendo por alguna broma compartida. Mientras lo conducían hacia la salida, se me formó un nudo en el estómago. Algo en su fácil familiaridad con este desconocido me resultaba extraño.

Miré a Marco, que estaba cerca del bar. Sus ojos verdes se encontraron con los míos y asintió sutilmente hacia mi oficina. —Disculpen —murmuré a los invitados con los que había estado charlando. Me dirigí al otro lado de la sala, tratando de mantener una expresión neutral a pesar de mi creciente inquietud. Marco ya estaba esperando cuando entré en la oficina y cerré la puerta tras de mí. —¿Quién era ese hombre? —pregunté.

Se apoyó en mi escritorio, con el rostro serio. —Ben Locke. Ha estado trabajando para nosotros a nivel de calle desde hace un tiempo.

—Nunca lo había visto antes —dije, frunciendo el ceño.

—No, no lo habrías visto —respondió Marco—. Elena, hay algo que debes saber. Locke es un topo, infiltrado en nuestra organización por la familia Lombardi.

Se me cortó la respiración. —¿Un topo? ¿Estás seguro?

Marco asintió. —Teníamos sospechas desde hace tiempo. Esta noche fue una prueba: le dimos información falsa para ver si llegaba a los Lombardi. Y así fue.

Me derrumbé en mi silla, con la mente dando vueltas. —Entonces Antonio y Luca estaban... ¿qué? ¿Deteniéndolo?

—En cierto modo, sí. Se encargarán de la situación con discreción.

Cerré los ojos, sin querer contemplar lo que podría implicar "encargarse de la situación".

Cuando los abrí de nuevo, Marco me observaba atentamente.

—Siento traer esto a tu galería —dijo en voz baja—. Pero quería que entendieras lo que estaba pasando. Tu seguridad es primordial para mí.

La sinceridad en su voz hizo que mi corazón se acelerara, aun cuando la ansiedad me revolvía las entrañas. Ahora estaba metida de lleno con los Vitale, me gustara o no. Y a pesar de todo, una parte de mí se alegraba de que Marco hubiera confiado en mí con la verdad.

Respiré hondo, alisándome el vestido y esbozando una sonrisa que se sentía frágil y falsa. Los invitados restantes deambulaban, ajenos a la corriente subyacente de peligro que ahora impregnaba el ambiente.

—¡Elena, querida! —me llamó una invitada, haciéndome señas—. Este evento es simplemente maravilloso. Te has superado a ti misma.

Me acerqué a ella, mis tacones resonando contra el suelo pulido. —Gracias, Amber. Me alegro mucho de que lo estés disfrutando.

Mientras me enfrascaba en una charla trivial, mi mente daba vueltas a las posibilidades. ¿Qué información revelaría el topo? ¿Hasta dónde se extendía el alcance de los Lombardi

? El peso de estas preguntas me oprimía, dificultándome concentrarme en la charla insustancial a mi alrededor.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Amber, frunciendo el ceño—. Te ves un poco pálida.

Forcé una risa, negando con la cabeza. —Oh, no es nada. Solo el estrés de organizar un evento tan grande.

A medida que avanzaba la noche, me encontré constantemente revisando mi teléfono, esperando noticias de Marco. La falta de información solo aumentaba mi ansiedad.

Finalmente, cuando los últimos invitados comenzaban a marcharse, reuní a mi personal cerca de la entrada. Sus rostros estaban cansados pero satisfechos, ajenos a las nubes de tormenta que se cernían sobre nuestro horizonte.

—A todos, quiero agradecerles su arduo trabajo esta noche —dije, con voz firme a pesar de mi turbación interna—. Este evento fue un éxito gracias a su dedicación y profesionalismo.

Claire me miró a los ojos, con expresión inquisitiva. —¿Qué está pasando, Elena? —preguntó en voz baja—. Ha ocurrido algo, ¿verdad?

Suspiré, sintiendo finalmente el peso de la noche sobre mí. —Aquí no, Claire. Te lo explicaré todo pronto. Por ahora, concentémonos en terminar de recoger.

Capítulo 10

Elena

—Hoy es el día —dije mientras balanceaba las piernas por el borde de la cama, hundiendo mis pies descalzos en la mullida alfombra. Al ponerme de pie, vi mi reflejo en el ornamentado espejo al otro lado de la habitación. Mi cabello castaño rojizo estaba revuelto por el sueño, y mis ojos azules mostraban una mezcla de determinación e incertidumbre.

Caminé hacia el armario y saqué mi maleta. El cuero era suave bajo mis dedos, un marcado contraste con la agitación en mi mente.

Era lo mejor. No podía tener otro desastre como el de anoche.

Cada objeto que colocaba en la maleta se sentía más pesado de lo que debería. Una blusa de seda que Marco había elogiado. Los pendientes que me había regalado por mi cumpleaños. Un libro que habíamos leído juntos en perezosas mañanas de domingo.

Los recuerdos inundaron mi mente. La risa de Marco resonando por la galería. La forma en que sus ojos se suavizaban cuando me miraba. La sensación de sus brazos a mi alrededor, fuertes y protectores.

Mientras continuaba empacando, no podía sacudirme el miedo a lo que me esperaba. ¿Mi vida volvería a la normalidad si me distanciaba de Marco? ¿O estaría aún más vulnerable por mi cuenta?

—Estás tomando la decisión correcta —le dije a mi reflejo en el espejo, pero mi voz carecía de convicción.

La maleta estaba casi llena cuando escuché que se abría la puerta. Mi corazón saltó a mi garganta.

—¿Elena? —llamó la voz de Marco desde el otro lado—. ¿Qué está pasando?

Me quedé inmóvil, con la mano suspendida sobre la maleta. Este era el momento que había estado temiendo y anticipando en igual medida.

—Necesitamos hablar —dije, con la voz más firme de lo que me sentía—. En tu estudio, si te parece bien.

Marco asintió, frunciendo ligeramente el ceño. —Por supuesto —respondió, con un tono medido.

Lo seguí por los grandiosos pasillos de la mansión Vitale. La opulencia que una vez me había asombrado ahora se sentía asfixiante. Cada paso hacia el estudio de Marco se sentía como un paso hacia un futuro incierto.

Al entrar en el estudio, Marco tomó su asiento habitual detrás del imponente escritorio de caoba. Yo permanecí de pie, con las manos fuertemente entrelazadas frente a mí.

—Marco —comencé, con el corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo—. He tomado una decisión. Me mudo de vuelta a mi apartamento.

Su expresión cambió, una mezcla de preocupación y resignación se reflejó en sus facciones. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre el escritorio. —Elena, ¿estás segura de que es prudente? ¿Después de todo lo que ha pasado?

Respiré hondo, armándome de valor. —Necesito espacio, Marco. Necesito... normalidad. Estar aquí, estar tan cerca de la familia, es un peligro constante. No puedo vivir así más. Y viste lo que pasó anoche. Si no tengo cuidado, perderé a todos mis patrocinadores.

Marco escuchó atentamente, su mandíbula tensándose casi imperceptiblemente. Podía ver la lucha en sus ojos, la comprensión librando una batalla con la renuencia.

—Entiendo tus preocupaciones —dijo lentamente, cada palabra cuidadosamente elegida—. Pero debes conocer los riesgos de irte. Podemos protegerte aquí.

Sentí una punzada de culpa, pero la aparté. —Sé que quieres mantenerme a salvo, Marco. Pero necesito hacer esto por mí misma. Por mi cordura.

Mientras Marco procesaba mis palabras, me pregunté si estaba tomando la decisión correcta. ¿Estaba cambiando una forma de peligro por otra? Pero sabía que tenía que intentarlo. Tenía que recuperar algo de la vida que tenía antes.

—Por favor, intenta entender —añadí suavemente, mi resolución vacilando ligeramente bajo la intensa mirada de Marco.

Marco se puso de pie abruptamente, sus dedos tamborileando rítmicamente sobre el escritorio. —Elena, no puedes ignorar las amenazas que hemos enfrentado. Apenas la semana pasada hubo un intento contra la vida de Antonio. ¿Qué pasa si vienen por ti después?

Su naturaleza protectora era palpable, llenando la habitación de una tensión evidente. Sentí que mi propia resolución se endurecía en respuesta.

—Soy consciente de los riesgos, Marco —dije, con la voz firme a pesar del temblor en mis manos—. Pero no puedo dejar que el miedo dicte toda mi vida. Necesito sentirme yo misma de nuevo.

Él caminaba de un lado a otro detrás de su escritorio, sus movimientos bruscos y agitados. —¿Y qué hay de nosotros? ¿También intentas distanciarte de mí?

La pregunta me golpeó como un golpe físico. No había considerado cómo mi decisión podría afectar nuestra relación. —No, Marco. Esto no se trata de nosotros. Se trata de que necesito valirme por mí misma.

Sus ojos verdes se clavaron en los míos, buscando algo. Sostuve su mirada, deseando que entendiera. El silencio se extendió entre nosotros, cargado de emociones no expresadas.

Finalmente, los hombros de Marco se hundieron ligeramente. —Puedo ver que tu mente está decidida —dijo, con la voz teñida de resignación—. Pero quiero que sepas que no estoy de acuerdo con esta decisión. Creo que es imprudente.

Sentí que una mezcla de alivio y culpa me invadía. —Aprecio tu honestidad —respondí suavemente—. Y entiendo tus preocupaciones. Pero esto es algo que necesito hacer.

Un suave golpe en la puerta interrumpió nuestra tensa conversación. La voz de Claire llamó: —¿Señorita Rossi?

Sentí una ola de alivio al escuchar su voz. —Pasa, Claire —respondí, agradecida por la interrupción.

Claire entró en la habitación, sus ojos perspicaces evaluando la escena ante ella. Asintió brevemente a Marco antes de volverse hacia mí. —¿Algo que deba saber?

Miré a Marco, quien me dio un breve asentimiento antes de darse la vuelta. —Me mudo de vuelta a mi apartamento hoy —dije, guiando a Claire fuera del estudio.

Ella frunció el ceño. —Voy a necesitar varias horas para establecer un nuevo equipo de seguridad para ti. Ya he hecho una revisión exhaustiva de seguridad en tu edificio de apartamentos. Hemos instalado nuevas cerraduras y un sistema de alarma de última generación. Solo necesito organizar el horario de la gente para ti.

La miré, conmovida por su consideración. —Gracias, Claire. No sé qué haría sin ti.

Me dedicó una de sus raras sonrisas. —Para eso están los amigos. Y no te preocupes, mantendré un ojo vigilante sobre todo. Estarás tan segura allí como lo estás aquí.

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta. —Realmente aprecio todo lo que estás haciendo por mí. Sé que esto tampoco puede ser fácil para ti, estar atrapada entre Marco y yo.

Claire hizo una pausa en su empaquetado y me miró fijamente con su mirada firme. —Mi lealtad es para ambos. Entiendo tu necesidad de independencia y la respeto. Hablando con franqueza, no creo que sea el momento adecuado para dejar la mansión, pero necesitas tomar tus propias decisiones. Haré que funcione pase lo que pase.

Sus palabras reforzaron mi determinación. A pesar de la tristeza de dejar la mansión y el confort que representaba, sabía que esta era la decisión correcta. Necesitaba recuperar mi vida, encontrar un equilibrio entre el mundo en el que había entrado y la persona que quería ser.

Mientras continuábamos empaquetando, sentí una mezcla de emociones arremolinándose dentro de mí: gratitud por el apoyo inquebrantable de Claire, determinación por valerme por mí misma y un dolor agri dulce por lo que estaba dejando atrás. Extrañaría las cenas con Enzo y sus historias del pasado. Pero con cada objeto que colocaba en las cajas, sentía una creciente sensación de esperanza por el futuro que estaba eligiendo para mí.

Entré en mi apartamento, el familiar aroma a lavanda y libros viejos me envolvió. El silencio era ensordecedor después de semanas de constante actividad en la mansión Vitale. Mis pasos resonaban mientras me movía por la sala de estar, con mi maleta rodando detrás de mí.

—Hogar, dulce hogar —murmuré, mi voz sonando pequeña en el espacio vacío.

Me detuve junto a la ventana, mirando el horizonte de la ciudad. La vista era reconfortante, pero de alguna manera se sentía diferente. No podía sacudirme la sensación de que estaba siendo observada, aunque sabía que Claire me había asegurado que las medidas de seguridad estaban en su lugar.

Respirando profundamente, me volví hacia mi maleta y comencé a desempacar. Mientras colgaba mi ropa, intenté concentrarme en los aspectos positivos.

—Esto es bueno —dije en voz alta, necesitando oír algo más que el silencio opresivo—. Puedo ir y venir como me plazca. Ya no tendré que mirar por encima del hombro a cada segundo.

Pero incluso mientras lo decía, me encontré mirando hacia la puerta, medio esperando que Marco entrara en cualquier momento.

Me dirigí a la cocina, colocando mi taza favorita en el mostrador. La normalidad de la acción me ancló un poco.

—¿Ves? Esto es lo que querías —me dije a mí misma—. Tu propio espacio, tus propias reglas.

Sin embargo, mientras estaba allí, rodeada de mis pertenencias, no podía sacudirme la inquietud que se aferraba a mí como una segunda piel. El silencio que una vez fue un refugio ahora se sentía opresivo, destacando la soledad que había elegido.

Me hundí en el sofá, mis dedos trazando el patrón familiar de la tela. —Es solo un período de ajuste —dije, tratando de convencerme—. Te acostumbrarás de nuevo.

Pero a medida que las sombras se alargaban y las luces de la ciudad comenzaban a parpadear fuera de mi ventana, me pregunté si después de todo había tomado la decisión correcta.

Me acurruqué en el sofá, acunando una taza humeante de té de manzanilla. El calor se filtraba en mis manos, un pequeño consuelo contra el frío que se había instalado en mi

apartamento. Di un sorbo, dejando que el sabor familiar calmara mis nervios.

Mi teléfono vibró sobre la mesa de café. Probablemente Marco, verificando cómo estaba. Alargué la mano para tomarlo, una pequeña sonrisa tirando de mis labios.

La sonrisa murió cuando leí el mensaje.

—Qué bueno verte de vuelta en tu apartamento.

Mi mano tembló, el té salpicando peligrosamente cerca del borde de mi taza. La dejé sobre la mesa con un ruido sordo, mi corazón latiendo con fuerza.

El número estaba bloqueado, por supuesto.

Otra vibración. Otro mensaje: —Mucho más fácil llegar a ti.

Dejé caer el teléfono como si me hubiera quemado. Cayó al suelo, boca abajo.

—Esto no puede estar pasando —murmuré, pasando mis manos por mi cabello—. Aquí no. Ahora no.

Me levanté de un salto y volví a revisar los cerrojos de mi puerta. ¿Quién podría estar detrás de esto? ¿La familia Lombardi? ¿Algún otro enemigo de los Vitale? Cerré las cortinas de todas mis ventanas y me senté de nuevo en el sofá. Ahora estaba por mi cuenta, porque así lo quería. Entonces, ¿qué haría Marco?

La respuesta llegó inmediatamente: él eliminaría la amenaza. Pero yo no era Marco. No podía, no recurriría a la violencia.

Recogí mi teléfono, mi dedo flotando sobre el contacto de Marco. Pero no, no podía llamarlo ahora. Era tarde, y esto... esto necesitaba manejarlo por mi cuenta.

Con un deslizamiento decisivo, borré ambos mensajes. —No me asustas —dije a la habitación vacía, como si mis observadores invisibles pudieran oírme.

Enderecé mis hombros, formando un plan. Le contaría a Claire y Marco por la mañana si aún me sentía insegura.

Capítulo 11

Elena

Mientras recorría la galería al día siguiente, me encontré deteniéndome frente a un impactante paisaje. La escena pacífica contrastaba fuertemente con el caos en mi mente. No había habido más amenazas anoche ni esta mañana, pero aún pesaban mucho en mis pensamientos.

—Es hermoso, ¿verdad? —una voz me sobresaltó.

Me giré para ver a mi asistente, Susan, de pie en la entrada. —Sí, lo es —respondí, forzando una sonrisa—. No te oí entrar.

Susan inclinó la cabeza, con preocupación evidente en sus ojos. —¿Estás bien, Elena? Pareces... distraída.

Dudé, el rostro de Marco apareció en mi mente. Quería contarle sobre las amenazas, buscar su protección, pero sabía que involucrarlo solo perjudicaría más mi negocio.

—Estoy bien —mentí, volviéndome hacia la pintura—. Solo un poco estresada por la vida, ya sabes, y reorganizando todo después de las ventas que han llegado.

Susan asintió, no del todo convencida. —Bueno, avísame si necesitas algo. Empezaré a empacar las piezas vendidas para su envío.

Mientras se alejaba, solté un largo suspiro. Me sumergí en mi trabajo con renovado vigor, organizando cuidadosamente cada pieza que quedaba para lograr el máximo impacto. El proceso metódico calmó mis nervios destrozados, dándome una sensación de control que necesitaba desesperadamente.

Pasaron las horas, y a medida que la galería tomaba forma, sentí una pequeña chispa de orgullo. No dejaría que el miedo dictara mi vida o mi trabajo.

Mientras retrocedía para admirar la disposición, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Mi corazón se aceleró mientras lo sacaba, esperando a medias otro mensaje ominoso. En cambio, era el nombre de Marco en la pantalla.

Lo miré fijamente, con el dedo suspendido sobre el botón de responder. ¿Debería contarle? ¿Se enfadaría porque se lo había ocultado?

Con un profundo suspiro, rechacé la llamada. Aún no. Necesitaba más tiempo para resolver esto por mi cuenta.

—Lo siento, Marco —dije a la galería vacía—. Solo necesito manejar esto yo misma por ahora.

Me volví hacia los planes de la exposición extendidos sobre mi escritorio, decidida a concentrarme en la tarea en cuestión. Mientras hojeaba las páginas, mi teléfono volvió a vibrar. Pensando que podría ser Marco llamando de nuevo, lo alcancé sin mirar.

La imagen que llenó mi pantalla me detuvo el corazón.

Era yo. Esta mañana. Entrando a la galería, con el pelo recogido en un moño despeinado, una taza de café en la mano. La foto era nítida, claramente tomada con un lente de alta calidad desde algún lugar al otro lado de la calle.

Mis manos comenzaron a temblar incontrolablemente. Me estaban vigilando. Ahora

mismo. Mis ojos se dirigieron rápidamente a las ventanas, buscando cualquier señal de una cámara o una figura al acecho.

—Dios mío —susurré, con la voz temblorosa. Esto era real. Esto estaba sucediendo.

Toqueteé torpemente mi teléfono, casi dejándolo caer mientras desplazaba mis contactos. El número de Claire nadaba ante mis ojos, y lo toqué desesperadamente.

Mientras el teléfono sonaba, me pegué contra la pared, intentando hacerme lo más pequeña posible como objetivo. Mi corazón latía tan fuerte que apenas podía oír el tono de llamada.

—Vamos, Claire —murmuré—. Contesta, contesta.

Finalmente, su voz precisa llegó. —¿Señora? ¿Está todo bien?

Tomé un respiro tembloroso. —Claire, necesito tu ayuda. Me están vigilando. Me enviaron una foto. No estoy segura aquí.

—Tranquilízate —dijo Claire, su tono cambiando a alta alerta—. Dime exactamente qué está pasando.

Tragué saliva, tratando de estabilizar mi voz. —Recibí una amenaza anoche. Y ahora me han enviado una foto mía de esta mañana. Me están siguiendo, Claire. No sé qué hacer.

La voz de Claire permaneció calmada, pero pude escuchar el acero debajo. —Entiendo. Hiciste lo correcto al llamarme. ¿Dónde estás ahora?

—En la galería —susurré, aún presionada contra la pared—. Solo estamos Susan y yo aquí.

—Quédate donde estás. Estoy enviando un equipo hacia ti ahora mismo —dijo Claire con firmeza—. Mientras tanto, quiero que cierres todas las puertas con llave y te mantengas alejada de las ventanas. ¿Puedes hacer eso por mí?

Asentí. —Sí, puedo hacer eso.

Mientras me movía para cerrar la puerta principal de la galería, Claire continuó: —Voy a aumentar las medidas de seguridad inmediatamente. Tendremos vigilancia las veinticuatro horas tanto en la galería como en tu apartamento. Nadie se acercará a ti sin que lo sepamos.

Su confianza era tranquilizadora, pero el miedo aún roía mi interior. —¿Y si ya están adentro? ¿Y si han instalado micrófonos en el lugar?

—Haremos una revisión completa de ambos lugares —respondió Claire sin dudar—. Se revisará cada centímetro. Te prometo que llegaremos al fondo de esto.

Terminé de cerrar y me retiré a mi oficina. —Gracias, Claire. Es que... me siento tan expuesta. Tan vulnerable.

—Lo sé —dijo ella, suavizando ligeramente su voz—. Pero no dejaré que te pase nada.

Mientras Claire detallaba las medidas de seguridad que estaba implementando, sentí que mi acelerado corazón comenzaba a calmarse. Su enfoque metódico y seguridad inquebrantable eran como un salvavidas en el tormentoso mar de mi miedo.

—¿Cuánto tardará tu equipo en llegar? —pregunté, mirando nerviosamente el reloj.

—Deberían estar allí en cinco minutos —respondió Claire—. Solo aguanta. Vas a estar bien.

Respiré profundamente, intentando creer en sus palabras. Pero incluso cuando la confianza de Claire ayudó a calmar mi pánico inmediato, no pude sacudirme la sensación de que esto era solo el comienzo de algo mucho más oscuro.

Capítulo 12

Elena

Me revolví en la cama, incapaz de conciliar el sueño a pesar del agotamiento que pesaba sobre mi cuerpo. Las medidas de seguridad reforzadas que Claire había implementado deberían haberme tranquilizado, pero cada crujido y sombra me hacía sobresaltar. No habían encontrado micrófonos en la galería, ni en mi apartamento. Tampoco había nadie al acecho en los edificios cercanos, esperando para tomarme fotos.

Cuando la primera luz del amanecer se filtró por mis cortinas, me arrastré fuera de la cama, desesperada por una taza de café para sacudirme la niebla de una noche sin dormir. Fue entonces cuando lo vi: un sobre blanco y crujiente que yacía justo dentro de mi puerta principal.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Cómo había llegado allí? Me acerqué con cautela, mis manos temblando mientras lo recogía. Dentro había una sola hoja de papel, el mensaje era claro y escalofriante:

—Eres una mujer muerta.

Retrocedí tambaleándome, mis piernas débiles. Habían burlado la seguridad de Claire. Habían estado aquí mismo, en mi casa, mientras dormía. Las implicaciones me provocaron una oleada de náuseas.

Con dedos temblorosos, marqué el número de Claire. Contestó al primer tono.

—¿Elena? ¿Qué sucede?

—Entraron en mi edificio, Claire —susurré, con la voz quebrada—. Hay otra nota. Estuvieron aquí, en mi apartamento.

La brusca inhalación de Claire fue seguida por una serie de maldiciones coloridas.

—Voy para allá. No toques nada más. Estaré ahí en diez minutos.

Fiel a su palabra, Claire irrumpió por mi puerta exactamente diez minutos después, su rostro una máscara de furia fría. Escaneó el apartamento, sus ojos entornándose al caer sobre la nota que había dejado intacta en la mesa de café.

—Esto es inaceptable —gruñó, sacando su teléfono—. Voy a despedir a todo el equipo de seguridad. Su incompetencia te está poniendo en riesgo.

Mientras ladraba órdenes por teléfono, escuché pasos pesados en el pasillo. Marco apareció en la puerta, su expresión una mezcla de preocupación y enojo.

—Elena, ¿estás bien? —preguntó, cruzando la habitación hacia mí en tres largas zancadas.

Asentí, sin confiar en mi voz. La presencia de Marco me reconfortaba y me inquietaba a la vez: estaba más segura con él aquí, pero su mera presencia era la razón de estas amenazas.

—Fallaron —escupió Claire—. Su negligencia podría haber matado a Elena. —Sacó su pistola—. Me encargaré de ellos, Jefe.

—Claire —la voz de Marco cortó su diatriba—, guarda el arma. No podemos ir disparando al equipo de seguridad a plena luz del día.

Me desplomé en el sofá, con la mente dando vueltas. ¿Cómo había llegado mi vida a

esto? Amenazas, armas, hablar de retribución... todo estaba tan alejado del mundo que creía conocer. Y sin embargo, aquí estaba yo, atrapada en medio de todo, sin un camino claro hacia adelante.

Marco se volvió hacia mí, sus ojos verdes intensos de preocupación.

—Elena, no puedo dejarte quedarte aquí. No es seguro.

Mi corazón se hundió. Sabía lo que venía, y una parte de mí lo temía.

—Por favor —dijo, su voz inusualmente suave—. Vuelve a la mansión. Tenemos mejor seguridad, más recursos. Te prometo que puedes tener tu propio espacio. Ni siquiera tienes que mirarme si no quieres.

Lo miré, sorprendida por la vulnerabilidad en su tono. El usualmente compuesto Marco Vitale prácticamente estaba suplicando. Era un claro recordatorio de cuán seria se había vuelto la situación.

—Yo... —comencé, mi voz vacilante. La idea de volver a la mansión me llenaba de una mezcla de alivio y decepción. Seguridad versus independencia. Protección versus autonomía.

Mis manos temblaban mientras alcanzaba mi bolso, empezando a recoger mis cosas.

—De acuerdo —susurré, más para mí misma que para Marco—. Volveré.

Mientras me movía por el apartamento, empacando lo esencial, mi mente corría. ¿Estaba tomando la decisión correcta? ¿O simplemente estaba volviendo corriendo al mismo mundo del que había intentado escapar? El peso de la decisión me presionaba, haciendo que cada objeto que empacaba se sintiera más pesado de lo que debería.

Marco me observaba en silencio, su presencia tanto reconfortante como asfixiante. Encontré su mirada mientras cerraba la cremallera de mi bolso.

—Esto no cambia nada entre nosotros —dije firmemente, necesitando afirmar algo de control sobre la situación—. Estoy haciendo esto por mi seguridad, no por ti.

Él asintió, su expresión ilegible.

—Entiendo. Tu seguridad es lo único que importa ahora.

Mientras salíamos del apartamento, eché un último vistazo alrededor. Mi santuario, mi pedazo de normalidad, ahora manchado por amenazas y miedo. No podía sacudirme la sensación de que al salir por esta puerta, estaba renunciando a más que solo mi dirección. Estaba admitiendo que no podía escapar del peligroso mundo de los Vitale, sin importar cuánto lo intentara.

Una vez que había desempacado lo poco que traje, Marco pasó a verme. Tanto para no tener que verlo.

—No tienes que ir a la galería hoy.

Me volví para enfrentarlo, fortaleciendo mi resolución.

—Sí tengo que ir. Necesito mantener alguna apariencia de normalidad.

El ceño de Marco se frunció con preocupación.

—Elena, no es seguro...

—Ningún lugar es seguro —lo interrumpí, mi voz más afilada de lo que pretendía—. Al menos en la galería, puedo concentrarme en algo más que estas amenazas que penden sobre mi cabeza.

Suspiró, sus hombros hundiéndose ligeramente.

—Entiendo. Haré que Luca te lleve.

Asentí, agradecida por el compromiso. Mientras recogía mis cosas, sentí una punzada de culpa al ver la preocupación grabada en el rostro de Marco. Pero la aparté, recordándome que esto se trataba de mi independencia, de mi vida.

Me encontré con Luca en el vestíbulo. Me atrajo hacia sí en un abrazo y me besó ambas mejillas. Nunca había sido tan demostrativo conmigo. ¿Me habría echado de menos en el corto tiempo que había estado fuera?

—Elena. Sé que las cosas no van muy bien entre tú y Marco ahora mismo. Pero quiero que sepas que entre nosotros todo está bien. Tú y yo. Mi promesa de protegerte no ha cambiado y nunca cambiará. Te debo eso por la dignidad que le brindas a mi papá.

Miré sus ojos y si no lo conociera mejor, habría pensado que estaba a punto de emocionarse. Aunque no llorar. No, los tipos grandes y fuertes de la mafia no lloran.

—Me haré cargo de tu seguridad hasta que Claire averigüe qué pasó con su equipo.

—No está en problemas, ¿verdad? No quiero que la despidan ni nada por el estilo. La pobre mujer tiene que dormir alguna vez, aunque creo que se quedaría conmigo las veinticuatro horas del día si pudiera.

Luca me condujo hasta el coche negro. —Ella no está en problemas. Está averiguando quién de su equipo lo está, sin embargo.

El viaje a la galería fue tenso, con los ojos vigilantes de Luca escaneando constantemente nuestro entorno. Intenté perderme en la planificación del día que tenía por delante, pero el peso de los acontecimientos recientes hacía difícil concentrarse.

Una vez dentro de la galería, me sumergí en el trabajo, esperando que las tareas familiares ahogaran el miedo que me corroía por dentro. Organicé meticulosamente una nueva exposición, con las manos firmes aunque mi mente divagaba con los peores escenarios posibles.

Mi primera llamada del día fue al servicio de catering para el evento de la próxima semana. ¿Por qué había decidido que tener tantos eventos era una buena idea? A estas alturas, no tenía ni idea de cuántas personas vendrían siquiera. Mientras discutía las opciones del menú y las listas de invitados, sentí que volvía una apariencia de normalidad. Pero bajo todo ello, la corriente subyacente de miedo permanecía, alguien podría estar ahí fuera, esperando a que bajara la guardia.

Al finalizar el día, me acomodé en la silla de mi oficina, con el agotamiento filtrándose en mis huesos. Abrí mi portátil, con la intención de enviar unos últimos correos electrónicos antes de volver a casa. El suave resplandor de la pantalla iluminó mi rostro cansado mientras desplazaba la pantalla por mi bandeja de entrada.

Un nuevo mensaje llamó mi atención, remitente desconocido. Mi dedo se detuvo sobre el panel táctil, con una sensación de mal presagio recorriendo mi columna. Hice clic.

El video comenzó a reproducirse, y se me cortó la respiración. Marco, su alta figura inconfundible incluso a distancia, caminaba con confianza hacia su coche. Pero no fue la imagen familiar de él lo que hizo que mi corazón se acelerara, sino la mira telescópica superpuesta en la imagen, siguiendo cada uno de sus movimientos.

—No —susurré, llevándome la mano a la boca. Las implicaciones me golpearon como un tren de carga. Podrían haberlo matado. Eligieron no hacerlo, pero podrían haberlo hecho.

Mi mente daba vueltas mientras reproducía el video una y otra vez, buscando alguna pista, algún detalle que pudiera revelar la identidad o la ubicación del tirador. Pero no había nada, solo Marco, ajeno al peligro, y la mira constante de una amenaza invisible.

Alcancé mi teléfono con manos temblorosas, con el número de Marco ya en pantalla. Pero dudé, con el pulgar suspendido sobre el botón de llamada. ¿Cómo podía decírselo? Las palabras se me atascaron en la garganta.

La gravedad de la situación me golpeó. Ya no se trataba solo de mí. La vida de Marco estaba en peligro, quizás incluso más que la mía. Tenía que advertirle, protegerlo, aunque eso

significara sumergirme más profundamente en el mundo del que había estado tratando de escapar.

Con un profundo suspiro, llamé a Luca, que tenía hombres apostados cerca.

—¿Elena? ¿Qué pasa? —preguntó.

—Estoy bien. Pero recibí un video amenazante y estoy aterrada por ello.

—Quédate en tu oficina. Manny está entrando ahora, desde la calle. Parece un vagabundo, pero es uno de mis mejores hombres. Estaré allí en tres minutos. —Colgó y escuché a Susan hablando con alguien en el vestíbulo.

—¿Puedo ayudarle, señor? —preguntó en un tono de voz que decía que no había nada que quisiera hacer menos.

Salí corriendo y Luca no se equivocaba. El hombre en mi vestíbulo parecía haber pasado muchas noches en la calle. Excepto que su postura era recta como una vara y mientras sus ojos escaneaban la galería, no se les escapaba nada. —¿Manny?

—Sí, señora. Disculpe el disfraz. Vayamos a su oficina donde es más seguro. —Miró a Susan—. Usted debería irse a casa por el resto del día.

Ella me miró y yo asentí. —Paga completa. Te llamaré esta noche.

Manny y yo fuimos a mi oficina, donde nos encerró. —¿Qué puede decirme sobre la amenaza?

Sin decir palabra, le entregué mi teléfono con el video preparado. —Mira esto —dije en voz baja.

La expresión de Manny se endureció mientras miraba, su mandíbula apretándose más con cada segundo que pasaba.

Sacó su propio teléfono, presumiblemente para llamar a Luca porque lo guardó cuando Luca irrumpió. —¿Estás bien?

Asentí, conmovida por la preocupación en su rostro.

—Mira esto, jefe —dijo Manny mientras le entregaba mi teléfono a Luca.

—¿Sabes quién envió esto? —preguntó Luca.

Negué con la cabeza. —No lo sé. Vino de un número anónimo. Tal vez puedas rastrearlo. Pero el video es de hoy. Eso es lo que Marco llevaba puesto esta mañana.

Como si dos hombres en mi oficina no fueran suficientes, Marco se nos unió un momento después. Luca le entregó mi teléfono y él observó, en silencio pero con la ira deformando sus facciones.

El puño de Marco golpeó el escritorio, haciéndome saltar. —Bastardos —gruñó—. ¿Creen que pueden amenazarme? ¿Amenazarnos?

Lo observé mientras recorría la habitación, su cuerpo tenso como un resorte. —Los encontraré —juró, con voz fría y determinada—. Haré que se arrepientan del día en que siquiera pensaron en meterse con mi familia.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal al escuchar sus palabras. Esta era una faceta de Marco que había vislumbrado antes, pero nunca había presenciado completamente. El líder despiadado, el hombre capaz de hacer cosas terribles para proteger lo que era suyo.

—Marco —dije, intentando mantener la calma en mi voz—, ¿qué vas a hacer?

Se volvió hacia mí, sus ojos suavizándose ligeramente. —No te preocupes por eso, Elena. Yo me encargaré. Estarás a salvo, te lo prometo.

Capítulo 13

Marco

Me dirigí a la sala de guerra a la mañana siguiente, la tensión en el aire se espesaba con cada paso. Mis hermanos se habían reunido alrededor de la gran mesa de caoba, enojados y listos para tomar represalias.

Luca fue el primero en hablar, su voz baja y peligrosa.

—Marco, tenemos que actuar. Ahora.

Asentí, tomando mi lugar en la cabecera de la mesa.

—Lo sé. Analicemos lo que sabemos sobre este video.

Antonio se inclinó hacia adelante, sus dedos tamborileando un ritmo impaciente sobre la mesa.

—Tuve a algunos hombres fuera toda la noche hablando con la gente de la ciudad. Claramente es un mensaje de los Lombardi. Están tratando de demostrarnos que pueden acercarse a ti y a Elena, a todos nosotros.

—No podemos dejar que piensen que tienen la ventaja —añadió Giovanni, su habitual comportamiento tranquilo reemplazado por una furia fría.

Sentí una oleada de protección, mezclada con un miedo corrosivo. Elena era mi debilidad, y los Lombardi lo sabían. No podía dejar que mis emociones nublaran mi juicio.

—Necesitamos aumentar la seguridad en todas nuestras propiedades. Otra vez —dije, con voz firme a pesar de la agitación interior—. Y necesitamos rastrear la fuente de este video. Cada segundo cuenta.

Mientras profundizábamos en los detalles, analizando cada fotograma del video, no podía sacudirme la sensación de que nos estábamos perdiendo algo crucial. Los Lombardi siempre iban un paso por delante, y era hora de que cambiáramos el juego.

Me puse de pie, mi mente ya formulando un plan.

—Nos separaremos, cubriremos más terreno. Antonio y Giovanni, ustedes irán al lado norte. Hablen con todos, sobornen a quien sea necesario. Y si eso no funciona, muéstrenles por qué temen al nombre Vitale. Lleven hombres extra para que cuiden sus espaldas también.

Mis hermanos asintieron, sus rostros grabados con determinación. Me volví hacia Luca.

—Tú vienes conmigo. Iremos primero a los muelles.

Mientras salíamos, el peso de la responsabilidad me presionaba. La seguridad de Elena, el futuro de mi familia... todo dependía de lo que descubriéramos.

Los muelles bullían de actividad, el aire salado se mezclaba con el hedor a pescado y diésel. Guíé a mi equipo a través del laberinto de contenedores, mis sentidos en alerta máxima.

—Jefe —llamó suavemente uno de mis hombres—. Mire esto.

Me moví rápidamente a su lado, mi corazón acelerándose al ver lo que había encontrado. Un mapa, apresuradamente escondido debajo de unas cajas. Mis dedos trazaron las marcas, un escalofrío recorrió mi espalda al darme cuenta de lo que estaba mirando.

—Es un escondite secreto —dije, mi mente corriendo con posibilidades—. Esta podría

ser nuestra oportunidad de golpear el corazón de su operación.

Di vuelta el papel para ver una firma codificada. Era de nuestro único topo en la familia Lombardi.

Sabía que era arriesgado, quizás incluso temerario. Pero mientras miraba el mapa, sentí una oleada de determinación. Necesitábamos actuar rápido, antes de que los Lombardi pudieran hacer su próximo movimiento.

—Llama a Antonio —le ordené a Luca—. Diles que nos encontremos en la mansión. Tenemos trabajo que hacer.

La sala de guerra zumbaba de tensión mientras extendía el mapa sobre la gran mesa de caoba. Mis hermanos se reunieron alrededor, sus rostros grabados con preocupación y determinación.

—Esto es —dije, con voz baja pero firme—. Nuestra oportunidad de golpear a los Lombardi donde más les duele.

Antonio se inclinó, con el ceño fruncido.

—Es arriesgado, Marco. No sabemos qué tipo de armamento tienen allí.

Asentí, reconociendo su preocupación.

—Por eso necesitamos planear esto meticulosamente. Cada ángulo, cada posibilidad. Que Tony se ponga a trabajar en las armas que necesitaremos.

Durante horas, examinamos los detalles. Sentía el peso de la responsabilidad presionándome, sabiendo que un movimiento en falso podría significar el desastre para nuestra familia. Pero a medida que elaborábamos el plan, sentí que mi determinación se endurecía.

Tony entró en la habitación, su rostro sombrío.

—He reunido a nuestros mejores hombres, jefe, y están tan armados como pueden estarlo. Están listos para tus órdenes.

Le palmeé el hombro, agradecido por su lealtad inquebrantable.

—Bien. Asegúrate de que estén equipados con todo lo que necesiten. No podemos permitirnos errores.

Mientras el día se convertía en noche, me encontré de pie junto a la ventana, mirando las luces de la ciudad. La enormidad de lo que estábamos a punto de hacer me golpeó, y pensé en Elena, segura en su cama de hospital. Tenía que tener éxito, por ella, por todos nosotros.

—¿Estás bien, hermano? —la voz de Luca me sacó de mis pensamientos.

Respiré hondo, preparándome para lo que estaba por venir.

—Hagamos esto.

Capítulo 14

Marco

El hedor a cordita llenaba mis fosas nasales mientras presionaba mi espalda contra la fría pared de hormigón. El tiroteo estalló a nuestro alrededor, el agudo crepitar de las armas automáticas resonando por los estrechos pasillos del bastión de los Lombardi.

—¡Marco! —el susurro urgente de Tony atravesó el caos—. Sabían que veníamos. ¡Es una trampa!

Apreté los dientes, mi mente trabajando a toda velocidad para reevaluar nuestra situación. —Mantén tu posición —ordené, con voz baja pero firme—. No vamos a retroceder ahora.

Al asomarme por la esquina, divisé a tres soldados de los Lombardi avanzando. En un movimiento fluido, levanté mi arma y disparé, abatiéndolos con precisión. La satisfacción duró poco cuando más disparos estallaron desde nuestro flanco.

—Están tratando de acorralarnos —me di cuenta, con el corazón acelerado—. Tony, lleva a tu equipo y flanquea por la izquierda a través del corredor lateral. Luca, cubre nuestra retaguardia por la entrada. Necesitamos avanzar y despejar el salón principal.

Mientras mis hombres se posicionaban, no pude sacudirme la molesta sensación de que habíamos subestimado gravemente la preparación de los Lombardi. ¿Cómo lo habían sabido? La idea de un posible topo en nuestras filas me heló la sangre, pero la aparté. Concéntrate, Marco. Un problema a la vez.

—¡Jefe, estamos inmovilizados! —la voz de Luca crepitó por el comunicador—. ¡Son demasiados!

Maldije por lo bajo. Esto no era como había imaginado que se desarrollaría esta operación. La imagen de Elena destelló en mi mente, reforzando mi determinación. Tenía que volver con ella, costara lo que costara.

—Aguanta, Luca. Ya vamos —le aseguré, haciendo señas a los hombres más cercanos a mí—. A mi señal, avanzamos. ¿Listos?

Los hombres asintieron, sus rostros sombríos pero decididos. Respiré hondo, apretando el agarre de mi arma.

—¡Ahora!

Me lancé hacia adelante, con mis hombres pisándome los talones. El aire se llenó del ensordecedor sonido de disparos y el acre olor a cordita. Llegamos a la mitad del pasillo antes de que una lluvia de balas nos obligara a volver a cubierto.

—¡Marco, cuidado! —gritó la voz de Tony.

Me giré, justo a tiempo para ver a un soldado de los Lombardi surgir de un pasaje oculto. Antes de que pudiera reaccionar, un dolor abrasador explotó en mi costado. Tropecé, mi visión se nubló.

—No —gruñí, luchando por mantenerme en pie. No podía fallar ahora. Elena contaba conmigo. La familia contaba conmigo.

Pero mi cuerpo me traicionó. Mis piernas cedieron y me desplomé en el suelo. Manos

ásperas me agarraron, arrastrándome lejos de la refriega. Luché, pero mis fuerzas se desvanecían rápidamente.

—¡Marco! —oí el grito desesperado de Luca. A través de la bruma, lo vi luchando por alcanzarme, pero había demasiados Lombardi entre nosotros.

—¡Salgan de aquí! —logré gritar—. ¡Reagrupense y vuelvan por mí!

Mientras la oscuridad me envolvía, mi última visión fue la de mis hermanos, sus rostros contorsionados de angustia mientras se retiraban. La misión había fracasado, y ahora estaba en manos de nuestros enemigos.

Cuando recobré la conciencia, el dolor fue mi primera sensación. Cada respiración enviaba puñaladas a través de mi costado. Parpadeé, tratando de enfocar en la tenue luz. La habitación era pequeña, con paredes de hormigón desnudo rodeándome. Mis manos estaban atadas con fuerza detrás de mi espalda, la cuerda mordiendo mis muñecas.

Me tomé un momento para evaluar mis heridas. La herida de bala en mi costado había sido vendada toscamente, pero podía sentir la sangre filtrándose. Los moretones palpitaban por todo mi cuerpo, mostrando la paliza que había recibido mientras estaba inconsciente.

Apreté los dientes contra el dolor y me obligué a concentrarme. Dos guardias estaban de pie fuera de la celda, sus siluetas visibles a través de una pequeña ventana con barrotes. La puerta en sí era de acero pesado, probablemente reforzada. Sin ventanas, solo una bombilla desnuda proyectando sombras por la habitación. Esto no era un área de detención improvisada, era una celda fortificada diseñada para mantener a alguien como yo contenido.

Mi mente trabajaba a toda velocidad, analizando posibles rutas de escape y llegando a un callejón sin salida. Los Lombardi habían planeado esto bien. Los había subestimado, y ahora estaba pagando el precio.

El sonido de pasos acercándose me sacó de mis pensamientos. La puerta de la celda se abrió de golpe, y Vincenzo Lombardi entró a zancadas, con una sonrisa triunfante plasmada en su rostro.

—Vaya, vaya —se burló, rodeándome como un tiburón—. El gran Marco Vitale, por fin derribado.

Lo miré fijamente, negándome a darle la satisfacción de una respuesta. La sonrisa de Vincenzo'

s ojos brillaron con malicia mientras se agachaba, acercando su rostro al mío.

—Te hemos estado vigilando, Marco —dijo, con su voz destilando una falsa dulzura—. A ti y a toda tu familia. ¿Realmente pensaste que esas amenazas a Elena eran aleatorias?

Mi corazón se encogió al escuchar el nombre de Elena. Me esforcé por mantener mi rostro impassible, pero Vincenzo debió haber captado el destello de emoción en mis ojos.

—Ah, ahí está —ronroneó—. Tu debilidad. No te preocupes, tenemos planes especiales para tu adorada Elena. Esto es solo el comienzo.

La rabia hirvió dentro de mí. —Si la tocas... —comencé, pero Vincenzo me interrumpió con una carcajada.

—No estás en posición de hacer amenazas, Marco —se burló—. Mírate. Golpeado, atado, completamente a mi merced. ¿Cómo se siente ser tan impotente?

Quería abalanzarme sobre él, borrarle esa sonrisa petulante de la cara. Pero las cuerdas me sujetaban con firmeza, y todo lo que pude hacer fue fulminarlo con la mirada mientras Vincenzo se regodeaba en su victoria.

—No ganarás —dije—. Mis hermanos vendrán por mí.

La sonrisa de Vincenzo se ensanchó. —Oh, cuento con ello —dijo—. De hecho, lo estoy

esperando con ansias.

El interrogatorio comenzó en serio. Los métodos de Vincenzo eran brutales, alternando entre violencia física y manipulación psicológica. Apreté los dientes contra el dolor mientras otro golpe aterrizaba, saboreando la sangre en mi boca.

—Háblame sobre las operaciones de tu familia —exigió Vincenzo—. ¿Dónde están tus rutas de suministro?

Escupí sangre al suelo. —Vete al infierno.

Los ojos de Vincenzo se entrecerraron. —Solo estás haciendo esto más difícil para ti, Marco. Piensa en Elena. ¿No quieres volver a verla?

La mención del nombre de Elena me provocó un sobresalto, peroforcé mi expresión a permanecer neutral. No podía dejar que Vincenzo viera cuánto significaba ella para mí. —No sabes nada sobre ella —dije.

—Oh, pero sí lo sé —se burló Vincenzo—. Sé cómo te mira, cómo confía en ti. ¿Qué pensarías si supiera la verdad sobre ti, Marco? ¿Sobre la sangre en tus manos?

Cerré los ojos, luchando contra la duda que Vincenzo intentaba sembrar. Elena sabía quién era yo, de lo que era capaz. Me había aceptado, ¿no?

—Tu silencio no los protegerá —continuó Vincenzo, rodeándome como un depredador—. Descubriremos lo que necesitamos saber, con o sin tu cooperación.

Forcé mis ojos a abrirse, encontrando la mirada de Vincenzo. —Entonces será mejor que te pongas cómodo —dije—. Porque no te diré nada.

El rostro de Vincenzo se contorsionó de rabia. Salió furioso, cerrando la puerta de un golpe.

Dejado solo, respiré profundamente, haciendo una mueca por el dolor en mis costillas. Necesitaba concentrarme, encontrar una manera de salir de este infierno. Cerré los ojos, forzando a mi mente a aclararse. Lentamente, el diseño de la fortaleza de los Lombardi comenzó a materializarse en mi memoria.

—Piensa, Marco —me dije a mí mismo—. Debe haber un punto débil.

Recordé los planos que había estudiado, la información que habíamos reunido. El ala este tenía menos guardias, y una entrada de servicio que podría ser menos segura. Si tan solo pudiera salir de esta habitación...

Mis ojos se abrieron de golpe, escaneando mis alrededores. La silla a la que estaba atado era vieja, de madera. Una de las patas parecía ligeramente suelta. No era mucho, pero era un comienzo.

—Muy bien —susurré, apretando los dientes—. Hagamos esto.

Comencé a balancear la silla, ignorando las protestas de mi cuerpo maltratado. La pata crujió, luego se astilló. Me desplomé de lado, reprimiendo un grito de dolor al golpear el suelo.

Trabajando frenéticamente con mis manos, logré agarrar un trozo de madera dentado. No' mucho, pero era afilado. Comencé a serrar las cuerdas que ataban mis muñecas, cada movimiento dolorosamente lento.

—Vamos —dije, sintiendo que las fibras empezaban a ceder—. Elena está esperando. Le prometiste que volverías.

El pensamiento de Elena me dio fuerzas. Sus ojos azules, su sonrisa gentil. La manera en que me miraba como si fuera más que solo un criminal. Como si fuera un hombre digno de ser amado.

—Ya voy, Elena —prometí, sintiendo que las cuerdas finalmente empezaban a aflojarse—. Solo aguanta. Estoy volviendo a casa.

Mientras trabajaba con las cuerdas, voces se filtraron a través de las delgadas paredes. Me quedé inmóvil, esforzándome por escuchar.

—El jefe quiere que estemos listos para mañana por la noche —dijo una voz áspera—. Vamos a atacar todas sus propiedades a la vez. Los Vitale no sabrán qué los golpeó.

Se me heló la sangre. ¿Mañana por la noche? Eso era más pronto de lo que había anticipado. Redoblé mis esfuerzos, ignorando el ardor en mis muñecas mientras las ásperas fibras se clavaban en mi piel.

—¿Qué hay del rehén? —preguntó otra voz.

—Vincenzo tiene planes para él. Dice que será útil en las negociaciones.

Reprimí una risa amarga. Ni de coña les sería útil. Moriría antes de dejar que me usaran contra mi familia.

Las voces se desvanecieron, pero sus palabras resonaban en mi mente. Una ofensiva importante. Todas nuestras propiedades. Elena, mis hermanos, nuestra gente... todos estaban en peligro. Y yo estaba atrapado aquí, inútil.

—No —dije, serrando más rápido—. No inútil. Aún no.

El último hilo se rompió, y sentí que las cuerdas se aflojaban. El alivio me inundó mientras empezaba a liberar mis manos.

Fue entonces cuando escuché que se abría la puerta.

Giré la cabeza, con el corazón acelerado, para ver a Vincenzo de pie en la entrada, flanqueado por dos guardias corpulentos. Sus ojos se estrecharon al observar la escena.

—Vaya, vaya —dijo, con una voz peligrosamente suave—. Parece que alguien ha estado ocupado.

Sostuve su mirada, desafiante a pesar del miedo que me revolvía las entrañas. —Ya me conoces, Vincenzo. Nunca he sido bueno quedándome quieto.

El labio de Vincenzo se curvó. —No, no lo has sido. —Hizo un gesto a los guardias—. Enséñenle las consecuencias de la desobediencia.

Los puños y las botas de los guardias llovieron sobre mí, cada impacto enviando ondas de agonía a través de mi cuerpo ya maltratado. Intenté encogerme, proteger mis órganos vitales, pero eran implacables. Mi visión se nubló, la oscuridad acechando en los bordes.

—Suficiente —la voz de Vincenzo cortó la niebla de dolor—. Arrójenlo de vuelta a su celda. Dejen que piense en sus errores.

Manos ásperas me agarraron, arrastrándome por el frío suelo de concreto. No pude reprimir un gemido cuando me arrojaron sin ceremonias al espacio oscuro y estrecho que había llegado a conocer como mi prisión. La puerta se cerró de golpe con un estruendo metálico que parecía hacer eco de mi destino.

Me quedé allí, jadeando, cada respiración una lucha. Mis costillas gritaban en protesta, y probé sangre en mi boca. La habitación giraba incluso con los ojos cerrados.

—Elena —dije, su nombre un salvavidas en la oscuridad. Imaginé su rostro, su suave sonrisa, la forma en que sus ojos se iluminaban cuando hablaba de arte—. Lo siento. Lo intenté.

La idea de no volver a verla cortaba más profundo que cualquier herida física. ¿Entendería por qué me había puesto en esta posición? ¿Me perdonaría por dejarla vulnerable?

Agucé el oído, tratando de concentrarme en algo más allá del dolor palpitante. Pasos distantes, voces apagadas, el zumbido de maquinaria... la fortaleza de los Lombardi seguía funcionando, indiferente a mi sufrimiento.

—Marco —me dije a mí mismo, luchando por mantenerme consciente—, tienes que aguantar. Vendrán por ti. Tus hermanos no te abandonarán.

Pero a medida que los minutos se convertían en horas, la duda se infiltró. Los Lombardi eran oponentes formidables. ¿Y si mi captura había sido parte de una trampa más grande? ¿Y si mi familia estaba caminando hacia una emboscada incluso ahora?

Cerré los ojos, el agotamiento amenazando con arrastrarme. —Elena —

Murmuré de nuevo, aferrándome a su recuerdo como un náufrago a un trozo de madera a la deriva. —Te amo. Lamento que tal vez no pueda volver para decírtelo.—

La oscuridad me oprimía, sofocante. Por primera vez desde que era niño, sentí verdadero miedo. No a la muerte; había hecho las paces con esa posibilidad hace mucho tiempo. No, temía dejar las cosas sin terminar, fallarles a las personas que dependían de mí.

Mientras la consciencia comenzaba a desvanecerse, me hice una última promesa desesperada. Si sobrevivía a esto, si de alguna manera lograba volver con Elena, nunca más daría por sentado ni un solo momento con ella.



La historia continúa en [Traición y Dicha](#)